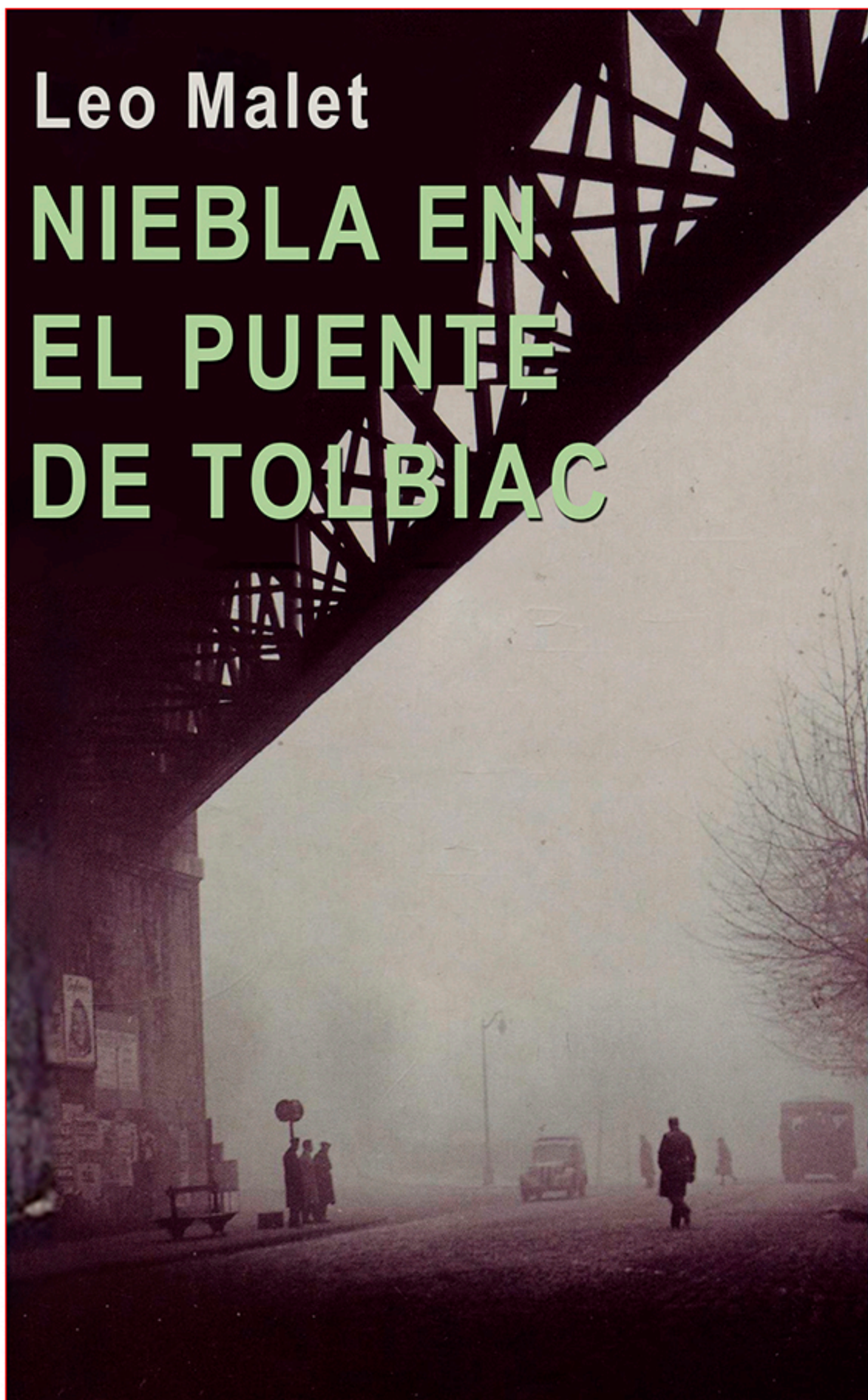


Leo Malet

NIEBLA EN EL PUENTE DE TOLBIAC



Ambientada en en el Distrito XIII del París de los años cincuenta, en un país sacudido por los ecos de la guerra de Argelia y que se está recuperando todavía de la segunda guerra mundial, *Niebla en el puente de Tolbiac* es la historia de un atentado anarquista no cometido y de ideales revolucionarios traicionados.

Abel Benoit, un viejo anarquista, muere en el hospital tras ser víctima de una misteriosa agresión, pero antes de su muerte consigue ponerse en contacto con el detective privado Nestor Burma, quien emprenderá una investigación que le llevará a recordar su adolescencia de joven libertario perdido en el París de entreguerras. Y comprobará que a veces el pasado es un hueso duro de roer.

Inspirada en los recuerdos juveniles de Léo Malet quien había frecuentado círculos anarquistas, *Niebla en el puente de Tolbiac* está considerada como una novela clásica de la literatura policíaca mundial y como la mejor de su autor. Profundo conocedor de su ciudad y de las flaquezas propias y ajenas, Malet crea en Burma un *alter ego* escéptico, socarrón y honesto, cuya figura influirá en algunos de los personajes creados por maestros posteriores del género.



Léo Malet

Niebla en el puente de Tolbiac

Nestor Burma - 21

Los nuevos misterios de París - 07 (Distrito XIII)

ePub r1.0

Titivillus 11.03.17

Título original: *Brouillard au pont de Tolbiac*

Léo Malet, 1956

Traducción: Luisa Feliu, 2008

Ilustración de cubierta: Extraída de la obra *Brouillard au pont de Tolbiac* de J. Tardi

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2





Léo Malet

Niebla en el puente de Tolbiac

Traducción de Luisa Feliu



1

¡Camarada Burma!

Me estaban haciendo la revisión del coche en el taller, de modo que tomé el metro.

Hubiese podido parar un taxi, pero todavía faltaba un mes y medio para el aguinaldo. Caía un sucio sirimiri y en cuanto empieza a llover los taxis escasean. Deben encoger con la humedad. No se me ocurre otra explicación. Y cuando deja de llover, no van en la dirección que al cliente le gustaría. Para este último fenómeno carezco de explicaciones pero, en cambio, los taxistas las tienen excelentes.

De modo que tomé el metro.

No sabía exactamente quién ni qué me requería en el Hospital de La Salpêtrière. Me dirigía al siniestro establecimiento por convocatoria, por así decirlo.

Con el correo del mediodía había recibido en mi oficina de la calle de Petits-Champs una carta lo bastante misteriosa como para interesarme.

Esta carta que había leído y releído, volví a leerla también en el vagón de la línea Église de Pantin-Place d'Italie que me llevaba al

hospital.

Decía así:

Querido camarada:

Me dirijo a ti, aunque te hayas metido a policía, pero un policía un poco especial y como, además, te conocí de niño...

Firmaba la carta un tal Abel Benoit. ¿Abel Benoit? No recordaba haber conocido a nadie en mi vida, de niño o después, que se llamara así. Sin embargo, me rondaba por la cabeza un rescoldo de idea —una idea muy vaga— sobre los círculos de los que podía proceder el papelucho; pero a un Abel Benoit, lo que se dice a un individuo llamado Abel Benoit, mí no conocer.

El susodicho papel seguía así:

*... Hay un cabrón que está preparando una cabronada.
Ven a verme al Hospital Salpêtre, sala 10, cama...*

Ahí se liaba un poco. Igual se podía leer 15 que 4, a elegir.

*... Te diré cómo salvar el pellejo de los compañeros.
Fraternalmente, Abel Benoit.*

Sin fecha, excepto la del matasellos de la sucursal de correos del bulevar Masséna en el sello de quince céntimos. Aparte de la firma, de trazos bastante firmes como todas las firmas, la letra de la carta era bastante temblorosa. Lo que se explicaba sin dificultad. Cuando uno yace en una cama de caridad es porque la

salud deja bastante que desear, y si a uno le tiembla el pulso, la caligrafía se resiente. Además, las rodillas no suplen una buena mesa de despacho con su carpeta de cuero y su secante. Las señas del sobre eran de otra mano. El papel cuadriculado de la carta era de lo más barato. Y todo ello parecía haber permanecido durante un lapso de tiempo más o menos prolongado en un bolsillo, o en un bolso, antes de que lo echaran al buzón. Desprendía, para un olfato atento, ligeros efluvios de perfume barato. Probablemente, el tipo le había encomendado la misiva a una enfermera poco cuidadosa cuando no estaba de servicio. De los términos de la nota también podía deducirse que a mi corresponsal no le gustaba la bofia y que un peligro amenazaba a unos amigos comunes (¿?), por obra y gracia de algún malintencionado.

Doblé la carta y la guardé con mis otros papeles portátiles, preguntándome por qué me estaba dedicando a ese juego estéril de deducciones sin sentido. Era perder el tiempo inútilmente, ya que al poco rato estaría ante el misterioso enfermo conocido. A menos que...

Hasta entonces no se me había ocurrido la idea de que podían estar gastándome una broma y, de pronto, me vino a la mente. ¡Abel! ¿No te dice nada, Nestor? Busca mejor; es tu trabajo. ¡Abel! ¿Y si por casualidad el cabrón que andaba preparando cabronadas se llamara Caín? ¿Qué me dices? ¿A que sería una buena? Una magna inocentada a mediados de noviembre, como un anticipo de las fiestas de fin de año, gentileza de un bromista refinado. Vaya, vaya...

De todos modos, no tardaría en salir de dudas. De modo que, mientras tanto, mejor mirar en derredor no fuera a haber un par de gambas enfundadas en medias de nailon dignas de retener la atención de un buen cristiano. Así me distraería. Hasta los

inocentes tienen derecho a distraerse. Generalmente, el metro en primera clase, desde ese punto de vista —me refiero a piernas femeninas bien torneadas, enfundadas en prenda fina y, miel sobre hojuelas, cruzadas bastante arriba—, no deja nada que desear. Bueno... depende de los días. Sería —¡mal presagio!— que aquella tarde yo no tenía el día. Había, en efecto, una rubia vaporosa sentada en el último asiento del vagón, pero me daba la espalda. En cuanto a los demás viajeros, todos ellos dignos representantes del sexo fuerte, ignoro cómo tenían las piernas —ni ganas de saberlo—, pero en conjunto tenían bastante mala pinta.

Especialmente los dos engominados sentados delante de mí: dos jovenzuelos con los cuellos de las camisas almidonados como platos, modelo aprendiz endomingado. Parte de aquel vagón de primera había sido desclasado a segunda mediante una mampara de cristal y aquel par no le quitaba ojo, con sus cabezas de mediocres ciudadanos muy cerca la una de la otra, dándose codazos de vez en cuando como dos perfectos patanes, y soltando risitas tontas y por lo bajinis o haciendo muecas grotescas a falta de ocupaciones más interesantes. Quizá también ellos fueran de camino a La Salpêtrière, en cuyo caso sería para que les aplicasen algún tratamiento. Lástima que el profesor Charcot^[1] muriese en 1893. Hubiesen podido ser tema de estudio interesante para él.

Irritado por los visajes de aquellos botarates, me levanté. Tenía otras tres excelentes razones para dejar mi asiento. Sentía bastante curiosidad por ver qué tipo de espectáculo les parecía tan excitante; además, estábamos llegando a mi estación y, por último, experimentaba esa extraña impresión de que alguien me estaba observando: notaba una mirada clavada en el cogote o en la espalda, y pensé que me libraría de ella levantándome. Dicho y

hecho. Mientras me dirigía hacia las puertas, eché una mirada de reojo al sector más democrático del vagón.

La muchacha que había puesto en trance a mis dos botarates estaba de pie cerca de la mampara de separación, casi pegada a esta.

Parecía estar a miles de kilómetros de allí, quizá en algún prado recogiendo azulinas, pero cuando nuestras miradas se cruzaron la suya se prendió de la mía con un imperceptible pestañeo.

Contaría, a lo sumo y en total, veinte años. De altura media, bien proporcionada. La trenca desabrochada, un tanto dudosa — como todas las trenzas—, dejaba al descubierto una falda de fieltro roja y un jersey negro bajo el cual dos senos menudos, pero firmes, se erguían autoritarios. Le ceñía el talle un cinturón de cuero natural claveteado. La melena suelta, negra con reflejos azulados, enmarcaba el óvalo puro de un bonito rostro de cutis ligeramente cobrizo, en el cual se abrían dos ojazos oscuros y unos labios sensuales, realzados con un lápiz de labios de color claro. Colgaban de sus lóbulos unos aros de metal dorado que oscilaban al ritmo del traqueteo del tren. Tenía aspecto de gitana y el porte majestuoso de las mujeres de su raza. Todas ellas, o casi, son de sangre real.

Un universo lleno de extrañas tradiciones, misterios y poesía la separaba de mis dos bobalicones y sus muecas. Pero, naturalmente, llamaba la atención y hasta para aquellos dos tontainas se hacía difícil no mirarla. Se hacía notar y recordé haberla visto antes, en el andén de correspondencia de la estación République, cuando cambié de línea. Me pregunté si significaba algo. A lo mejor tengo cara de que me digan la buenaventura.

El traqueteante metro se saltó la estación Arsenal, que estaba

cerrada al público desde la guerra; arsenal y guerra debían ir parejos, pero como en el caso de la mirada que sentía clavada en mi persona, sin duda no era más que una coincidencia. El tren surgió de las profundidades subterráneas poco antes de llegar al Quai de la Rapée y franqueó la pasarela colgante paralela al puente Morand tendida por encima de la última esclusa del canal Saint Martin. Paró delante de unos muros grises y húmedos, escupió unos cuantos pasajeros, engulló a otros pocos y arrancó con chasquidos de puertas tras un breve pitido. Unos metros más bajo tierra para pasar bajo el puente de Austerlitz y el tren, de nuevo por la superficie, tomó la curva, rodeó los edificios de ladrillo del instituto forense —siniestros solo por la idea que de ellos nos hacemos, pero de aspecto tan pimpante y jovial como el propio doctor Paul, sumo sacerdote del lugar—, y emprendió con un rugido el viaducto metálico que cruza el Sena.

Con la pipa en una mano y la petaca en la otra, contemplaba el paisaje exterior que desfilaba ante mi vista, pero seguía sintiendo fija en mí la mirada de la joven gitana.

El río traía aguas plumizas. Una niebla todavía tímida, pero que seguramente no tardaría demasiado en afirmarse, empezaba a subir del agua. Un carguero con bandera británica estaba amarrado en el puerto de Austerlitz y varios fornidos marineros faenaban en la cubierta bajo la fastidiosa llovizna que seguía cayendo del cielo encapotado. Un poco más allá, hacia el puente de Bercy, una grúa esquelética giraba sobre su eje, como una maniquí estrella presentando un nuevo modelo.

Estaba terminando de llenar la pipa cuando la X de vigas gigantescas que forma una barrera mediana en la estación de Austerlitz apareció en mi campo visual, sobre el borroso decorado de la perspectiva de vías de la línea de Orléans, y el metro se

inmovilizó con un sordo chirriar de frenos.

Me apeé.

Dos corrientes de un aire hostil impregnado de humedad, una procedente del Sena y la otra de los andenes del ferrocarril que hay bajo la estación del metro, formaban remolinos de papeles abandonados.

Tanto peor para los dos páñfilos que tan duchos parecían en hacerse los interesantes con las mujeres y que, finalmente, no iban a La Salpêtrière: que se buscaran otros motivos de diversión. La gitana también se había apeado de su vagón.

Si no me estaba siguiendo, lo fingía a la perfección. De hecho, me precedía, pero a veces se sigue así a la gente. Sin embargo, no me parecía que se tratase de una colega detective de raza calé.

La vi cortar las oleadas de viajeros y dirigirse al plano de la red con un paso ágil y airoso de bailarina, indiferente a la curiosidad generalizada que suscitaba.

La falda de fieltro, que se movía al suave y armonioso balanceo de sus caderas, sobresalía de la trenca algo corta y rozaba las confortables botas de cuero marrón, elegantes a pesar de los tacones bajos, que calzaban sus pies menudos.

Se plantó delante del plano y simuló examinarlo, pero no parecía natural.

El metro arrancó de nuevo. Llegó otro por la vía paralela, paró y arrancó a su vez comunicando vibraciones a las suelas de mis zapatos. En la cabina del jefe de estación se oyó la campanilla del teléfono. Encendí la pipa.

Nos habíamos quedado solos en el andén. Los viajeros que se habían apeado del metro que nos trajo hasta allí, la mayoría personas que iban a visitar algún enfermo a La Salpêtrière, no se habían entretenido en la estación y el funcionario encargado de

dibujar con una regadera unos primorosos ochos, parte en el suelo y parte encima de los zapatos del honorable, todavía no había empezado su turno de servicio, quizá precisamente porque el andén estaba desierto.

Me acerqué a la hermosa muchacha.

No debía de haberme perdido de vista, ya que apenas nos separaban dos pasos cuando se dio la vuelta y me miró de frente. No me dejó abrir la boca. Atacó la primera:

—Usted es... Nestor Burma, ¿verdad?

—Sí, ¿y usted?

—No vaya —me dijo por toda respuesta—. No vaya. Es inútil.

Su voluptuosa voz, algo ronca, tenía un deje cansado y melancólico. Una tristeza infinita, un amago de miedo quizá, se adivinaba en sus pupilas marrón oscuro con chispas de oro.

—¿Que no vaya dónde? Pregunté.

—Donde está yendo... Bajó la voz:

—A ver a Abel Benoit. Es inútil.

El viento jugueteó con un mechón rebelde que le tapó un ojo. Con un gesto rápido de la cabeza echó hacia atrás su espesa melena negra. Los dobles aros de metal que le adornaban las orejas entrechocaron y el mismo olor a perfume barato que impregnaba la carta que había recibido a mediodía inundó el aire.

—¿Inútil? —dije—. ¿Y por qué?

Tragó saliva con esfuerzo. Se le tensaron los músculos del cuello. Hinchó el pecho, con lo que quedó aún más tirante la lana del jersey. Murmurando, pronunció dos palabras casi inaudibles, dos palabras que he oído con frecuencia en mi trabajo, dos palabras que forman el telón de fondo habitual de mis aventuras, dos palabras que adiviné más que escuché cuando las formaron sus labios, y que le hice repetir, no sé por qué.

—Ha muerto —dijo.

Me quedé silencioso un momento.

De abajo subió el tintineo característico de las bocinas de los carros de equipajes que accionaban los empleados de la SNCF^[2].

—¡Ah! —dije al fin—. ¿De modo que no era una broma?

Me miró de hito en hito, apenada.

—¿Qué quiere decir?

—Nada, siga.

—Eso es todo. Negué con la cabeza.

—No. Me ha dicho demasiado o demasiado poco. ¿Cuándo murió?

—Esta mañana. Quería verle, pero no le ha dado tiempo. Yo...

Una vez más, tragó saliva con esfuerzo:

—... quizá tardé demasiado en enviar la carta.

Maquinalmente, llevó la mano al bolsillo de la trenca, tumba de mensajes urgentes, sacó un paquete de Gauloises arrugado y volvió a guardarlo sin sacar ningún cigarrillo. Hizo que me acordase de la pipa, que había dejado apagarse. No volví a encenderla y la hice desaparecer.

—La carta. ¿Fue usted?

—Sí.

—Y si la entiendo bien, ¿me ha seguido desde que salí de la oficina para venir aquí?

—Sí.

—¿Por qué?

—No lo sé.

—¿Quizá para cerciorarse de que respondía a su llamada?

—Quizá.

—Eh...

Un tipo asomó en lo alto de la escalera de correspondencia y

se puso a deambular por el andén mirándonos con disimulo.

—... Eh... Hemos ido juntos desde que tomé el metro en Bourse. Si sabía que estaba muerto, ¿por qué no me lo dijo antes? ¿Por qué ha esperado a que estuviese tan cerca de mi objetivo?

—No sé.

—No sabe gran cosa.

—Sé que ha muerto.

—¿Es alguien de su familia?

—Era un amigo. Un viejo amigo, podría decirse que era mi padre adoptivo.

—¿Qué quería de mí?

—No lo sé.

—¿Pero le habló de mí?

—Sí.

—¿En qué términos? Se animó:

—Al entregarme la carta me dijo que era policía, pero un poli distinto, que era cabal y que podía confiar en usted.

—¿Y confía?

—No sé.

—No sabe gran cosa —repetí. Se encogió de hombros:

—Está muerto —repitió a su vez.

—Sí. O por lo menos eso dice usted. Abrió unos ojos como platos:

—¿No me cree?

—Mire, guapa... ¿guapa y qué más? ¿Tiene nombre? Una sonrisa frágil se paseó por sus labios rojos.

—Desde luego, sí que es policía —observó.

—No sé. Mira por dónde, ahora hablo como usted. Deberíamos entendernos. ¿Tan grave es que le pregunte su nombre? Abel Benoit bien que le dio el mío.

—Bélita —dijo—, Bélita Morales.

—Pues bien, querida Bélita, yo sobre todo creo lo que veo. ¿Y si en lugar de ser amigo suyo, su padre adoptivo o yo qué sé, Abel Benoit fuese sencillamente un tipo de quien intenta alejarme, a pesar de su deseo de verme, o quizá precisamente porque quería verme? ¿Ve el panorama? Me presento, usted me dice que ya es fiambre y yo me desentiendo. Desgraciadamente, nunca me desentiendo así como así. Soy un tipo duro, de los que resisten.

—Ya lo sé.

—¡Ah! ¿Por fin sabe algo?

—Sí... Eso también me lo dijo... Vaya a ver —añadió, perdiendo la esperanza de llegar a convencerme—. Vaya a ver... Y verá si le he contado una trola o si... si de verdad ha muerto... Pero no quiero volver a poner los pies en ese lugar... Le esperaré fuera.

—¡Ni lo sueñe! Creo que tenemos mucho que decirnos, usted y yo, y me apenaría mucho perderla. Venga conmigo.

—No.

—¿Y si la llevo a la fuerza?

No me parecía muy factible, pero no costaba nada amenazarla. Una llama oscura le encendió los ojos:

—No se lo aconsejo.

Poco a poco el andén se había ido llenando de gente que esperaba el metro. Empezábamos a suscitar cierta curiosidad. Y pensar que algunos, viéndonos discutir así por lo bajo, debían pensar: «Un crédulo más que está cayendo en la trampa». Después de todo, quizá no estuviesen equivocados.

—Vale —dije—. Iré solo. De todos modos, la encontraré.

—No le costará mucho —se burló—. Le esperaré.

—¿Dónde?

—Delante del hospital.

—¡Seguro que sí! —ironicé.

—Le esperaré —repitió.

Se encabritó, como ofendida porque se pudiera poner en duda su palabra. De pronto le di la espalda y bajé la escalera que, tras muchas vueltas y revueltas, lleva a la salida del patio de llegadas de la estación. Una vez al otro lado de las verjas del recinto, desde el bulevar del Hospital, eché un vistazo a través de los barrotes.

Bélita Morales, suponiendo que fuese su verdadero nombre, me seguía despacio, con las manos en los bolsillos de la trenca todavía desabrochada, ofreciendo con cierto desafío su linda cara testaruda a las saetas de la llovizna.

La distancia que nos separaba aumentaba con cada uno de mis pasos.

*

* *

La última enfermera que había tenido la ocasión de ver se llamaba Jane Russell. Fue en una película cuyo título he olvidado, algo sobre hombres de blanco, niños azules de países amarillos y chicas en technicolor que las hacen pasar de todos los colores. En la cinta, Jane Russell curaba a todo el mundo, excepto a los espectadores enfermos de calentura. La enfermera a quien me dirigí en el pasillo de la sala 10 del Hospital de La Salpêtrière, no se parecía en nada a su colega cinematográfica cuyo *sex-appeal* realzaba el uniforme. Era una enfermera de aspecto adusto, como suelen ser

en la triste realidad, un verdadero remedio contra el amor, sin culo ni tetas. Y, además, vestida como todas las de esta honorable corporación, o sea que por mucho que sean escrupulosamente pulcras no dejan de dar la impresión de ser paquetes ambulantes de ropa sucia puesta de cualquier manera.

—Disculpe, señora —dije—. Quisiera ver a uno de sus enfermos. Se llama...

Consideró con desaprobación la pipa que me había vuelto a plantificar en el pico sin encenderla, y me cortó:

—Aquí no se fuma.

—Está apagada.

—¿Ah? ¡Muy bien! ¿Qué desea?

—Quisiera ver a uno de sus enfermos que se llama Abel Benoit.

Frunció los labios finos y descoloridos:

—¿Abel Benoit?

—Cama número 15 o 4, no estoy seguro.

—¿15 o 4? ¿Abel Benoit? Claro...

Pareció preguntarse si estaba tan claro, y luego:

—... Si quiere esperar un momento...

Con un gesto de la barbilla me designó una silla de hierro esmaltado y me dejó para dirigirse hacia la cabina acristalada cerrando la puerta tras de sí. Me senté. Esperé chupeteando pensativo la boquilla de la pipa. Un rumor ligero, provocado por la charla de los visitantes junto a las camas de los enfermos, procedía de la sala cercana. Una viejecita pasó delante de mí con la espalda encorvada, arrastrando los pies y enjugándose los ojos con un pañuelo hecho una bola. Los cristales esmerilados me impedían ver lo que ocurría en la cabina que se había tragado a mi enfermera como si fuera una aspirina. De vez en cuando una de

las personas que se encontraban dentro proyectaba contra los vidrios opacos una fugitiva sombra difusa. Yo seguía esperando. Al cabo de una eternidad la puerta de la cabina se abrió de nuevo y la enfermera vino hacia mí. Ya era hora. Esa asquerosa mezcla de olores que se respira en los hospitales, compuesta por relentes de éter, de yodoformo, de medicamentos y de humanidad en mal estado, empezaba a deprimirme el olfato.

—¿Ha dicho Abel Benoit, verdad? —preguntó la buena señora —. ¿Es usted un pariente?

Me levanté:

—Un amigo.

—Ha muerto —anunció en un tono neutro y desaborido, tan desaborido como si acabara de pasarlo por el autoclave.

«Ha muerto». Estas palabras le eran tan familiares como a mí mismo. Eran sus compañeras de cada día. Sonreí con suavidad.

—¿Ha tenido que consultar un registro o llamar por teléfono para saberlo?

Se enfurruñó aún más, lo que parecía imposible.

—Murió esta mañana. Yo no empecé mi turno hasta las doce.

—No me cuente historias. Me rasqué una oreja:

—... esto parece tomar un curioso cariz.

—¿El qué?

—Nada. ¿Dónde está el cadáver ahora?

—En el depósito. ¿Quiere verlo?

Me propuso el espectáculo con el mismo tono presuroso con que hubiera podido incitarme a ligármela. Como diciendo «¿Te vienes conmigo, rubio? Tengo fenol».

—Si es posible...

Vivo o muerto, aquel tipo al que yo no conocía pero que parecía conocerme a mí, me interesaba. Quizá me interesara más

todavía por el hecho de haber pasado a mejor vida. Como gran aficionado que soy de los casos oscuros y como especialista en historias más negras que la tinta, me olía, como dicen algunos, un trabajillo poco convencional.

—Sígame —dijo la enfermera, un pelín más amable, como si le facilitase la tarea.

Al pasar por el vestuario agarró una de esas capas reglamentarias azul marino que se ponen sobre los hombros para circular al aire libre, y emprendimos el descenso.

Cruzamos un patio, pasamos cerca de una capilla y nos metimos por un camino de guijarros al borde del cual se erguían, de trecho en trecho, los bustos de los galenos célebres que habían ejercido su arte en aquel lugar.

Si al principio nos cruzamos con algunas personas, ahora no quedaba un alma a la vista.

Bajo la lluvia, la enfermera caminaba con paso alerta, sin decir esta boca es mía.

Poco antes de llegar pude ver viniendo a nuestro encuentro, como un anfitrión cortés que sale a dar la bienvenida a sus invitados, a un hombre fornido, con un aspecto engañoso de distraída indiferencia, que vestía un chubasquero verdoso y un sombrero de fieltro gris perfectamente banal. Avanzaba con una sonrisa burlona en los labios y la mano ya tendida. No me sorprendió demasiado. Estaba esperando una aparición más o menos de este tipo. Aquel ciudadano tan bien educado no era otro que el inspector Fabre, uno de los esbirros del comisario Florimond Farroux, el jefe de la Sección Criminal Central.

—¡Vaya, vaya, vaya! —exclamó irónicamente—. He aquí al camarada Burma. ¡Salud y fraternidad, camarada Burma!

2

El muerto

Le devolví el apretón de manos, a la par que su mano, y dije con sorna: —Menos mal que no soy de la bofia. Si no, le acusaría ante sus superiores. ¿Qué vocabulario es ese? ¿Se ha hecho miembro de una célula comunista?

Me devolvió el sarcasmo:

—Eso habría que preguntárselo a usted.

—No soy comunista.

—Pero fue anarquista. Quizá lo siga siendo. Pienso que es lo mismo.

—Hace mucho tiempo que no pongo ninguna bomba —suspiré.

—¡Vaya con el anarco! —se burló el inspector. Parecía francamente divertido.

—¡Oh!, ya vale, señor Mac Carthy —dije—. ¿Ha oído hablar de Georges Clemenceau?

—¿El Tigre?

—Sí, el Tigre. O si lo prefiere, el Primer Policía de Francia, como se bautizó a sí mismo. Para que me deje en paz, voy a

repetirle lo que un día dijo el Tigre, dijo o escribió, se lo cito de memoria: «El hombre que no fue anarquista a los dieciséis años es un imbécil».

—¿De veras? ¿El Tigre dijo eso?

—Sí, amigo mío. ¿No lo sabía?

—No, no... Suspiró:

—¡El Tigre!...

Y echó maquinalmente una ojeada hacia el Jardin des Plantes. Luego, dirigiéndose a mí de nuevo: —Creo que su cita está incompleta. ¿No añadió: «... pero también lo es (un imbécil) si lo sigue siendo (anarquista) a los cuarenta», o algo parecido?

—Es cierto. Añadió algo así.

—¿Y?

Sonreí:

—Hay mucho que tomar y mucho que dejar de lo que dijo Clemenceau. Yo dejo bastante. Sonrió a su vez.

—Pero usted no es ningún imbécil. Me encogí de hombros:

—No sé qué decirle. Usted me trata como si quisiera demostrarme lo contrario.

La enfermera carraspeó para recordarnos su existencia.

—Ejem... —se aclaró la voz el inspector.

El tío era un verdadero eco ambulante. Me reía yo y se reía él; sonreía yo, sonreía él; suspiraba yo, suspiraba él; la buena mujer carraspeaba y él carraspeaba de consuno. Quizá si yo me pusiera a trepar a un árbol...

—Ejem... Muchas gracias, señora. Puede dejarnos. Nos saludó con un breve gesto de la cabeza y se largó.

—¡Vaya! —rezongó el poli mientras la veía alejarse—. Por su culpa nos va a tomar por un par de chalados de narices.

—También será culpa suya —le contesté—. Reconozca que

hacemos buena pareja. ¡Bah! Además, ¿qué diantre importa? Estará acostumbrada. En otros tiempos, en este establecimiento no había más que eso. Chiflados. Si un día nos tienen que llevar a los tribunales podrá dar testimonio de nuestro desequilibrio mental. Puede ser una ventaja. Y ahora que ya hemos hecho bastante el payaso, qué le parece si hablamos en serio. ¿De qué se trata?

—¡Ja, ja! Después de Clemenceau, Foch ¿no?

—Felicidades. Es usted muy leído. ¡Sabrá de memoria los aforismos del almanaque!

—Ya está bien —me cortó—. No empecemos a desvariar otra vez. ¿Venía a ver a Abel Benoit?

—Sí. Y si le he entendido bien, usted estaba esperando que hiciera esa gestión, ¿no?

—Más o menos. Venga.

Me tomó del brazo y me empujó hacia un pequeño edificio de ladrillo.

—¿Quién canta primero? —pregunté—. A juzgar por su actitud festiva quizá se trate de un asunto bastante complicado, aunque no demasiado grave. Excepto para el muerto, claro.

—Ni es grave ni es complicado —contestó el inspector Fabre—. Por lo menos hasta ahora. No se lo diga a nadie, ¿eh? Aquí donde me ve, estoy derrochando alegremente la pasta del contribuyente en tonterías. Me estoy divirtiendo. Por una vez. Las comprobaciones a que estoy procediendo podría hacerlas sin dificultad cualquier guardia de uniforme de la comisaría del barrio, solo que... ¡Dios mío! No sé qué estarán tramando los asesinos últimamente, pero ¡vaya panda de holgazanes! A este paso, en el número 36 del Quai des Orfèvres, acabaremos todos en el paro. Así que cada cual pasa el tiempo como puede. Para justificar la

nómina nos agarramos a lo que sea, hasta a la más banal de las agresiones. Porque se trata de una agresión. La más banal de las agresiones. La víctima quedó en el sitio, claro, pero no es más que una agresión banal. Y que usted conozca a la víctima no debe añadir complicaciones. Pero que usted conociera a la víctima, justamente, al comisario Faroux y a mí nos hizo gracia.

—Y les hizo examinar esta agresión con más cuidado. Y organizar una especie de ratonera entorno al fiambre, ¿verdad?

—Eso, hijo mío, es la rutina. Tanto si lo cree como si no, estaba aquí por casualidad. Pero estoy encantado de que nos hayamos encontrado. ¡Las ocasiones de divertirse son tan escasas...!

—Pues tengo una noticia aún más divertida —dije—. Yo no conocía a Abel Benoit.

—Pues entonces, ¿por qué preguntaba por él?

—Porque me escribió pidiéndome que viniera a verle. Pero no le conozco.

—Él sí le conocía.

—Es posible.

—Es seguro. Si no, no le hubiera escrito. Además, seguía de cerca su actividad profesional.

—¿Sí?

—Descubrimos en su domicilio una carpeta de recortes de prensa sobre usted y periódicos viejos con relatos de varias investigaciones suyas.

—¿Ah?

—Sí.

—No quiere decir nada. Yo mismo poseo una extensa documentación sobre Marilyn Monroe. De espaldas, de cara, de perfil, en contracampo, y sin embargo...

—Él le escribió —me atajó.

—¿Y quién le dice que yo no he escrito a Marilyn? Bueno. Pues será que nos conocimos. No quisiera contradecir a un fiambre. Pero ¿cuándo y dónde? Ejem... a menos que... ¡Vale! Es un anarquista, ¿verdad? ¿Alguien que frecuentaba los ambientes libertarios cuando yo mismo los frecuentaba, en los tiempos de mi loca juventud, como quien dice?

—Así es. Entiende enseguida, cuando quiere. ¿Tiene la carta?

—La dejé en la oficina —mentí.

—¿Qué decía?

—Casi nada —dije, mintiendo un poco menos—. En resumen, me llamaba querido camarada, decía que aunque yo fuera un poli le gustaría verme y me daba su dirección de aquí. Quiero decir del hospital, no de la morgue.

—Le había entendido... Ejem... La edad debía haberle afectado el cerebro. La edad y sus heridas.

—¿Se trata de un viejo?

—No era un muchacho. Sesenta y un años. Se empieza a ser frágil, a esa edad. La agresión de que fue víctima le llevaría a transigir sobre sus principios. Quiso vengarse de sus agresores, a quienes seguramente conocía, y en lugar de decirle a la policía de verdad, nosotros, quiénes eran, contaba con encargarle a usted que les castigara. Así es como yo veo el asunto. ¿Y usted?

Me encogí de hombros:

—No sé. Yo aterrizo ahora.

—Bien. ¿Sigue queriendo verle?

—Bueno, ya que estoy. Quizá ya no importe demasiado, pero de todos modos... No soporto los nombres sin cara. Mejor salir de dudas, no me habré tomado la molestia en vano y, de paso, usted estará satisfecho. Abel Benoit...

Hice una mueca y sacudí la cabeza:

—... sigue sin decirme nada.

—Abel Benoit no era su único nombre.

Tras ese comentario que no me aclaraba nada, puesto que hacía un buen rato que se me había ocurrido esa posibilidad, entramos en el anfiteatro de la morgue. El vigilante encargado de aquel lúgubre local, un tipo con un guardapolvo gris que fumada a hurtadillas de la dirección, escondió la colilla en cuanto nos vio y se hizo el desentendido, demostrando un hábito intenso en semejante ejercicio.

—Visita para el 18, clamó jovial el policía.

El tal Benoit cambiaba de número como de camisa. En fin, pronto le dejaríamos todos en paz... a menos que le fueran a numerar la tripería, avatar este del que parecía ir en camino.

Sin decir palabra, el vigilante nos indicó por señas que le siguiésemos hasta una sala no demasiado grande, situada por debajo de nuestro nivel, en la que unas lámparas pendían del techo sostenidas por tubos niquelados. Luego, sin apresurarse, abrió un armario frigorífico del que extrajo una mesa con ruedecillas en la que reposaba una forma rígida cubierta con una sábana. Una de las ruedecillas chirriaba al girar sobre el suelo de cemento. Se me ocurrió que hasta aquel momento había constatado este ruidoso defecto sobre todo en las ruedas de los cochecitos para bebés. Bueno, cochecito en un extremo y camilla mortuoria en el otro, el círculo estaba cerrado. El taciturno empleado, que seguramente no me había esperado para proceder a análogas especulaciones altamente filosóficas, empujó la camilla hasta situarla bajo una lámpara, encendió la luz, nos miró asegurándose de que estábamos listos para la función, y con un gesto exacto, profesional y reglado como un macabro papel de solfa, desplegó el embozo de la sábana y descubrió el careto del

fiambre. Temeroso de que fuera a destapar más de lo necesario, el inspector le paró la mano apoyando rápidamente la suya encima.

—Mire, señor, que ya sé lo que tengo que hacer —protestó el otro.

—Yo también sé lo que tengo que hacer —replicó Fabre. También yo sabía bastante bien lo que tenía que hacer. Sin lugar a dudas, si el poli no quería que viese más que la cara del cadáver no sería para proteger mi sensibilidad. Había algo en el pecho del hombre que, de momento, no quería que viese. Seguramente un tatuaje que hubiese podido darme indicios con excesiva rapidez. ¡Estos polis a veces son de un complicado! El muerto era un hombre de unos sesenta años, como me habían anunciado antes de entrar, calvo, con un bigote blanco modelo mariscal Pétain bajo una nariz aguileña un tanto desviada. Sus rasgos, ahora cerúleos y endurecidos, severos, habían debido ser, a pesar de la napia mal orientada, bastante hermosos. Sobre todo veinte o treinta años antes.

—¿Qué me dice, Nestor Burma? —indagó el inspector.

Puse cara de estar en un mar de dudas:

—Hummm... Cuando le conocí (suponiendo que le conociera) seguramente tenía menos pelo sobre el labio y más en la cocorota. Ya sabe lo muy aficionados que eran los anarcos a las cabelleras absalónicas, ¿no? Y quizá sonreía más.

—Sí. Seguramente lo hizo de vez en cuando, como todo el mundo. Pero, de momento, efectivamente parece estar furibundo.

—Quizá no le guste el frío —sugerí.

Permanecimos silenciosos un momento. Añadí:

—Creo que puede guardarlo. No he visto a este tío en mi vida. A menos que...

—¿A menos que qué?

—No sé... Es esa napia...

Aquella nariz, que no era exactamente respingona, me hizo dar un respingo.

—Es esa napia —repetí, pensativo.

Pensé que el inspector iba a mencionar la de Cleopatra. No lo hizo. A fin de cuentas, no era tan leído como me había parecido.

—Ejem...

Me incliné hacia el cadáver y, flexionando las piernas, puse los ojos a la altura de su perfil y lo examiné. Me enderecé, rodeé la camilla y estudié su otro perfil de la misma manera. Tras lo cual, frunciendo el entrecejo, regresé a mi punto de partida junto a Fabre, que me preguntó: —¿Intenta asustarlo?

—Sí, pero no hay forma... ¿Se ha fijado? Ese tío tiene dos perfiles.

Exclamó:

—¡Ahí va! ¡Eso sí que es un descubrimiento extraordinario! Venga, no me tome el pelo, Nestor Burma. Claro que tiene dos perfiles. ¡Vaya cosa! El izquierdo y el derecho. Como todo el mundo.

—No, no como todo el mundo. Es por la nariz. Le modifica la fisonomía según se le mire de un lado o del otro. Muy práctico para escapar cuando te persigue la bofia.

—Ya vale. Un poco de seriedad. ¿Ha conocido a alguien que presente esta particularidad?

—Creo que sí... Es... es muy confuso... En cualquier caso, Abel Benoit sigue sin decirme nada. Pero tenía otros nombres, me ha dado a entender ¿no? ¿Quizá uno para cada perfil? Si me los comunicara seguramente me ayudaría.

—Lenantais —dijo el policía.

—¿Le Nantais? ¿Era de Nantes?

—Nació en Nantes, pero al contrario de lo que pudiera suponerse, Lenantais no es un mote. Era su verdadero apellido. Lenantais, todo junto. Albert Lenantais. Curioso, pero así es.

Di un respingo.

—¡Santo Dios! ¿Lenantais? ¿Albert Lenantais? ¡Pues claro que le conozco!

—Pues nadie lo diría.

—Oiga, a ver si se aclara con lo que quiere, inspector. Cuando le dije que no le conocía usted quería lo contrario, y ahora que lo identifico como a un antiguo conocido...

¡Bah! A hacer puñetas. ¿Para qué discutir? No tenía ningunas ganas de discutir. Ahora, el muerto que tenía delante había dejado de ser un muerto como cualquier otro. De pronto me embargaba una emoción contra la que no sabía defenderme.

—Un antiguo conocido. Sí, antiguo es la palabra —seguí hablando como para mí mismo y con voz sorda—. Hará unos veinticinco o treinta años que le perdí de vista. No es extraño que en un primer momento no le reconociese. Desde entonces había cambiado mucho. Había perdido el pelo y se había dejado bigote, un magnífico bigote blanco...

—Solo la napia seguía igual —dijo el inspector—. Debía pensar que quedaba bien. Cualquier cirujano estético se la hubiese puesto más derecha que una plomada en un plis plas.

—Seguramente no creía ser ni Martine Carol ni Juliette Gréco. Era un original.

—Sí. Dígame lo que sepa de él. Visto lo visto... Está muerto. Las comidillas ya no pueden perjudicarlo.

—¿Qué quiere que le diga? Era un buen tipo, un buen camarada. Era zapatero y, por ser de ese oficio, que por lo demás ejercía de forma intermitente, le llamaban Le Bouif^[3]. Y, siempre

por culpa del oficio, también le llamaban Liabeuf^[4], aunque nunca mató a nadie, a ninguno de sus colegas de la bofia ni a ciudadano alguno.

—En efecto, son los alias que se le conocen y que figuran en el registro. ¿Así que no hay error?

Antes de contestar examiné con mucho detenimiento, una vez más, el rostro adusto endurecido por la muerte. Hice abstracción del bigote, lo imaginé con el pelo rubio y rebelde, una melena de anarquista. Eso y la nariz, no había duda.

—Ninguno.

—Gracias.

Me encogí de hombros:

—¿Qué le he dicho que no supiese ya? ¿O es que las huellas dactilares no le habían dado información suficiente? ¡Menudo sabueso es usted! ¿Y ahí...?

Mostré el pecho del cadáver, oculto bajo la sábana:

—¿No hay un tatuaje ahí? Eso me habría dado una pista enseguida, pero hubiese sido demasiado fácil, ¿no?

—No se enfade —dijo el policía.

—¡Menuda farsa! ¿Quería ponerme a prueba?

—Bueno, hombre, no es tan grave.

—Me da usted náuseas, con sus aires de misterio. Sí, de verdad pienso que está malgastando el dinero público...

Hizo caso omiso del comentario:

—Volvamos al tatuaje —dijo—. ¿Recuerda lo que representa?

—Tatuajes, en plural, con ese final. Una moneda en el brazo y «Ni Dios ni amo» en el tórax.

—Exacto —dijo el policía.

Sonrió al añadir:

—... una moneda.

Agarró la sábana bajo la barbilla del muerto y la dobló hasta la cintura. Apareció entonces la inscripción subversiva, de un azul desteñido, que le decoraba los pectorales. La D de Dios ya no se veía. Una fea herida de arma blanca se la había borrado con más maestría que un destatuador profesional. Otro corte profundo subrayaba la palabra «amo». En la parte blanda del brazo derecho se veía el dibujo de una moneda de las de 50 céntimos.

—Ni Dios ni amo —suspiró el inspector—. Poco original para un anarco.

—Sobre todo era una estupidez —dije—. Aunque era bastante más joven que él (por entonces yo era un chaval), recuerdo habérselo reprochado.

—¿No le gustaba la fórmula? Creía que...

—No me gustaban, y siguen sin gustarme, los tatuajes. No por nada en argot se les llama «tatuajes tumberos», ¿verdad? Hay que ser idiota para hacerse un tatuaje.

—¡Oh! Pues hasta los reyes se hacen.

—Una cosa no quita la otra. Y además, los reyes tienen la mesa puesta. Pueden hacer lo que les dicte su fantasía. Mientras que... Vamos, inspector, no era ningún santo, o por lo menos no era el tipo de santo que se acostumbra a venerar en los altares...

Volví a subir la sábana hasta la calva casi obscena del cadáver. El vigilante del guardapolvo gris terminó la tarea con un gesto preciso y meticuloso, casi maternal.

—... Aunque no profesaba del todo opiniones ilegalistas^[5], Lenantais no era contrario a ellas —continué—. Antes de conocerle yo, había estado enredado en una operación de falsificación de moneda. Por eso me referí antes a sus huellas dactilares. De todos modos había estado en la cárcel. Exacto, ¿no?, como dicen ustedes.

—Exacto. Cumplió dos años por ese motivo.

—Bien. Cuando le conocí se portaba bien y, repito, sin que se declarase francamente ilegalista (no quería hacer proselitismo, el tema era demasiado serio), se notaba que tarde o temprano iba a dejarse seducir de nuevo por el ilegalismo. Así que creo que un tío destinado a entrar en lucha declarada contra la sociedad no debería exponerse a llamar la atención inútilmente. Los medios para identificar a los reincidentes ya son suficientes. No es necesario proporcionar medios adicionales a la pasma.

El vigilante abrió unos ojos como platos. El inspector rio con sorna: —¡Bien dicho! Sería joven pero daba sabios consejos. Reí con él. Ahora me tocaba a mí.

—Conservo esa cualidad.

—Bueno. Entonces, dígame, ¿dónde conoció a ese forajido?

—No muy lejos de aquí. También esto tiene gracia, ¿no? En treinta años no recorrió demasiado camino. Le conocí en la peña vegetariana de la calle Tolbiac.

—Tariana.

—¿Cómo que tariana?

—Vegetariana.

—Nada de eso, amigo. ¿Qué le enseñaron en la escuela? Vegetaliana. Los vegetarianos, aunque no comen carne, se permiten comer huevos y derivados de la leche. Los vegetarianos, en cambio, no comían (hablo de los que conocí, no sé si todavía existen) más que vegetales con un poco de aceite para darles sabor. Y aun esos no eran los puros. Había uno que pretendía que la única forma racional de consumir la hierba era pastando a cuatro patas en un campo.

—¡No me diga! ¡Qué mundo!

—Sí, un mundo singular. Me he pasado la vida rodeado de

fenómenos. Guardo una hermosa colección de ellos entre mis recuerdos.

Apuntó con el índice el cuerpo rígido:

—¿Y Lenantais? Sabemos que no fumaba, no bebía, no comía carne. ¿Era también un chiflado de ese estilo?

—No. Es decir, para ustedes a lo mejor era un chiflado, pero de otra categoría. Mire, una anécdota. En un momento dado casi fue un vagabundo. Puede decirse que lo era del todo. Vivía a salto de mata...

—¿Robando en los puestos del mercado?

—Seguramente no. O, en tal caso, solo en los peores puestos, porque no comía a diario. Sin embargo, por entonces era el tesorero de una pequeña organización. Le habían catapultado a ese cargo antes de que se volviera un vagabundo...

—Entendido. ¿Le metió mano a la caja?

—Precisamente: no. Había ciento cincuenta o doscientos francos en la caja. Fue en 1928 o así. Era bastante dinero. Los camaradas lo daban por perdido, ni siquiera se atrevían a hablar de ello por pensar, como usted, que el hombre le habría metido mano al tesoro. ¡Pues no señor! Permanecía varios días sin comer junto al modesto peculio, pero no lo tocaba. Era la pasta de los camaradas de la organización. Ese tipo de hombre era Albert Lenantais cuando yo le conocí.

—En resumidas cuentas, ¡un malhechor honrado! —ironizó el inspector.

—Todos los hombres son así, sean cuales sean sus opiniones políticas, filosóficas o religiosas. Ni del todo buenos, ni malos del todo. Usted, un policía, debería saberlo mejor que nadie.

—Yo a eso le llamo un chiflado.

—¿Porque supo ser, en ocasiones, de una honradez excesiva?

—Un chiflado —repitió—. Y tiene razón: no ha conocido ni conoce más que a chiflados.

—Eso, señor mío, no es nada amable para con su jefe, mi amigo el comisario Florimond Faroux.

—¿Por casualidad alguien me está criticando? —articuló una voz socarrona.

Me di la vuelta. El jefe de la Sección Penal Criminal central, al que no habíamos oído acercarse, estaba delante de mí con la mano cordialmente tendida.

Le di un apretón y solté:

—Conque una agresión banal, ¿no? ¿Ahora se desplaza personalmente por una agresión banal? A menos que también usted dilapide en fruslerías la pasta del sufrido contribuyente.

—Algo de eso hay, en efecto —sonrió—, y también que cuando la víctima de una agresión es alguno de sus conocidos examinamos el asunto con más detenimiento. Cuando Fabre supo por la enfermera de la sala 10 que un tipo con una pipa de cabeza de toro, de la que al parecer le costaba separarse, quería ver al llamado Abel Benoit, me llamó por teléfono. No hacían falta nombres. Los tipos que fuman sin parar pipas de cabeza de toro no son legión. Y, además, sabíamos que este hombre...

Señaló el bulto rígido tendido bajo el sudario:

—... se interesaba por Nestor Burma. Le ordené a Fabre que acudiera a donde estuviese usted y he venido a mi vez a ver el resultado de la entrevista.

Se volvió hacia su subordinado, interrogándole en silencio con un gesto de la barbilla.

—Esta vez no creo que tengamos problemas con él, jefe —contestó el otro—. No ha identificado al tipo inmediatamente, lo que se explica sin dificultad...

—La última vez que le vi sería en 1928 —dije.

—... pero cuando se ha acordado —prosiguió el inspector—, no ha tenido ningún reparo en decirme todo lo que sabía de él. Y le estudié y vigilé bien todo el rato. No creo que intente engatusarnos.

—Tampoco yo lo creo —dijo Faroux. (Muy amable por su parte)—. Pero me gusta resolver todos los casos, hasta los más insignificantes, en los que aparece el nombre de este maldito poli privado, aunque solo esté involucrado de refilón. De hecho...

Volvió hacia mí el brillo de sus ojos grises:

—... ¿ha dicho que sus últimos contactos con él se remontan a 1928?

—Sí, 28 o 29.

—Y desde entonces...

—Desde entonces, nada.

—¿Por qué venía a verle? ¿Se había enterado de su aventura por los periódicos?

—¿Los periódicos hablaron de esto?

—No lo sé, pero es posible. En las noticias breves, en la columna reservada a las agresiones cometidas por moros. No es de lo que menos abunda...

—No he visto nada en la prensa.

—Lenantais le escribió —intervino el inspector.

—¿Ah?

Le hablé de la carta. Faroux quiso verla. Le solté el mismo rollo que a su ayudante.

—Bueno, dejémonos de historias —continué—. ¿Y si me dijera verdaderamente de qué se trata? No es que quiera ayudarle en su trabajo, pero en fin... Todo lo que sé es que a este hombre, al que no había visto desde hace unos treinta años, alguien le asestó

unos navajazos, probablemente algún norteafricano, si he entendido bien sus palabras...

Faroux asintió.

—... que quería verme, ignoro por qué, y que en su domicilio guardaba recortes de prensa o periódicos en los que se narran mis investigaciones. ¿No podría decirme algo más?

—Con mucho gusto —dijo el hombre de la Tour Pointue^[6]—. Este, amigo Burma, no es un caso que vaya a permitirle hacerse publicidad a costa de los bofias mal pagados que somos, de modo que puedo ser magnánimo... Aunque con usted nunca se sabe. Este asunto de la carta puede que lo cambie todo. Veremos. Quizá tenga alguna idea o sugerencia que le apetezca comunicarnos...

Frunció el poblado entrecejo:

—... mire, no es que lo esté deseando, porque solo el diablo sabe hasta dónde podríamos ir a parar en este caso, pero no debo dejar nada de lado.

—Le escucho.

El comisario paseó una mirada en derredor:

—Cambiemos de decorado —propuso—. ¿No está hasta las narices de la morgue? Yo no trago este ambiente de vampiro. Ya no tenemos nada que hacer aquí, ¿verdad, Fabre?

—No, nada más, jefe.

—¡Pues entonces larguémonos a otro lugar más alegre!

—¿Le parece que su negociado del 36 es más alegre? —le pregunté con sorna.

—¿Quién habla de la oficina? Vayamos a un café.

—Mejor, lo prefiero. Es menos oficial. Y, precisamente, necesito un trago para reponerme de estas emociones.

Faroux se echó a reír. Hizo un amplio gesto señalando el cadáver de Albert Lenantais a quien, terminada ya la sesión, el

vigilante del guardapolvo gris se llevaba de vuelta al frigorífico al son chillón de una de las ruedecillas, sedienta ella también, pero de aceite.

—Curiosa manera de celebrar la memoria de su camarada bebedor de agua, Burma.

Me encogí de hombros:

—¡Bah! Era un hombre tolerante —contesté.

3

1927. Los anarquistas del Club Vegetariano

El ventanal por el que entraba la luz del día en el dormitorio colectivo le daba un vago aspecto de taller de artista. El atuendo de algunos habituales del lugar confirmaba la impresión: chaquetas o pantalones de pana, sombreros de ala ancha y chalinas. Anarcos de escasos recursos o «refractarios económicos» que vivían de chanchullos más o menos legales.

La parte superior de los vidrios del ventanal era transparente. En cambio, una lechada de un blanco lívido cubría la parte inferior haciéndola opaca hasta media altura. El pudor, pero sobre todo los edictos policiales, impedían que los hombres que allí vivían ofreciesen el espectáculo de su desnudez, total o parcial, a los pacíficos y virtuosos ciudadanos que vivían enfrente, al otro lado de calle Tolbiac, en un edificio burgués de arquitectura fin de siglo.

No obstante, alguien que seguramente padecía claustrofobia aguda había rascado pacientemente, con la hoja de un cuchillo, una superficie suficiente de aquella pintura lechosa para poder ver, como a través de una neblina, lo que ocurría en la calle.

Tampoco es que el paisaje que así podía vislumbrarse fuese

demasiado atractivo. El adolescente con la cara aplastada contra el cristal no entendía que alguien se hubiera tomado tantas molestias, haciendo caso omiso de la ira de la dirección del local — unos teósofos puritanos— y arriesgándose a la expulsión de aquel refugio, donde por quince francos a la semana uno podía dormir hasta decir basta, solo por descubrir un paisaje tan aburrido.

Las esqueléticas acacias que surgían de una placa de fundición con perforaciones inclinaban sus descarnadas ramas azotadas por ráfagas de nieve, y la acera, socavada a trechos, estaba cubierta en toda su longitud visible por una fina capa de barro resbaladizo.

Era un paisaje triste y deprimente, pero aun así el adolescente lo contemplaba con una especie de avidez.

Un hombre en mangas de camisa se le acercó, puso su cabeza de cabello negro y rizado junto a la suya, miró a su vez la calle y gruñó:

—Mal tiempo^[7].

Después blasfemó y volvió a acostarse. Hacía ya tres días enteros que el español no dejaba la cama, crucificado en el lecho por la morriña.

El adolescente consultó de reojo un despertador que pendía del extremo de un cordel sobre un batiburrillo de mantas amontonadas. Las tres de la tarde, martes 15 de diciembre de 1927. Dentro de diez días sería Navidad. Al chico se le encogió un poco el corazón.

Sentado en un taburete cerca de la estufa cargada de buenos leños, Albert Lenantais, con un folleto entre las manos, contemplaba fijamente el ventanal con sus ojos azules. Se levantó y se acercó al adolescente:

—¿Qué te decía el Castellano?

—Mal tiempo.

—Sí, mal tiempo... —Lenantais acercó su torcida nariz al cristal —, en el Sur hará mejor tiempo, ¿no?

Sonreía. Una sonrisa alentadora que dejaba al descubierto unos dientes asombrosamente sanos y blancos.

—Sí —dijo el adolescente.

—¿No estás harto de Paname^[8]?

—Creo que no me hartaré nunca. Hasta ahora no es que haya sido muy feliz aquí, pero... ¿cómo decirlo?

—Sé lo que sientes... —Lenantais se acarició pensativo la nariz mal plantada—. Es una ciudad curiosa... —Canturreó—: París, París, ciudad infame y maravillosa... Pese a todo hay quien está harto.

—Cuando esté harto volveré donde mis padres.

—Naturalmente. A tu edad, todavía te queda ese recurso. ¿Has apartado dinero para el viaje?

—Me colaré en el tren.

Lenantais se encogió de hombros:

—Cada cual es libre.

Volvió a sentarse en su taburete. Poco después, el adolescente se dirigió a su propia cama y se tendió en ella. Desde donde estaba, con las manos cruzadas detrás del cogote, el despertador le quedaba a la vista. A las cuatro sería hora de irse a trabajar. ¡Asco de nieve! Si le daba por caer tan copiosamente como la víspera, no iba a tener ninguna gracia vender los periódicos bajo la helada borrasca, pero de algo había que comer. No convenía dejarse abatir como el español. No, no convenía. «Albert Lenantais ha puesto cara de desaprobación cuando he hablado de viajar sin billete». Y sin embargo... si era cierto lo que se decía, Le Bouif había cumplido una condena de dos años por ser cómplice en un asunto de falsificación de moneda. De pronto, el adolescente

empezó a tener dudas sobre Lenantais, apodado Le Bouif o Liabeuf. Se lo reprochó al instante. A los anarquistas no se les pregunta. El adolescente dejó de contemplar las manecillas del despertador, se deslizó por el lecho y contempló toda la hilera de miserables camas. Al fondo de la sala las opulentas cabelleras de tres hombres casi se mezclaban unas con otras mientras debatían con acritud una delicada cuestión sociobiológica. Más cerca, tendido en su cama, soñador, tranquilo y solitario, un joven fumaba con fruición una pipa de caño largo. Le llamaban el Poeta, pero nunca nadie había leído sus versos. Bajo las mantas, el español se agitaba. Su vecino dormía, roncando bajo la protección de un cartel que anunciaba, para aquella misma noche, en la Casa de los Sindicatos del bulevar Auguste-Blanqui, una sesión del «Club de los Insurgentes». Tema: «¿Quién es el culpable? ¿La Sociedad o el Bandido?». Orador: André Colomer. El Ronquidos se había pasado la noche pegando carteles por el distrito, con diez grados bajo cero y un vaso de leche en el estómago por todo viático. Sus enseres de pegador de carteles clandestino, que rasga una esquina del cartel para engañar a la policía y hacerle creer que precisamente en el trozo que falta —seguramente arrancado por algún pillastre— era donde se encontraban los sellos obligatorios, se reducían a un bote de mermelada que descansaba junto a la cabecera de su cama y del que asomaba el extremo de un pincel, además de un zurrón vacío y una caja llena de periódicos hasta los topos.

La puerta del fondo se abrió dejando paso, al tiempo que llegaba el olor de las verduras que un grupo de jóvenes de ojos brillantes y caras de asceta pelaban abajo en la cocina, a un individuo de unos veinte años con la mano envuelta en un voluminoso vendaje. El recién llegado dijo: «Salud» en tono huraño

y se dejó caer sobre su lecho, no lejos del adolescente. Empezó a deshacerse del vendaje y movió los dedos anquilosados por la inmovilidad. No tenía rastro alguno de herida ni magulladura de ninguna clase en la mano.

—Voy a tener que maquillar esto —gruñó el hombre estrictamente para sí. Sus ojos eran de un desagradable color verdoso, como velados por una mancha ponzoñosa. Un fino bigote castaño le orlaba el labio superior y su pelo engominado apestaba a brillantina—. Me joden los del Seguro con las visitas de control.

Se sacó un cuadernillo del bolsillo y empezó a consultarlo. El adolescente miró el despertador, bostezó, se levantó, extrajo un paquete de periódicos de debajo del colchón y contó los invendidos, ordenándolos por títulos; Paris-Soir a un lado, el Intransigeant al otro. El hombre del vendaje, que observaba la tarea con una sonrisa en los labios tan falsa como su accidente, soltó una risa malévola:

—No progresamos, ¿eh? ¿Sigues difundiendo la prensa burguesa?

—Es la tercera vez que me lo preguntas —dijo el adolescente irguiéndose—. La primera vez creí que bromeabas y me reí. La segunda, te contesté que de algo tenía que comer. Y ahora te digo vete a la mierda.

—Y yo te digo ¡come si tanta hambre tienes! ¡Desgraciado! ¡Se pretende anarquista y va vendiendo prensa burguesa! ¡Sí, anarquista de cuchufleta!

—¡Bueno, ya vale Lacorre! —intervino Lenantais, desde su sitio y sin moverse, sin siquiera levantar la vista del folleto que estaba leyendo—. Ya vale. ¿Qué quieres que haga? ¿Crees acaso que eres más anarquista que él?

Su voz era fría, cortante como una navaja. A Lenantais no le

gustaba Lacorre. Bajo las exageraciones verbales, adivinaba por instinto una falta de calidez interior y de sinceridad.

—Desde luego —contestó el otro.

Lenantais dejó a un lado el folleto:

—Me pregunto si sabes siquiera lo que significa ser anarquista. ¡Oh!, está muy bien presentarse un día y decir: «Soy un camarada». Está muy bien, es sencillo y fácil. Aquí cada cual entra y sale cuando quiere. No es cosa de que nos pongamos a investigar a quien se presenta.

—¡No faltaría más!

—Pues no quita que yo crea que un anarquista es otra cosa, eso es todo.

—¡A ver si me lo explicas!

—No tengo tiempo para tonterías.

—De todos modos —dijo Lacorre—, un anarquista con cierta dignidad no adopta una actitud tan pasiva y resignada como este jovenzuelo. No se rebaja a vender esa porquería burguesa. Se defiende, se las arregla, roba...

—¡Acabáramos!

—¡Sí, señor!

—¡Menudo hatajo de tonterías! Cada cual es libre de gobernar su barca a su manera, siempre que no ofenda la libertad de otro camarada. Él vende periódicos. Tú se la pegas al Seguro. Cada cual es libre.

—Si los ilegalistas...

Lenantais se levantó:

—Me gustaría que se me dejara en paz de una vez con el ilegalismo y la recuperación individual —articuló. Le palpitaba la torcida nariz—. Es un tema prohibido para sinvergüenzas que estafan al Seguro y sudan de pánico en cuanto se vislumbra la

posibilidad de tener que acudir para una visita de control. Mientras no hayas asaltado a un cobrador de letras no tienes derecho a decir ni mu. ¡Hablar! ¡Hablar! Demasiados he conocido, de esos teóricos a la violeta que se quedaban en casa tan tranquilos mientras unos pobres cretinos entraban en acción y caían en manos de la pasma.

—Souidy, Callemin, Gamier^[9]... —empezó Lacorre.

—Ya pagaron —le interrumpió Lenantais—. Pagaron por partida doble. Pagaron y les respeto. Pero tú, si les entendieras lo más mínimo, si supieras cuántos codos están por encima de un pelanas estafador como tú, no les ofenderías con tus homenajes.

Lacorre enrojeció:

—Pues por cómo hablas, cualquiera diría que también tú has atracado a un cobrador de letras...

—Yo también he pagado. Cumplí dos años de trena por falsificar moneda, todos los canaradas serios te lo dirán. No me enorgullezco, pero considero que es algo distinto de fingir accidentes laborales.

—No he dicho la última palabra —gruñó Lacorre—. Un día me dará un arretrato y ya se verá de qué soy capaz. Yo también me cargaré a un cobrador de letras.

—¡Oh! Seguro que eres capaz —se burló Lenantais—. Me extrañaría que no pudieras hacer algo tan inteligente. Y cuando te hayas cargado a uno de esos pazguatos que pasean una millonada por un pedazo de pan, te verás con los pies en el agua del penal o subirás a la guillotina antes de haber podido comprarte un sombrero con lo que saques del robo. A mí me parece que no vale la pena. No quiero perder la vida. Y desarrollar armoniosamente mi individualidad en una caja de pino o en el penal no me parece un futuro halagüeño. Lo ideal, verás... —se rio—, pienso

seriamente en ello, sería atacar a un cobrador sin derramar sangre e incluso sin que se entere nadie, y vivir de esa fortuna robada (suponiendo que haya fortunas que no sean robadas), en la más absoluta impunidad. Claro que, todo hay que decirlo, un proyecto así es difícil realizarlo.

Lacorre se encogió de hombros, compadecido:

—Bastante, sí. Eso sí que es una bobada. Y por partida triple. Mira, me dais cólicos.

Se levantó y se dirigió a la salida. Furioso, cerró con un portazo. Su contrincante se rio por lo bajo, y como la noche empezaba a infiltrar sus sombras por todos los rincones, accionó un interruptor. Las pocas bombillas anémicas que colgaban del techo de la gran sala proyectaron una luz amarillenta. Lenantais volvió a sentarse junto a la estufa. Los melenudos seguían discutiendo en voz baja, demasiado absortos por su propia conversación para interesarse por la que, una vez más, había enfrentado a Lenantais y Lacorre. El Poeta fumaba su pipa en silencio. El adolescente seguía entregado a sus cálculos. El español y el pegacarteles dormían.

Quizá fuese el mismo día. Quizá fuese otro. Un hombre flaco, peludo y barbudo, que calzaba sandalias de cuero sin calcetines, entró en la estancia golpeando el entarimado con un bastón nudoso y preguntó:

—¿Anda por ahí el camarada Dubois?

—No —le contestó alguien.

El hombre husmeó el aire:

—Apesta —dijo—. Apesta a...

Se interrumpió al descubrir al Poeta fumando. Se precipitó hacia él, le arrancó la pipa de la boca y la estrelló con violencia contra una de las paredes. Se oyeron protestas y Lenantais tomó la palabra:

—Camarada Garone, acabas de realizar un acto autoritario indigno de un anarquista. ¿Acaso algún día pretenderás obligarnos a seguir tu ejemplo, quiero decir, hacernos poner a gatas para comer vegetales ya que, según tus teorías, consumirlos en otra posición es contrario a la Naturaleza? Eres libre de hacer lo que quieras, puedes denunciar la nocividad del tabaco; yo mismo soy abstemio y no fumo... pero debes convencer a los canaradas que todavía son esclavos de esas pasiones, de esas necesidades, con argumentos y no con actos autoritarios. Es necesario...

El incidente dio lugar a un animado debate que se fue prolongando.

El adolescente tomó el metro en Place d'Italie. Se dirigió a la calle Croissant, en el barrio de los periódicos, a comprar unas decenas de ejemplares de los diarios de la tarde y regresó a venderlos al distrito XIII, por los alrededores del club vegetariano.

A las ocho calculó su escaso beneficio, hizo un paquete con los invendidos, lo deslizó bajo su cama y sus cansadas piernas le llevaron camino de la Casa de los Sindicatos del bulevar Auguste-Blanqui, en la que el Club de los Insurgentes organizaba un debate contradictorio sobre la candente cuestión ¿Quién es el culpable? ¿La Sociedad o el Bandido? Allí se encontró de nuevo con Albert Lenantais, acompañado este por otros dos correligionarios, con quienes había simpatizado especialmente desde que frecuentaba a los anarquistas parisienses. Uno de ellos, de unos veinte años, era prófugo. En cualquier momento podían detenerle y entregarle a la autoridad militar, por lo que se le conocía por el nombre de pila: el discreto nombre de Jean. El otro, algo mayor, se llamaba Camille Bernis. Eran educados, reservados, no se ocupaban de los asuntos de los demás... y los demás tampoco se ocupaban de los suyos. Tenían una expresión decidida, voluntariosa, y a veces un fulgor

fanático les encendía la mirada.

Bernis y Jean no vivían en el Club Vegetariano, pero después de la sesión del Club de los Insurgentes fueron para allá con Lenantais y el adolescente, y hasta altas horas de la noche, sentados en una cama, al lúgubre compás del viento de diciembre que azotaba los cristales del ventanal y a la luz de una lámpara de petróleo pequeña cuya llama huidiza no alcanzaba a turbar el reposo de los canaradas dormidos, discutieron los cuatro de las ventajas e inconvenientes del ilegalismo. Albert Lenantais, siempre ponderado, a menudo daba la impresión de no tener ninguna idea precisa sobre la cuestión... a menos que estuviera madurando un proyecto grandioso, un utópico y grandioso proyecto: el proyecto, quizá, cuyos grandes rasgos había expuesto al llamado Lacorre.

*

* *

La voz gruñona del comisario Florimond Faroux me llegó como a través de una doble capa de guata:

—Vamos, Burma. Menuda cara pone. ¿En qué está pensando?

Me despabilé:

—En mis años mozos. Nunca hubiese dicho que quedaban tan lejos.

4

Revelaciones sobre el muerto

Salimos a la calle. Al salir del edificio enseguida cargué la pipa y la encendí. Y a la porra con el obtuso aquel, que quizá desde hacía tiempo ya no le podía romper a nadie ni la pipa ni las pelotas. El humo que me llenó los pulmones me procuró cierto bienestar.

Florimond Faroux había venido en un auto de la casa conducido por un policía de paisano, que esperaba el regreso de su jefe fumando también él como un carretero y viendo —sin temor a un poco respetuoso paralelismo vacuno— pasar los vagones por el viaducto del metro. El coche estaba aparcado entre otros delante de la entrada en voladizo del hospital. A pesar del esfuerzo aparente para no llamar la atención, su función social era tan visible como la nariz atravesada del rostro de Abel Benoit-Lenantais.

Mientras nos dirigíamos al coche eché un vistazo a hurtadillas desde el límite del parque Marie-Curie hasta el terraplén donde se encuentra la estatua del doctor Philippe Pinel, bienhechor de los alienados, así llamado por introducir métodos humanos en el tratamiento de los pobres dementes. Antes de él, se intentaba

curarles sobre todo a palos. «Le esperaré», había dicho la gitana. Quizá, pero en todo el perímetro no se vislumbraba ninguna falda roja. Las comprobaciones, discusiones, etcétera, toda aquella comedia en la que acababa de participar había durado un buen rato, y un crepúsculo precoz, que una niebla insidiosa aceleraba más todavía, tomaba posesión de aquella parte de la ciudad. Sin embargo, aún quedaba bastante luz para no confundir la grácil silueta de la muchacha con una caseta de picapedreros, por ejemplo. Bélita no me había esperado... nunca pensó esperarme... o, más probable todavía, la llegada motorizada de Florimond Faroux la había asustado. Era de una raza que huele a la pasma a un kilómetro de distancia. El conductor se sentó al volante, el inspector Fabre a su lado y el comisario y yo nos sentamos en el asiento de atrás.

—¿Adónde vamos a tomar un trago y discutir la jugada? —preguntó Faroux—. Usted que tanto sabe de tascas, Burma...

—¿Lo habrá leído en algún informe policial, no? —dije—. Ya sabe lo que hay que fiarse de los informes policiales, ¿verdad? Bueno, ya que estoy en vena de reminiscencias del pasado vayamos a Rozès, en la Place d'Italie. Guardo un excelente recuerdo de los cruasanes que sirven.

—De acuerdo. Jules: a la Place d'Italie —ordenó el comisario al conductor—. Nestor Burma está hambriento.

El coche arrancó, pasó entre los pilares de hierro que sostienen las vías del metro aéreo y tomó el bulevar del Hospital.

—No tengo hambre —dije—. Pienso en los cruasanes porque, en aquella época, más de una vez y más de dos, me comí tres o cuatro con el café con leche en la barra de esa *brasserie* y declaré solo uno a la hora de pagar.

—¿Por qué me cuenta eso? —dijo Faroux con simpatía—. ¿Le

parece que no basta con la mala fama que ya tiene?

—Hoy por hoy la mala fama es rentable. Demasiado buena la tengo. Se lo contaba porque estoy regresando a la infancia, porque me divierte volver acompañado por la pasma al escenario de mis delictuosas travesuras.

—Queda tan lejos ya todo eso —dijo Faroux.

—Sí, canta un poco. Ha prescrito.

—Bueno, pues no se vaya por las ramas. Parece que la muerte de Lenantais ha sido un golpe, ¿no? La estafa del cruasán me la trae floja. Pero como sabe perfectamente, la prescripción es un engañoso que, en los casos graves, prácticamente no se aplica. Nuestros expedientes nunca se cierran por completo, de modo que, pongamos por caso, un asesino que ya se creía a salvo, de repente se queda con la boca abierta cuando se le recuerdan ciertas cosas desagradables muchos años después del crimen. ¿Y sabe por qué ocurren estas cosas? Pues porque un policía frustrado se vuelve duro. Un caso que no consigue resolver se convierte en un asunto personal. Y aún peor que eso, porque el público es pródigo en sarcasmos, y si uno tiene un fracaso, aunque sea su único fracaso, hace mal efecto. A algunos les da igual, pero a otros no. Esos le dan vueltas y más vueltas, siempre al acecho del más mínimo indicio de una posible revancha. Porque cuando las cosas se ponen así, de lo que se trata es de revancha, de satisfacción personal.

—Como el viejo Ballin, por ejemplo —dijo el inspector Fabre—, que entendía el discurso de Faroux mejor que yo.

No pregunté quién era Ballin. Como probablemente no se trataba de la antigua actriz de cine llamada Mireille, me importaba un bledo. Pero Faroux prosiguió:

—Sí, Ballin. Mira, precisamente un caso que al parecer ocurrió

por aquí (aunque ni siquiera de eso estamos seguros) es lo que le volvió tarumba. Un empleado que llevaba consigo una cantidad importante y desapareció como por arte de magia, más o menos a la altura del puente de Tolbiac, en 1936. Ballin se dejó la piel en ese caso y, total, para nada. Le afectó la salud y no le ayudó a esclarecer los casos que se presentaron después. Seguía buscando la clave del misterio. Estaba idiotizado. Llegó la guerra y él seguía buscando. En 1941, los alemanes lo mandaron a un campo de concentración. Salió de allí, pero hecho un guiñapo. Agotado. Ahora está jubilado desde hace tiempo, pero según algunos compañeros, todavía anda investigando.

—Jefe, si permite que le diga lo que pienso, me parece que es llevar la conciencia profesional demasiado lejos.

—Está chiflado, es la única excusa que tiene. Nosotros no somos dioses. Puede ocurrir que no demos con la solución. Mire, sin cambiar de distrito hagamos otra excursión al pasado. El caso Barbala, ¿se acuerda? Suzanne Barbala, una nena de once años. En 1922, se descubrieron sus restos, descuartizada, bajo el escenario del cine Madelon, en la avenida de Italia. Nunca se supo quién había cometido el crimen. En fin... todo esto es hablar en balde... o, mejor dicho, hablar por hablar.

—Sí, distrae —dije—. Es muy amable por su parte alimentar el diálogo.

El comisario se encogió de hombros:

—Es porque me doy cuenta de que la muerte de Lenantais le ha dado un disgusto, eso es todo. Trato de dejar que se recupere.

—No es el hecho de que haya muerto. Es encontrarle de nuevo después de tanto tiempo.

—Es lo mismo.

—Sí, todo es luto y duelo. ¡Cuánta sordidez, por Dios! ¿Es que

nunca puede hacer sol cuando vengo por aquí?

Estábamos llegando a la Place d'Italie.

Una niebla rastrera, como las sombras que de refilón veíamos adentrarse furtivamente por el bulevar de la Estación, se deshilachaba en las ramas desnudas de los árboles del jardincillo central y de los arriates que lo rodeaban. Se habían encendido las luces de los bares que rodean la plaza y una rampa de neón intermitente corría por el alero a lo ancho de la terraza acristalada de la *brasserie* Rozès. Antes de emprender la bajada del bulevar Auguste-Blanqui, los coches giraban en la glorieta con ese maullido especial que provocan los neumáticos al rodar sobre el pavimento mojado.

Jules, el chófer policía, aparcó el coche de la Administración al principio de la calle Bobillot, y todos juntos nos dirigimos hacia el acogedor establecimiento.

Quizá para vigilar a los aficionados a los cruasanes a cuenta de la casa —después de lo que me habían oído decir, no era imposible—, Jules fue a esperarnos a la barra, donde se apiñaba una clientela bastante numerosa.

Faroux, Fabre y yo nos instalamos en la esquina de la sala más alejada de la puerta. Aparte de una parejita, que no nos concedió siquiera la limosna de una ojeada, el lugar estaba desierto.

Nos llegaban de la barra los ruidos habituales: barahúnda de conversaciones, entrechocar de vasos y estruendo del «millón» eléctrico maltratado por un chaval que no estaba dispuesto a perder y cuyo entusiasmo no lograba aplacar siquiera la eventualidad de un *tilt*. Alguien puso en marcha una vitrola y la voz de Georges Brassens cantando *Gare au gorille* dominó el tumulto. Quizá la había puesto el propio chófer de la policía para concederse una especie de asueto. De todos modos, Brassens

como fondo sonoro de una conversación sobre un viejo anarco no dejaba de tener gracia.

—No es demasiado conforme al procedimiento —empezó a decir Faroux cuando, una vez anotado el pedido, el mozo nos trajo un aperitivo a mí, un ponche humeante al comisario y un botellín de Vichy al inspector, que quizá se había contagiado con las historias de todos aquellos bebedores de agua—, hablar de un caso en un bar no se ajusta demasiado al procedimiento, pero estoy convencido de que el asunto en cuestión no tiene visos de ser más que una vulgar agresión como tantas otras. De modo que puedo permitirme faltar al reglamento... más aún cuando me ha parecido que necesitaba usted un cordial, Burma...

Hice un lánguido amago de gesto.

—... ¡Bueno! Así que...

Empezó a liar un cigarro:

—... no vamos a insistir en lo de las ideas de Lenantais. Fue lo que quiso, anarquista, falsificador, aunque desafortunado; pero hacía bastantes años que se portaba bien...

El comisario encendió el cigarrillo, mezclando el humo de este con el de mi pipa.

—... ya no militaba, ni frecuentaba ningún grupo político o filosófico. Se había montado una tranquila existencia independiente. ¿Qué cree que hacía, Burma?

—No sé —dije—. Era un remendón de primera, confección incluida. ¿Se había establecido por su cuenta?

—No. Quizá nunca tuvo medios para alquilar una tienda decente... y digo decente porque tienda sí que tenía una...

—Más bien un trastero —rectificó Fabre. Faroux asintió:

—Sí, más bien un trastero... un almacén... un local que hubiese podido arreglar como tienda, solo que... —Un mohín le puso el

mostacho de punta—. El pasaje de Hautes-Formes^[10]... Mire, no es que quiera mecanizar las hormas...

—Un nombre tan bonito —dije.

—Sí, quizá un nombre adecuado para el trabajo de un zapatero...

—También sería adecuado para un sombrerero. ¿Dónde es?

—Entre la calle Nacional, casi esquina Tolbiac, y la calle Baudricourt. No es un sector peor que otros, pero el pasaje de Hautes-Formes propiamente dicho es bastante tirado... a lo que debe añadirse que las placas indican falsamente que se trata de un callejón sin salida, lo cual no incita a...

—... adentrarse en él.

—Sí. Bueno, me parece difícil que una tienda, cualquiera que sea, pueda prosperar en ese corredor a cielo abierto, y quizá el amigo Lenantais no se animara nunca a intentar la experiencia. Los clientes vienen a ser una especie de patronos y, a la larga, tan tiránicos como estos. En cuanto a contratarse en casa ajena...

—¡Ni hablar!

—Naturalmente. Hemos sabido que, de vez en cuando y aquí y allá, fabricaba efectivamente un par de zapatos, pero ¡adivine de dónde sacaba sobre todo sus recursos, Burma! De la trapería. Era trapero, amigo mío. Trapero y remendón, una sabia mezcla de ambas profesiones le garantizaba ingresos suficientes para cubrir sus pocas necesidades, y una libertad total. Recogía ropa usada, compraba, revendía... En fin, que se las arreglaba bastante bien. Era su propio amo. Había resuelto más o menos el problema, ¿qué le parece? ¿Vio su ropa en el hospital?

—No —contesté.

—No hizo falta, en efecto. Pero si la hubiese visto se habría dado cuenta de que, sin ser lujosas, eran buenas prendas. No esos

harapos de pordiosero que acostumbran a lucir los traperos.

¡Trapero! Se me ocurrió una idea, pero la guardé egoístamente para mí solito. ¡Siempre ese individualismo anarquista! No obstante, Faroux pareció adivinarme el pensamiento. Se hizo eco de él al instante:

—Estamos investigando si era un poco perista —dijo—, pero no creo. La mayoría de los peristas están catalogados. Lenantais o, mejor dicho, el trapero conocido con el nombre de Abel Benoit nunca fue sospechoso de dedicarse a este tipo de trapicheo. Bien. De modo que así es como vivía, libre e independiente, como dice el cantar, si no con abundancia, cuando menos con cierta comodidad, teniendo en cuenta que sus necesidades se reducían a la mínima expresión. Rebién. Todo esto para darle noticias de su antiguo compañero. Y así llegamos a su malhadada desventura final...

El comisario tiró la colilla y apuró el ponche:

—Hace tres días, de noche y en la calle, le agreden unos fulanos (moros, dijo), que le asestan dos puñaladas y le roban la cartera. Mal que bien, se arrastra hasta su casa y pide ayuda a la vecina, una especie de gitana...

—Su vecina u otra cosa —observó el inspector Fabre al tiempo que agitaba los dedos como si estuviera profanando unas bragas de nailon.

—De todas formas, es su vecina. Vive en una casucha pegada a la de Lenantais. Pero me parece que era demasiado viejo para acostarse con ella, aunque con esos tíos sin prejuicios nunca se sabe...

—Sesenta no son tantos años —protesté, pensando en mi propio futuro y en el pasado reciente de Sacha Guitry.

—No me refiero a sus posibles —sonrió Faroux—. Me refiero a

la diferencia de edad entre ambos. Ella tiene veintidós añitos. En números redondos, cuarenta de diferencia.

—Sí, claro. Así que la chica...

—No pudo curarle. Estaba gravemente herido, prueba de ello es que sucumbió...

—¡Creí que las gitanas poseían secretos medicinales, bálsamos, un montón de fórmulas y de recetas!

—Quizá, pero al parecer esta no. Es una gitana moderna que rompió con su tribu y, sin duda, con toda la parafernalia correspondiente, bálsamos, recetas y secretos incluidos. Metió a Lenantais en su coche, en el coche de él, un cacharro desvencijado que usaba para su comercio, y lo llevó a La Salpêtrière. Naturalmente, el hospital avisó a nuestros colegas del distrito...

—Un momento —interrumpí—. A propósito del distrito, ¿por qué le llevó a La Salpêtrière? ¿No hay ningún hospital más cerca del pasaje de Hautes-Formes?

—Está el Hospital Lannelongue. Pero ella le llevó a La Salpêtrière.

—¿Por qué?

—No dio ninguna razón. Supongo que, como algunos hospitales son más conocidos que otros, La Salpêtrière fue el primero que se le ocurrió. Así que los colegas se interesaron por el caso, fueron a husmear al domicilio del interfecto... A primera vista les pareció misterioso, ya me entiende.

—No, pero no importa. Continúe.

—Amigo mío, en ese barrio rebosante de árabes en el que nos resulta imposible distinguir a los que están a favor nuestro de los que están en contra^[11], nos ocupamos con más diligencia que en otros de las banales agresiones nocturnas, sobre todo de las cometidas por moros.

—¡Ah, ya!, porque hay agitación en la «colonia» colonial. *Fellaghas*^[12] y compañía, ¿no?

—Exacto. Un día es un *sidi*^[13] bebedor de tintorro al que otro *sidi* respetuoso del Corán le rompe los morros...

—Volvemos a su Club Vegetariano —se burló el inspector Fahre.

—Cállese la boca. Tendrá que endilgarse otro botellín de Vichy —le espeté.

Se calló. Faroux continuó:

—Al día siguiente se tratará de un hotelero o del amo de un garito musulmán a quien los «recaudadores» del FLN cobran un impuesto revolucionario. Entre tanto, esos mismos «recaudadores» (o unos listillos oportunistas que saben nadar en río revuelto) consiguen pasta por otros medios. Una pequeña agresión acá y allá en la que se distrae la cartera del agredido.

El inspector no dijo que aquello coincidía con la antigua afición ilegalista de algunos anarcos, pero seguro que lo pensó.

—En resumidas cuentas —dijo el comisario—, todo lo referente a los moros se vigila con mucho tiento. Lenantais, a quien todavía considerábamos como Abel Benoit (en uno de sus bolsillos había un documento de identidad con ese nombre), Lenantais, digo, aunque muy debilitado y haciéndose de rogar, acabó reconociendo que unos moros le habían agredido y desvalijado. Por otra parte, los colegas reaccionaron ante el tatuaje subversivo. Pensaron sobre todo en un ajuste de cuentas político. Fueron a husmear a su casa. Entre sus cachivaches profesionales descubrieron un montón de material revolucionario, aunque pasado de moda. Colecciones de periódicos anarquistas que dejaron de publicarse hace tiempo, folletos, carteles, libros, etcétera, los más recientes del 37 y el 38 sobre la guerra de

España, que, por cierto, al parecer dobló las campanas de su militancia... También Florimond Faroux era un hombre leído.

—... En fin, hallazgo supremo, un cartapacio cuidadosamente guardado, en el que se hablaba de mí.

—¿De usted?

—De refilón. Reunidos en una carpeta de cartón, había unos recortes de prensa sobre algunas de sus investigaciones que Marc Covet había puesto en conocimiento del público en el diario *Le Crépuscule*, y, naturalmente, mi nombre figuraba en varios de esos artículos. El comisario del distrito, que no deja nada al albur, me avisó, mandándome el fajo de recortes de prensa y las huellas del tipo. ¡Imagínese: un anarquista! Las mandó tomar *ipso facto* y sin tergiversaciones. Le interesaba, y me preguntó qué importancia había que concederle al asunto, y si teníamos algo sobre Abel Benoit. Sabíamos que en 1920, con su verdadero apellido de Lenantais, se había visto comprometido en un asunto de falsificación de moneda y se le había condenado, y que durante mucho tiempo había estado fichado por la secreta como un ardiente y peligroso militante anarquista. Se lo he dicho ya y se lo repito: por principio no me despreocupo de ningún caso, por menor que sea, en el que se menciona su nombre. Con excesiva frecuencia esos casos se enriquecen con inesperados capítulos adicionales. Es posible que, por una vez, me haya equivocado, aunque... está la carta, de la que ya hablaremos. Me pregunté con qué objetivo aquel revolucionario, en apariencia arrepentido, reunía toda esa documentación sobre usted. Pero después, como no ignoro nada de sus antecedentes, pensé que podía tratarse de una de sus dudosas relaciones de juventud que se interesaba quizá, quién sabe con qué tenebrosas intenciones, por el desarrollo de su carrera...

¡Peligroso! ¡Ardiente! ¡Arrepentido! ¡Dudosas! ¡Tenebrosas! Algunas veces, Florimond utiliza un vocabulario que se las trae...

—No me pareció oportuno ponerle enseguida en antecedentes. Al fin y al cabo, todo el mundo tiene derecho a coleccionar recortes de prensa. Aquella colección quizá no significaba nada, el tipo no era obligatoriamente uno de sus antiguos conocidos, y si no tenía nada que ver en todo aquello, no iba yo a levantar la liebre. Con demasiada frecuencia le encuentro ya a usted en mi camino como para ir a incitarle por voluntad propia a que venga a tocarme las narices. Me disponía a interrogar yo mismo al tipo ese, y decidir luego qué debía hacer, pero de pronto empeoró, después de que su lamentable estado inicial hubiese mejorado. Y esta mañana se nos informó de que la había diñado. Envió a Fabre al hospital y... aquí nos tiene.

El comisario recobró el aliento. Buena falta le hacía. Los tres nos quedamos un momento silenciosos.

—¿Qué piensa usted de todo esto, Burma? —preguntó al fin Faroux.

—Nada —dije—. Conocí a Lenantais antaño, sea. Pero hace tanto tiempo que le perdí de vista que es como un desconocido para mí. Pero... ejem... ¿no nos estaremos rompiendo demasiado la sesera por un caso tan claro como el agua?

—Claro era. Quizá lo siga siendo. Qué más quisiera yo. Pero está la carta... esa carta que, a pesar de su estado, se espabiló para que usted recibiera. Esa carta puede desbaratarlo todo. Es un asco que le mandara llamar, Burma. Que esperase a encontrarse en una cama de hospital, cosido a navajazos, para volver a ponerse en contacto con usted. Le metió a usted en el ajo. No sé en qué ajo, pero...

Me encogí de hombros:

—¿De qué ajo quiere que se trate? Se está haciendo un mundo de una minucia. Eso es deformación profesional. El inspector...

Apunté con los cuernos de mi pipa al subalterno de Florimond:

—... el inspector tiene una teoría, me parece. El mostacho tomó el relevo de la pipa.

—Sí —dijo el policía ayudante—. Moros o no..., pero ¿por qué no moros? Se hizo tanto de rogar para reconocerlo, al parecer, que debe de ser verdad; así que moros o no, Lenantais conocía a sus agresores y como se había vuelto bastante tibio pero aún le quedaban restos de sus ideas anarquistas, quiso vengarse pero sin que interviniera la policía y se dijo que su antiguo camarada Nestor Burma serviría para la ocasión.

—Es posible —opinó Faroux tras pensarlo un momento. Frunció el entrecejo:

—... Si el hombre le hubiese escrito al presidente de la República o al director de la policía me daría igual, pero a Nestor Burma...

—Mi nombre le hace siempre el mismo efecto —dije—. Debería curarse esa manía.

—Sí, tiene razón. Me nubla el pensamiento y a veces me lleva a hacer tonterías.

—En cualquier caso, yo no le soy de ninguna utilidad. Todo lo que sé me lo ha dicho usted.

—Bien, dejémoslo así... Miró el reloj de pulsera:

—... larguémonos, Fabre. Ya llevo mucho rato fuera del despacho. Si allí me necesita alguien, van a preguntarse dónde me he metido. No pienso poner en peligro mi carrera por culpa de Nestor Burma.

—Larguémonos —dijo Fabre como un eco.

Añadió, con expresión golosa:

—... Quizá entre tanto se ha descubierto a una mujer descuartizada. Me reí, socarrón:

—Si es así, mírenle bien la mano, no sea que lleve una carta para mí. Así nos daría ocasión de otra amable charla.

—Hablando de cartas —dijo Faroux—, envíeme la de Lenantais un día de estos.

—De acuerdo.

El comisario hizo señas al camarero, pagó las consumiciones y salimos del café tras recoger de paso a Jules, el chófer. Acompañé al trío hasta su coche, en la calle Bouillot.

—Vuelvo directamente al 36 —dijo Faroux—. Puedo dejarle en cualquier lugar de camino, pero no en su despacho.

—Tomaré un taxi, o el metro —dije.

—Bien. Hasta otra.

—Hasta otra.

Jules embragó y los tres policías se largaron. Pensativo, desanduve lo andado. Entré en el Rozès, pedí una ficha de teléfono en la caja y me fui a llamar a la redacción del diario *Le Crépuscule*. Después de que mis oídos escucharan la voz de una rubia y la de un tipo que mascaba chicle o estrenaba dentadura postiza, la de Marc Covet, el periodista esponja, se dispuso a torturarlos.

—Solo un favor —dije—. Mire lo que el chaval que se ocupa de sucesos en el distrito XIII ha pescado estos días. En la pila de las breves tiene que haber una sobre un traperero, un tal Abel Benoit, cuyo nombre de verdad era Lenantais, que fue agredido, desvalijado y acuchillado por unos *sidis*. Saque la información de la pila, escriba un artículo de treinta líneas y ocúpese de que no lo corten en compaginación.

—¿Es el inicio de algo? —preguntó, engolosinado, Marc Covet.

—Es el final. El trapero en cuestión acaba de diñarla como consecuencia de las heridas. Le conocí hace mil años.

—¿Y quiere hacerle un poco de publicidad póstuma?

—¡Oh, no! No le gustaba que hablasen de él en los periódicos. Era modesto.

—¿Y así es como ejecuta sus últimas voluntades?

—Quizá.

Colgué. La cabina telefónica está situada junto al «escusado». Me encerré en el «escusado», leí la carta de Lenantais por última vez, la rasgué y tirando de la cadena eché los pedazos en la taza y los envié de crucero a las alcantarillas. En adelante, si Florimond Faroux quería leerla tendría que disfrazarse de submarinista con escafandra. Volví a la barra, me eché un último trago al coleteo y abandoné el café. En una mercería de por allí compré un plano del barrio, lo consulté y empecé a caminar por la avenida de Italia.

Ahora ya era casi completamente de noche. Una niebla ligera aureolaba el paisaje. Del extremo de las ramas y de los aleros, donde se habían acumulado a la espera de una víctima, caían gotas heladas. Los transeúntes se apresuraban, con la nariz inclinada hacia el pecho, como avergonzados. De trecho en trecho, pisándoles terreno a las farolas, un bar proyectaba a todo lo ancho de la acera una zona luminosa, cálida de olor a alcohol y música de pianola.

Con la pipa en el pico y las manos hundidas en los bolsillos de la abrigada pelliza, experimentaba una extraña sensación voluptuosa —junto con un amago de mal sabor de boca— al pisar con mis pies, cómodamente calzados con zapatos resistentes a la lluvia y de suela gruesa, aquel asfalto por el que tanto había arrastrado la miseria en alpargatas. Sin duda, de vez en cuando y con más frecuencia de la que hubiese querido, seguía andando un

poco corto de caudales, pero no tenía comparación. Me había abierto camino desde entonces. No debía de ser yo el único. Todo el mundo había tenido que recorrer el suyo. En un sentido o en otro. Sí, ¡en uno u otro sentido! ¿Qué mosca le había picado a Lenantais para que me obligara a sumergirme en el recuerdo de tiempos pasados? Algo me decía que no hubiese debido hacerlo.

Al llegar a la calle Tolbiac tomé el autobús 62, en dirección del Cours de Vincennes, y me bajé en la siguiente parada. La calle Nacional bajaba de forma bastante abrupta hacia el bulevar de la Estación, y el pasaje de Hautes-Formes se abría a la izquierda, casi en la esquina, como había dicho Faroux.

El adoquinado especial, caótico y ondulado como en tiempos del Antiguo Régimen, se había diseñado para acabar rápidamente con el mejor calzado y el equilibrio más estable. Junto a los bordillos había agua estancada, probablemente jabonosa. El efecto de charca bajo la luna que gracias a una luz mezquina pretendía provocar fracasaba miserablemente. Un gato callejero, al que estorbó mi paso incierto —incierto porque temía romperme la crisma (véase lo dicho)—, salió del rincón oscuro donde estaba meditando, cruzó la calle como una flecha y desapareció detrás del último tramo de pared de una casa en ruinas.

¡Pasaje de Hautes-Formes! ¡Adelante, querido público! De derecha a izquierda no había más que casuchas tan modestas que eran casi chabolas, construcciones de una planta, algunas de dos, a veces construidas directamente al borde de la calle, pero con frecuencia edificadas al fondo de un jardín o, mejor dicho, de un patio. En alguna parte aullaba una radio y un bebé celoso intentaba aullar más fuerte todavía. Aparte de eso, y del ruido de la circulación de la calle Tolbiac, no había un gato, excepto el que

yo había ahuyentado. Distinguí dos portales de madera, uno al lado del otro, que protegían el acceso a dos talleres gemelos. El primer portal se adornaba con unos herrajes repelentes y una inscripción pintada con alquitrán: *Laguet, trapos*. Lenantais ya se llamaba Benoit. No podía llamarse también Laguet. Por lo menos eso esperaba. Pasé al otro portal. En aquel leí: *Benoit, trapos, materiales varios*. La policía no había considerado necesario precintar el almacén-domicilio de Lenantais. Empujé la puerta. Cerrada. La cerradura no era nada complicada a primera vista, pero ni hablar de fracturarla. La calle estaba desierta, seguro. Sin embargo, tengo mucha práctica en calles desiertas. Basta que uno quiera hacer algo que se aparte de las normas para que un montón de mirones surja como por ensalmo. Semejante perspectiva no me apetecía en absoluto. Además, siempre estaba a tiempo de visitar más adelante la casucha de Lenantais, admitiendo que fuese necesario. Había venido al pasaje de Hautes-Formes más bien con la esperanza de dar con la joven gitana, cuya vivienda, al parecer, se situaba pared con pared con la de mi antiguo camarada. Di unos pasos por el pavimento desigual. Detrás de un murete casi en ruinas sobre el que se sostenía una verja oxidada, se abría un patio estrecho al fondo del cual se adivinaba un edificio pequeño de dos plantas. Rasgando la bruma ligera suspendida en la atmósfera, parpadeaba una luz en una ventana de la planta superior. Empujé el portal de hierro, que giró sobre sus goznes sin chirriar excesivamente. Crucé el patio y llegué al pie del edificio. Me introduje sin dificultad en la casa. Un olor a flores marchitas, o casi podridas, un efluvio mortuorio de crisantemos en descomposición me asaltó el olfato. Levanté la vista al techo. Al piso superior no se subía por una escalera si no por una escala. Se alzaba en una esquina de la planta baja y el

extremo superior desaparecía por el hueco de una trampilla desde el que un chorro de luz se desparramaba hasta mí. Bajo la escala había cajones amontonados y una de esas cestas grandes de mimbre que usan las ramilleteras.

No me hizo falta aguzar el oído para constatar que allá arriba había gente. Oí a una persona al parecer muy cabreada, lanzando maldiciones e insultos groseros. Sin hacer ruido, me acerqué a la escala. Sobre mi cabeza resonaron unos pesados pasos por la tarima que chirrió. El personaje furibundo había enmudecido. Estalló un ruido, seco como un tiro, al que siguió un gemido sordo, ahogado.

Me quedé inmóvil.

Volvió a oírse la letanía de maldiciones. Y después, otro chasquido breve, parecido al primero, vino a subrayarlas. Bueno, es un decir. No eran tiros. Pero se me crisparon de asco las mandíbulas. La pistola hubiese resultado más limpia y más humana. Empecé a subir por la escala, deprisa pero sin hacer ruido. Enseguida tuve los ojos a la altura de la trampilla.

Un culazo como no había visto jamás, unas posaderas monumentales, enormes, equivalentes a cuatro calabazas de concurso, me obturaban completamente la visión. Una verdadera foca, vaya si lo era. A esa sí que la línea debía traérsela floja.

Plantada con las piernas separadas, pilares informes enfundados en unas medias de algodón desparejas, con los brazos en jarras, jadeaba como una locomotora y, entre dos jadeos, escupía su veneno con una voz repugnante. Con la mano derecha asía el corto mango de un látigo temible.

El cuarto era pequeño, pobre pero limpio. Bérita Moralés, con las facciones crispadas por el dolor y los ojos vibrantes de un odio impotente, estaba acurrucada en un rincón, en el suelo y con las

piernas encogidas bajo la corola de la falda de fieltro. Ya no llevaba el impermeable y bajo el rasgado jersey se adivinaba un pecho conmovedor. Sus dos magníficos senos, surcados por un rastro sangriento, no se rendían. Seguían tan orgullosamente erguidos como antes y parecían desafiar a su verdugo.

5

Pasaje de Hautes-Formes

Salté de un brinco los últimos barrotes de la escala y surgí en la habitación:

—¿Qué pasa? —dije con voz bronca—. ¿Jugamos a verdugos de niños a estas alturas?

Con sorprendente agilidad, la furcia se dio la vuelta estupefacta. El aire que movía no olía a Chanel. No había remedio: el anverso de aquel paquete de ropa sucia no era mejor que el reverso. De encima de un par de tetas sueltas de un tamaño fuera de lo común que contenía penosamente un sucio corpiño, surgía sin transición una cabezota sin cuello, como implantada directamente sobre los hombros macizos, cubiertos con una chaqueta de piel apolillada. Un careto de piel oscura, arrugado, desdentado, taladrado por un ojo legañoso y feroz. Solo uno. El derecho. El otro, una pelea o la sífilis, lo tenía cerrado. Definitivamente cerrado. Completando el cuadro, las mechas desordenadas de su melena negra, grasienta y brillante, le daban un aspecto de Gorgona.

—¿Qué pasa? —articuló, con un ruido de cacerola en la

garganta.

—Soy solo yo —dije—. El molestón patentado que siempre aparece en el mejor momento... —Le hice una pequeña seña amistosa a la joven gitana—. Hola, Bélita.

—¡Bélita! —gritó la mujer del látigo con sorna. Al parecer, tanta familiaridad no era de su agrado—. ¡Bélita!... —Se giró hacia esta y eructó—. Es ese que se acuesta contigo, ¿eh, puta? Porque con alguien tienes que acostarte. Contesta, puta Isabelita. Puta perra.

La muchacha esbozó un gesto cansado.

—¡Putas! —repitió la bruja, mientras me fusilaba con el ojo legañoso.

Salvo error, esta vez se dirigía a mí. Suspiré. Su vocabulario era precario. Amenazaba volverse monótono.

—No me acuesto con nadie —dije.

—¡Hijo de la gran puta! —dijo, para asegurarse de que lo había entendido bien.

Bueno. Hijo de puta, puta uno mismo. Muy bien. Nada grave. Solo una genealogía.

—Cierra eso que te sirve de pico... —empecé.

Si quería que me pusiese a su nivel, nada más fácil. ¡Nestor Burma siempre a su disposición! Quizá en ese juego ella llevara las de perder. Le iba a arrebatarse el título de Miss Malhablada con tres groserías bien dichas y otros tantos sobreentendidos especialmente sórdidos. Y... no tuve tiempo de afinar el golpe. Alzó el brazo de forma fulgurante y apenas si tuve tiempo de ver llegar la correa del látigo. La muy asquerosa apuntaba a la cara, pero tuve un raudo y salvador reflejo. Di un brinco, como si me hubiesen pinchado el culo con un alfiler. La correa del látigo se enroscó en mi torso con un silbido, pero el forro del chaquetón

amortiguó el golpe. Aun así no fue una caricia. Me hizo tambalear y sentí que se me contraía el estómago. Reaccioné al instante. Agarré la correa con las dos manos y, agachándome hasta el suelo, tiré hacia mí y arranqué el mango de manos de la maritornes. La maniobra nos hizo perder el equilibrio a los dos. Caí hacia atrás y la foca que había atraído hacia mí se me vino encima con el peso de sus cien kilos de carne corrupta. ¡Santo cielo! Tenía un don: estaba escrito en el Gran Libro que siempre debía descubrir algo nuevo en el capítulo de golpes bajos y llaves secretas. Iba camino de morir asfixiado por aquellas tetas monstruosas, seguro. Sentía cómo la nariz se me hundía peligrosamente en sus carnes fofas y con perfume a lodo. Empezaba a verme en la piel del capitán Morhange, víctima de la perfidia de Antinea, una mujer que —en la película de Jacques Feyder, otro recuerdo de juventud— se cargaba a un tío de un golpe de teta, que utilizaba como un vulgar saco de arena. No quedaba otro remedio: en los orígenes de todo aquello siempre había un Benoit. No se llamaba Pierre^[14], pero no importaba. ¡Ah, pero yo no era el capitán Morhange! O, si tenía que correr la misma suerte, Antinea por Antinea, que me estrujase la verdadera. O Brigitte Bardot. Cuestión de dignidad. Pero no esta hembra elefantina que me aplastaba contra la tarima. Me rebullí como un loco para deshacerme de ella. ¡No había forma! Para colmo de mi desdicha, me había caído encima del mango del látigo y notaba que me estaba magullando los riñones. En un momento dado pensé que me había salvado. Pude respirar. Pero fue para encajar un bonito guantazo en la jeta. ¡Hija de mala madre! Había recobrado el aliento y empezó a golpearme mientras me llamaba de todo, a mí y a toda mi parentela, ciudadanos todos honorables donde los haya. A fin de cuentas, su vocabulario no era tan limitado. Por momentos alcanzaba dimensiones prodigiosas. Al

mismo tiempo, me echaba el aliento a la cara, y no sé yo dónde iría a buscarlo, pero debían de venderle estiércol a buen precio.

Intenté devolverle los golpes. Sin éxito alguno. Me movía como un inválido. Claro que llevaba una pistola, y la hubiera utilizado gustosamente para asestarle un buen golpe en la cabezota con la culata, solo que el revólver, a buen recaudo en mi bolsillo trasero, de momento me hacía más mal que bien y estaba fuera de mi alcance. De pronto, tuve una idea. Seguí dando coces mientras con la mano izquierda intentaba pellizcar o rasgar todo cuanto mis dedos encontraban, y me las arreglé para meter la derecha en el bolsillo del chaquetón. A falta de pistola, bueno sería fingirla. Entonces Bélita intervino. Se abalanzó sobre mi adversaria por detrás, la agarró del pelo y tiró de él haciendo que me soltara. La gorda pegó un chillido de dolor, seguido al instante por otro mejor todavía. Yo no había podido frenar el gesto a tiempo. Mi brazo se dirigía ya al objetivo cuando Bélita se manifestó. Mi mano, llena de tabaco desmenuzado recogido en las profundidades de mi bolsillo, donde siempre guardo una buena reserva, se abrió ya frente al ojo vidente de la maligna virago, lanzando hacia el sensible globo ocular su irritante cargamento. Y además se lo restregué un poquito, para colmar la medida. Cayó hacia atrás y hundió la cara entre las sucias manos, mientras las superabundantes nalgas mantenían mis piernas prisioneras. Me escurrí, me enderecé rápidamente, recogí el látigo y manteniendo con firmeza el mango le endilgué un mamporro en la cocorota. Si tenía las tetas fofas, la cabeza, en cambio, la tenía dura. Tuve que volver al tajo tres veces más, para que se diera por vencida. Estaba desatado. Creo que la hubiese matado si no llega a pedir clemencia. Lo hizo en términos escogidos, como acostumbraba, empezando con una blasfemia y terminando con un insulto,

entreverando el discurso con algunas palabras en un dialecto bárbaro, seguramente otras exquisiteces.

—Recógeme ese par de tetas y lárgate de aquí —le dije, tan exquisito y elegante como ella—. Y no te vuelvas a cruzar en mi camino. Si quisiera te podría entregar a la pasma, por lo de la flagelación... —Dios me libre de tal cosa—... pero quizá tú y yo tengamos algo en común. No me gusta la bofia... —Sobre todo, no me hubiese gustado que me hicieran preguntas—. De modo que ¡lárgate!

Gruñó unas frases incomprensibles mientras gemía por el doloroso escozor del ojo, que seguía frotando, lo que no hacía más que empeorar las cosas. Tanteó el suelo en busca del látigo. Lo tenía yo en la mano. Di un chasquido con él. Se sobresaltó, como si hubiese recibido el golpe.

—Me lo quedo de recuerdo —dije—. ¡Lárgate!

Se fue camino de la trampilla a tientas, con pasos lentos e inseguros. No hice nada para ayudarla. Si se rompía la crisma al bajar por la escala, mejor que mejor. Pero llegó abajo sin tropiezos. Nos dedicó unas cuantas blasfemias más, bastante espectaculares, y se esfumó en la noche.

Bajé a mi vez para cerciorarme de que se había ido con viento fresco. Luego cerré la puerta que se había dejado abierta, y la atranqué con una barra de seguridad en previsión de cualquier posible retorno ofensivo. No me importaba lo que había hecho, pero tampoco me alegraba haber tenido que hacerlo. Aquella maritornes debía ser la flor y nata de alguna de esas bandas de gitanos vindicativos, y de eso a que los tuviera a todos en pos de mí no mediaba quizá ni un kilómetro. Saqué la pistola y comprobé que funcionaba. La metí en un bolsillo de más fácil acceso que el anterior y, acompañado por tan festivos pensamientos, regresé al

cuarto superior.

Había sido un desván pero ahora era un lugar perfectamente habitable. La joven que vivía allí lo había arreglado con gracia. La tarima, fregada con lejía, estaba limpiísima.

El parco mobiliario consistía en un aparador de madera de pino y un catre, quizá con un colchón de crin, pero con un cobertor de cretona a cuadros y sin arrugas. En un rincón un perchero rudimentario hacía las veces de armario. En otro, los enseres de cocina se codeaban con una vasija y una palangana de plástico. No había ni un plato sucio, ni un vaso mal lavado. En el aparador, junto a un florero cuyas flores empezaban a torcer el cuello, dos colillas contemplaban su soledad en el centro de un cenicero de propaganda. Un espejo de baratillo colgaba de la pared. Una estufa pequeña despedía un calor suave y alumbraba todo aquello la gran bombilla de un aplique de cuello de cisne. Nada era sórdido. Era pobre, pero limpio.

—Ya está —le dije a Bélita.

Se había sentado en la cama. No se había recompuesto la ropa. El pecho magullado seguía expuesto a la vista con un impudor inocente. Bélita Moralés suspiró, sacudió la melena con aquel voluntarioso movimiento de cabeza que parecía serle habitual, se oyó el tintinear de los dobles aros que llevaba en las orejas, levantó la mirada hacia mí y, con su aterciopelada voz, dijo:

—Muchas gracias... pero no hacía falta.

—No importa —dije—. Excepto, quizá, lo del tabaco. Con un cabrón nunca hay que rebajarse hasta el punto de ser tan cabrón como él. Hay que poder ganarle la partida de forma limpia. Abel Benoit debió enseñárselo así, ¿no?

—Sí.

—Pero ya hablaremos de Abel más adelante. Por cierto, antes

no me esperó.

—Vi llegar a la policía.

—Eso pensé. Bueno. Por lo pronto, habrá que curar eso. Le indiqué sus senos y me acerqué para examinarlos. Los verdugones eran impresionantes, pero menos graves de lo que me imaginaba. Lo que no atenuaba nada la barbaridad del trato. Un escalofrío recorrió a la gitana.

—Ya... ya me ocupo de eso —dijo.

—Creo que bastará con unas gasas —dije yo.

—Sí.

Le di la espalda bruscamente y me acerqué a la ventana, eché un vistazo afuera. La niebla era más densa ahora. Envolvía el mísero pasaje en un pérfido algodón. Saqué la pipa y empecé a llenarla. Me temblaban los dedos, sentía cierta desazón. Quizá fuesen las flores pudriéndose allá abajo, cuyo olor mareante subía hasta allí. Detrás de mí, Bélita se afanaba. La oí abrir el aparador, mover una cazuela. Encendí la pipa:

—¿Qué son esas flores? —pregunté.

—Las que vendo.

—¿En ese estado? Le va a costar.

—No he vuelto a ocuparme de eso desde que le ocurrió aquello a Benoit.

—¿Y las conserva para confitarlas?

—¡Oh! Ahora ya podemos tirarlas.

Bajé por la escala corriendo, cogí la cesta y los cajones y eché al patio toda la parafernalia con una especie de ira.

—¡Ya está! —dije otra vez al regresar junto a Bélita.

Se había puesto una blusa de manga corta con un escote discreto.

—Me siento mejor —añadí—. ¿Y usted?

—Estoy bien. Es muy amable.

Me senté en la cama y le tendí la mano izquierda con la palma hacia arriba:

—Compruebe si es verdad. Retrocedió dando un respingo:

—No sé hacer esas cosas —dijo.

—Yo sí sé.

Le cogí la mano:

—El hombre a quien llama padre adoptivo, Abel Benoit, vivió a su lado el tiempo suficiente para ayudarla a deshacerse de un montón de prejuicios, sobre todo de los prejuicios de raza. La sacó de la tribu. Hizo de usted un ser libre... en la medida en la que la libertad existe. Lo que merece elogio pero, al mismo tiempo, destruyó lo pintoresco. Le desenseñó a leer el futuro.

Sonrió:

—Eso que dice es verdad.

—Quizá no todo se haya perdido. Ande, haga un esfuerzo. Apele al atavismo. Trate de encontrar el secreto de los de su raza.

Con toda seriedad se sentó a mi lado, me cogió la mano y se inclinó para estudiarla. Su pelo me rozaba la nariz.

—¿Y bien?

Me apartó:

—Nada. No sé leer las líneas... —Un fuego fatuo de temor le bailaba en las pupilas—. No sé...

Se puso en pie:

—... confío en usted.

Desapareció por la trampilla. Cuando regresó llevaba en la mano una vieja cartera que depositó encima de la cama. Mis ojos la interrogaron.

—Es su cartera —dijo—. Dijo que unos árabes le habían agredido, pero no era cierto. Me dijo que la escondiera para fingir

que le habían atracado, pero no fue un atraco.

—Hace rato que me olía un lío de este tipo —dije. Cogí la cartera, la abrí e hice el inventario del contenido.

Aparte de treinta mil francos en billetes de cinco mil, no había allí nada que me diera ninguna pista.

—Perdóneme, pero... ¿está todo? —le pregunté. Protestó en tono seco y apenado:

—¿Por quién me ha tomado?

—Está bien. No se enfade. Soy muy amable y usted confía en mí, pero hay preguntas que debo hacer. Mi oficio es bastante singular, ¿sabe? Bueno... —Di unos golpecitos en la cartera—. Me la quedo. Seguro que estaba bien escondida, pero conmigo todavía estará más a salvo de las investigaciones de la policía... —Le tendí el dinero—. Considero que esto le pertenece.

—No lo quiero —dijo.

—No sea tonta. Benoit ya no lo necesita y yo no quiero considerarlo como un cliente cualquiera. ¿Coge la pasta o no? Bueno. Me constituyo en depositario. Pero el dinero es suyo. Cuando lo necesite... —Me guardé la cartera en el bolsillo—. Y ahora... me temo que vamos a tener que hablar un buen rato. ¿Y si fuésemos a comer primero? Tanto pugilato me ha abierto el apetito. Vamos al restaurante. La invito.

—Aquí hay con qué hacer de comer —dijo—, si...

—De acuerdo. Después de todo, hay un calorcito agradable en su nido.

Solo había verduras y no tenía vino. Las enseñanzas de Lenantais daban buen resultado. Frutas y verduras. Yo, personalmente, me hubiese zampado un filete de tres dedos de grosor y un cuarto de tinto, pero por una vez no me iba a morir. De detrás del aparador, Bélita sacó una mesa plegable, una de

esas mesas de jardín o de chiringuito, la instaló, fue a la planta baja en busca de un par de taburetes y se puso a jugar a comiditas con mucha dedicación. Sentado en la cama y con la pipa entre los labios la miraba ir y venir, afanosa, entre el suave roce de la falda de veludillo. ¡Dios santo! ¿En qué lío me había metido?

—Tengo todos los vicios —dije, a ver si despabilaba un poco—. Fumo. Espero que no le moleste.

Me sentía mísero y ridículo.

—Yo también fumo —contestó—. De vez en cuando.

—¿Y Benoit?

—No fumaba. Me decía que no debía fumar, pero me dejaba hacerlo si quería.

—Cuando le conocí, usted todavía no había nacido. Era un tipo formidable.

—Lo seguía siendo... Ya está listo —añadió.

Fue mejor de lo que esperaba. Mientras comíamos me habló de Lenantais.

*

Siempre había conocido a mi quijotesco amigo por su falso nombre de Abel Benoit. Cuatro años atrás la encontró, al azar de las peregrinaciones que exigía su oficio de traperero, en un solar abandonado de Ivry, pasado el Puente Nacional, donde ella vivía con su parentela, unos parientes lejanos, porque era huérfana. Por motivos oscuros, se había convertido en la cenicienta de la enorme foca que yo acababa de conocer. Lenantais se interpuso. Era forzado y valiente, y los años no parecían hacer mella en él. Se

enfrentó a los gitanos y aconsejó a la muchacha que los dejase y se fuera. No lo hizo enseguida, pero un día en que ya no podía más, había acudido al almacén del viejo anarquista. Empezó a educarla, le enseñó a leer y a escribir y la despojó de sus prejuicios de raza. Como la casa que había junto a la suya estaba por alquilar, instaló en ella a Bélita, después de adecentarla. La había convertido en vendedora de flores callejera. Y vivió dichosa hasta que... tres días antes...

—Un momento —dije—. La gente esa que usted abandonó, ¿nunca intentaron recuperarla y vengarse?

—No.

—O sea que también a ellos les importan un bledo las tradiciones, ¿no?

—Bueno, se conforman, creo.

—¿Qué quiere decir?

Su hermoso rostro se cerró:

—Nada.

—¡Pues menos mal que confía en mí! Dudó unos segundos:

—Pues... bueno, dos o tres veces sorprendí a Benoit hablando con Dolorès... Dolorès es la que estaba aquí hace un rato... o con Salvador, un hombre, uno de los nuestros. Ese es un bruto que no dudaría un segundo en sacar la navaja, pero no es ningún imbécil y sabe cómo evitar hacer tonterías. En fin, eso creo. Pues bien, según me dijo Dolorès antes de que usted llegara, y estoy segura de que no mentía, Benoit tenía un trato con ellos.

—¿Un trato?

Se le llenaron los ojos de lágrimas:

—Me compró. Les pagaba para que me dejaran en paz. Trabajaba como un negro para pagarles. Les salía más a cuenta que si me hubiese quedado con ellos.

—Cada día me hago menos ilusiones —suspiré—. Pensaba que esos personajes eran más duros. ¿De modo que con un poco de pasta hace uno lo que quiere con ellos? Bueno, de todo tiene que haber en este mundo. Y, al fin y al cabo, ¿no es mejor arreglarse así?

—Solo hay una cosa que seguro que no hubiesen consentido —dijo.

—¿Qué cosa?

—Que se acostara conmigo.

—Y...

—Nunca me tocó. Lo sabían perfectamente, si no se hubiese armado una buena. Sabían que entre nosotros solo había camaradería. Hay cosas que nosotros sabemos por instinto.

—¿Nosotros?

—De algún modo todavía les pertenezco.

—Eso es exactamente lo que debe pensar Dolorès —dije—. Se enteró de un modo u otro de que en adelante el viejo no podría seguir pagando la renta y ha venido a recuperarla, ¿no?

—Sí.

Látigo en mano, además. ¡Menuda era la tal Dolorès! Lenantais había leído a Nietzsche, pero era ella quien había ido en busca de la mujer, armada con el instrumento que el filósofo aconsejaba para estos casos.

Miré a Bélita en silencio. No le veía un futuro demasiado rosa. No hacía falta ser vidente para llegar a esa conclusión. Por esta vez había conseguido arrancarla de las garras de la arpía, pero no siempre estaría allí para protegerla.

—Volvamos a mi amigo —dije—. O sea que hace tres días, por la noche...

Me contó lo que ya le había dicho a la policía y que a su vez

Faroux me había contado a mí, pero añadiendo detalles inéditos. Lenantais había resultado malherido y ella creyó que iba a morir en sus brazos. Intentó curarle las heridas, pero enseguida se dio cuenta de que sus esfuerzos no servían de nada. Entonces había hablado de llevarlo al hospital. Él se opuso. No, no, eso sí que no. Ella insistió y, al final, al ver que su negativa apenas tanto a la muchacha, él se dejó convencer.

—«Bueno, pero a La Salpêtrière» —dijo—. «Me dejas allí sin dar explicaciones. Mi vida privada es asunto mío y de nadie más. Estoy un poco magullado, pero saldré adelante». Eso lo dijo para tranquilizarme. «Si la bofia se ocupa de mi caso, sabré cómo salir del atolladero».

—¿Indicó él mismo a qué hospital?

—Sí.

—¿Dijo por qué?

—Me pareció entender que conocía a uno de los matasanos.

—¿Y cómo se llamaba el matasanos?

No había mencionado ningún nombre, preocupado por recomendarle a Bélita que cogiera la cartera y la escondiera, y que contestara, si alguien le hacía preguntas, lo mismo que diría él: que unos árabes lo habían agredido y desvalijado. La poli no necesitaba saber más. Tras lo cual se desmayó. Bélita se preguntó cómo había podido aguantar hasta aquel momento. Entonces sacó la camioneta de Benoit y lo llevó a La Salpêtrière...

—... Me daban igual las consecuencias. Hablo de los polis y de lo que pudieran pensar. Lo que quería era que se ocupasen de él, que lo salvaran. Sabía que no podía haber hecho nada malo. En cuatro años, he tenido tiempo de sobra para apreciar su rectitud, su lealtad y su generosidad.

Por encima de la mesa me estrechó la mano entre las dos

suyas en un impulso que le salía del corazón. Le palpitaba el pecho y sus ojos castaños brillaban con un extraño fuego:

—... Me enseñó... Intentó enseñarme... que la venganza es un sentimiento que hay que apartar. Pero sin duda es pedir demasiado. Soy de una raza que no perdona. Quizá sea un prejuicio que surge de nuevo, pero de este no quiero desprenderme. Benoit se portó demasiado bien conmigo para que no haga nada por vengarle... Quiero que el hijo de mala madre que le mató pague con su sangre, derramada gota a gota —añadió magnífica en su vehemencia y más bella que nunca—. Le vengará ¿verdad, señor? ¿Le vengará? Yo le ayudaré.

—¿Cómo?

—No lo sé. Pero todo lo que usted me diga que haga, lo haré.

—Cálmese, jovencita —dije—. La única manera de vengarle de acuerdo con su voluntad es impedir que el tipo del que me habla en la carta, y que no puede ser otro que su asesino, siga haciendo daño. Solo que yo no sé hacer milagros. No me importa poner toda la carne en el asador, pero necesito por lo menos un indicio de pista. Veamos... excluyamos que el culpable sea un miembro de su tribu, ese tío que se llama Salvador u otro, ¿no? A no ser que admitamos que Lenantais estaba totalmente loco cuando me escribió la carta, el texto no corresponde a nada parecido. Cuando se la dio, ¿daba la impresión de no estar en sus cabales?

—En absoluto. Además, él creía estar fuera de peligro, pero dijo que había que darse prisa.

—¿No le dio ningún detalle?

—No.

—Retrocedamos un poco. Lleva a su amigo al hospital. ¿Qué ocurrió una vez allí?

Les había dicho más o menos la verdad, no ocultando ni el

nombre ni las señas del herido. No le dijeron que esperase. Regresó al pasaje de Hautes-Formes. Al día siguiente, la policía, puesta en antecedentes por la administración del hospital, se había presentado para registrar el domicilio y habían interrogado a Bélita, sin mostrarse demasiado agresivos ni excesivamente recelosos. Incluso le habían dado permiso para que visitara al herido.

—... Fue cuando me dio la carta —dijo—. La había preparado a escondidas. Como no tenía sobre...

—... encontró usted uno fuera del hospital y escribió en él mi nombre y dirección.

—Sí, me dijo que buscara su dirección en el listín.

—¿No le dijo nada más? Trate de recordar. Puede ser muy importante. A veces basta con muy poco para que pueda ponerme en marcha como una flecha.

Estaba casi tan seguro de ello como de ganar en el próximo sorteo de la lotería nacional para el que no tenía décimo. Bélita frunció el entrecejo, rebuscando en sus recuerdos.

—Pues bueno, decía que estaba mejor, que no iba a tardar en salir, pero que el tiempo apremiaba y había que darse prisa. Además pensaba que la policía había descubierto que era un viejo anarco y le iban a vigilar por principio. Me habló de usted, me dijo que no me asustara por su profesión, que era un buen tipo...

—¿Y eso es todo?

—Sí.

—Pues esto y nada es lo mismo, o sea nada.

—Soy una imbécil, añadió. —La tristeza que expresaba su bonita cara se hizo más patente—. Una imbécil. Y me quedo corta. Por primera vez, puse en duda las palabras de Benoit...

No se había fiado de su buen criterio, ni de mí, ni de mi oficio.

Había dudado de si debía mandar la carta. Se decidió por fin el día anterior a última hora. Demasiado tarde. Bruscamente, el estado de Lenantais empeoró y había muerto aquella misma mañana. Es lo que le dijeron en el hospital cuando se presentó allí. Entonces pensó que si yo era verdaderamente un amigo de su amigo, le vengaría. Por el horario de distribución que se exhibía en la oficina de correos, sabía más o menos a qué hora recibiría yo la carta. Estuvo merodeando cerca de mi oficina, esperando verme. Se había espabilado para saber qué apariencia tenía yo...

—... Le vi salir. Le seguí. Si hubiese ido a la policía, la policía de verdad, me hubiese desentendido de todo. Pero si respondía a la llamada de Benoit como se responde a la de un amigo...

Sonreí:

—¿Y la prueba le pareció concluyente?

Sonrió a su vez. Una sonrisa dulce y confiada.

—Sí.

—Desgraciadamente —suspiré—, de poco nos sirve. ¡Si por lo menos hubiese mencionado algún nombre en la carta!

—La escribió a toda prisa y no pensaba estar tan cerca de su fin.

—Sí, claro. Oiga, ¿no le habrán dado el golpe de gracia en el hospital?

No tenía respuesta para aquella pregunta.

—Humm...

Habíamos terminado la frugal cena. Mientras ella preparaba el café saqué la pipa y la cargué. El problema era el siguiente: un desconocido malintencionado hiere a Lenantais; este desconocido piensa atacar a otros tipos, amigos de Lenantais y míos, si lo he entendido bien. Y eso es todo lo que entiendo. No había vuelto a ver a Lenantais desde 1928 o 1929. A los camaradas en cuestión

debí de perderlos de vista hacia la misma época. Si tengo que hacer una lista de todos los tíos que conocí unos treinta años atrás y partir en busca de ellos, no me bastará la vida entera. Lo más cómodo sería admitir que Lenantais chocheaba y que nada de todo esto tiene el menor sentido. Desgraciada o afortunadamente, no lo sé —hay tantas cosas que no sé—, pero pienso que sí tiene algún sentido.

—Tengo que registrar su casa —dije—. La policía ya lo ha hecho, pero pensando en *fellaghas*. Yo tengo otros objetivos. Un indicio sin valor para ellos puede abrirme horizontes...

Me levanté y me dirigí a la ventana. Si los horizontes que esperaba descubrir estaban tan tapados como el que veía desde mi observatorio, no iríamos demasiado lejos. El pasaje de Hautes-Formes había dejado de existir. Se lo había tragado la niebla.

—No se ve nada a dos metros. Puedo tratar de forzar la cerradura del portal sin llamar la atención. A menos que usted tenga una llave...

—No tengo las llaves —dijo Bélita acercándose adonde yo estaba. Su perfume barato y su olor a animal joven me acariciaban el olfato—. La policía me las pidió. Se las entregué. Pero se puede entrar en su casa por otro sitio que no es el portal de la calle. Abajo, en el patio hay una puertecilla...

—¡Vamos!

Volví a enfundarme el chaquetón, la gitana se envolvió en su impermeable, y bajamos. La niebla que había invadido el patio nos cayó sobre los hombros como un paño mojado. El humo de la pipa y el vaho de nuestros alientos se mezclaban con la niebla fuliginosa.

El exfalsificador no temía a los ladrones, seamos sinceros. La puerta en cuestión solo estaba cerrada con pestillo. No obstante,

no se abrió de par en par con el empujón que le di. Detrás de la hoja, algo blando lo impedía.

*

Me recorrió un escalofrío. Blasfemé para mis adentros. A ver si, por casualidad, había alguien haciendo guardia junto a la puerta del almacén... ¡Bah! Pero si un muerto me había sumido en la oscuridad, quizá un segundo fiambre me ayudara a ver las cosas claras. Empujé con más fuerza la puerta. Siguió resistiendo.

—Bélita, ¿no tendrá una linterna?

—Sí. Arriba.

—Vaya a por ella.

Una vez solo, pasé la mano por la rendija y tanteé un montón de trapos fríos. Y eso es lo que era, me di cuenta cuando enfoqué aquello con el haz de luz de la linterna que mi joven amiga había traído de su casa. No sé si me decepcionó un poco o no. Ensanché todo lo posible la abertura entre la hoja y el quicio y, salvando el paquete que se había desmoronado de una pila, nos introducimos en el almacén. Bélita, conocedora del lugar, sabía dónde estaba el interruptor de la luz y la encendió. Cayendo del techo, una luz pálida iluminó el más fantástico desorden que había visto en mi vida. Me sumergió una oleada de abatimiento. No iba a encontrar nada allí, admitiendo que hubiese algo que encontrar. Pero ¿qué esperaba? Un trapero es un trapero. Y si un anarquista no tiene la misma idea del orden que el resto de los mortales, un trapero tampoco, desde otro punto de vista. Aparte de un espacio que se había dejado libre de trastos cerca del portal para aparcar la

camioneta de Lenantais, una Ford prehistórica con la pintura descascarillada, no había sino pilas de papel viejo por doquier, montones de ropa usada, hierros de todo tipo y muebles inservibles, más o menos enteros. Y todo amontonado, inextricablemente apilado. El desorden original y profesional todavía había aumentado más por obra y gracia de la policía. No forma parte de sus costumbres devolver a su sitio los objetos que desplazan. Sentía en el alma decepcionar a la gitana, que me estaba mirando a la espera de un milagro o algo parecido, pero no podía hacer más que contemplar aquel caos.

—¿Vivía allá arriba? —pregunté, señalando una escalera de caracol que llevaba a la planta superior.

—Sí.

Subí los destartalados escalones con Bélita siguiéndome. También ahí reinaba el desorden. Pero probablemente solo debido a la policía en acción. Una biblioteca cubría toda la superficie de una de las paredes y los libros habían sido arrojados desde sus estantes al suelo. Allí estaban *L'Initiation individualiste anarchiste*, de E. Armand, *Jules le Bienheureux*, de Georges Vidal, *D'une morale sans obligations ni sanctions*, de Guyau, etcétera. Además de folletos, periódicos, revistas, algunos encuadernados, los más desguazados. E incluso algunos números muy difíciles de encontrar de las revistas *Père Peinard*, de Émile Pouget, y *La Feuille*, de Zo d'Axa. Todo aquello era estupendo y hubiese hecho feliz a un coleccionista, pero a mí me dejaba en ayunas. Abrí el cajón de una mesa. Solo había papeles sin importancia. Parte de la habitación estaba acondicionada como un taller de zapatero. Me acerqué al mostrador como si fuera a descubrir allí los secretos del remendón. Herramientas, retales de cuero, zapatos a medio arreglar. ¿Y qué? Me encogí de hombros:

—Larguémonos —dije—. Nos estamos congelando para nada. Regresamos a casa de Bélita. Me sacudí el cuerpo:

—Ese almacén es como para pillar un trancazo. Tomaría con gusto algo caliente. ¿Y usted?

—Puedo hacer más café.

—Buena idea.

Puso agua en un cazo.

—Olvidé preguntárselo —dije—. ¿Dónde le agredieron? ¿Se lo dijo?

—Habló de la calle Watt.

—¿La calle Watt?

—La que pasa bajo el ferrocarril y va de la calle Cantagrel al andén de la estación.

Watt, un nombre prometedor en lo tocante a luces, pero que seguramente no pasaría de promesa.

*

Empleé las horas siguientes en interrogar a la gitana. Hice que me contara los pormenores de la vida de Lenantais, sus costumbres, sus manías si es que las tenía; le pedí que me diera los nombres de los individuos que este frecuentaba debido a su oficio. Nos estábamos quedando afónicos y solo el diablo sabía adónde podía llevarnos todo aquello. Estaba cansado y lo más sencillo hubiese sido mandarlo todo a paseo. Pero Lenantais había sido un buen amigo. Por muy muerto que estuviese, no podía desentenderme de él. Le hablé a mi vez de Lenantais a Bélita. Del Lenantais que conocí. Le hablé de él largo rato. Y no solo de Lenantais.

Insensiblemente, mi relato se fue desviando y también le hablé de mí o, mejor dicho, de un chaval llamado Nestor Burma que anduvo errante y furioso por aquellos andurriales cuando ella no había nacido todavía; un chaval de quien la víspera ni siquiera me acordaba, y que me extrañaba un poco volver a encontrar.

—Es un barrio de mala muerte, un rincón de mierda —dije—. Visto así se parece a cualquier otro, y eso que desde mis tiempos ha cambiado bastante, hasta parece que ha mejorado, pero es el ambiente que se respira aquí. No en todas las calles, sino solo en algunas; en algunos lugares, se respira un aire de mierda. Lárgate de aquí Bélita. Ve a vender flores a donde te dé la gana, pero lárgate de este sitio. Te arrollará como arrolló a otros. Apesta demasiado a miseria, a mierda y a desventura...

Estábamos frente a frente. Yo, sentado en un taburete y ella acurrucada en la cama. La vi estremecerse.

—... Mira, te estoy tuteando —me reí—. ¿No te importa? Los anarcos tuteamos con facilidad...

—Me gusta.

—Ah, bueno. Mejor. Si quieres puedes tutearme tú también, ¿sabes?

6

Bélita

Cargué la estufa y me acerqué a mirar por la ventana, a ver si el pasaje de Hautes-Formes había cambiado de sitio desde el día anterior. Seguía estando allí, aunque sin la niebla. A la luz del alba que se iba perfilando, los contornos de las casuchas de enfrente se hacían más precisos. Me giré hacia la cama. No distinguía claramente a Bélita, pero la adivinaba. Con la bonita cara testaruda descansando entre el desorden de su melena, Bélita dormía. ¡Vaya! Buenas o malas, algunas veces las cosas ocurren muy deprisa.

*

—Si quieres, puedes tutearme tú también ¿sabes?

No había contestado. Cogió un Gitanes y lo encendió. Yo había seguido refunfuñando:

—Un rincón de mierda. Aquí me arrollaron, me aplastaron, me

machacaron a patadas. ¡Cómo va a gustarme! Y Lenantais ha tenido que meterme en un follón que se ha montado precisamente en este sector, o que por lo menos comienza aquí. ¡Por todos los diablos del infierno! ¿No hubiese podido ir a hacer de traperero a Saint-Ouen?...

Me estremecí, y no sé si fue por efecto del escalofrío, pero me salió una retahíla de blasfemias:

—¡Bueno, ya está bien! ¿Qué me ocurre para que me ponga a pensar en todo eso? En general solo me da la morriña cuando estoy trompa. Aunque ahora mismo no lo estoy. En cualquier caso, no será por lo que me has dado de beber, ¿no, Bélita?

Se rio:

—Seguro que no.

Me levanté y recorrí la habitación arriba y abajo, quizá para asegurarme de que no me tambaleaba. No me tambaleaba. Pero estaba borracho. Iba y venía. Cerca del aparador, un madero del toско entarimado gemía al pisarlo, como si se burlara de mí.

—Mañana será otro día —dije—. Dicen que no hay misterio que se me resista. Intentaré probármelo a mí mismo. Pero bueno, vaya con Lenantais... No es posible, ha querido gastarme una broma. Seguro que no le gustaba que me hubiese metido a detective, ni siquiera privado, y ha montado todo este triquitraque para volverme loco. Bueno, me voy.

Miré el reloj. ¿Marcharme? Hacía rato que el último metro había llegado a la cochera. En cuanto a encontrar un taxi, a aquellas horas y en aquel lugar... El pasaje de Hautes-Formes está en las quimbambas. A lo mejor ni siquiera existe. ¡Y aquella niebla helada que lo envolvía todo! Allí hacía un calorcillo agradable. La estufa emitía un suave ronroneo. ¡Por Dios! ¿Es que siempre iba a tener que recorrer aquel barrio a pata o qué?

—Quédese —dijo Bélita en voz baja.

Y de pronto me acordé de Dolorès y de la pandilla de calés que acompañaba a la imponente mujerona. O quizá solo estuviese intentando justificarme.

—Creo que será lo mejor para todos —dije con sorna—. Para resolver el misterio de Lenantais me hará falta un olfato en perfectas condiciones. Y si pillo un trancazo, justamente, podría perder el olfato. De modo que más vale que no me arriesgue a salir con este frío. Además, si Dolorès vuelve en busca de su látigo, lamentaría mucho no devolvérselo yo mismo. Y ahora, ni una palabra más. Dame una manta, Bélita. Dormiré en el suelo, junto a la estufa. Hace tiempo que no he tenido ocasión de hacerlo, pero son cosas a las que uno se acostumbra enseguida. Duerme, tú también. Debes de estar cansada. Después de la sesión de esta noche... hablando de eso: ¿cómo te encuentras?

—Ya casi no me duele.

—¡La muy cerda!

E hice todo lo posible para que a la tal Dolorès le silbaran los oídos con tanta fuerza como la correa de un látigo. Mientras, Bélita había retirado una de las mantas de su catre y me la había dado. Había dejado el arma encima de la mesa, a mi alcance. Estaba jugando a *boys scouts*, o casi. ¡Menudo *boy scout* estaba yo hecho! Había cargado la estufa de nuevo, me había envuelto en la manta y Bélita había apagado la luz. La estufa ronroneaba y despedía un calor agradable. Distaba mucho de ser un último modelo, no le faltaban fisuras y proyectaba sobre el suelo y las paredes unas temblorosas y rojizas rayas luminosas.

—Otra cosa que me recuerda al Club Vegetariano —dije—. Un día...

Y le había contado una anécdota. Anécdota que, con la edad y

la distancia, solo seguía siendo jocosa y pintoresca y hacía reír al personal cuando la contaba, en algún lugar bien caldeado e iluminado, a periodistas, policías u otras personas bien alimentadas. Pero aquí, en el pasaje de Hautes-Formes, adquiría una tonalidad lúgubre y desdichada, devuelta a su mísera realidad. ¿Para qué diablos estaba contando aquello? No era el lugar adecuado. Como todo el mundo sabe, no se menciona la soga en casa del ahorcado. Me estaba volviendo masoquista.

Igual era porque solo había bebido agua con la comida, y el último aperitivo degustado en compañía de Florimond quedaba lejos, tan lejos como aquellos putos recuerdos.

—Sí —había dicho Bélita comentando la anécdota.

Se había acostado y estaba fumando. La punta incandescente del cigarrillo brillaba como un faro, horadando la oscuridad. Luego apagó la colilla en el cenicero.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

La niebla asediaba la casa. Se la adivinaba al acecho, dispuesta a introducirse por el más mínimo resquicio. La noche estaba sumida en un silencio como de tiempos inmemoriales. Solo de vez en cuando una de las viejas vigas de la estructura de la casucha turbaba la opaca paz con un leve crujido... En algún momento oí cómo la gitana se levantaba e iba a trasegar los utensilios de la cocina.

—¿Te pasa algo?

—No, nada.

—Si hay que encender la luz...

—No, no, está bien.

Había abierto la estufa para cargarla. Las brasas sobre las que se inclinaba le iluminaron la parte superior del cuerpo. Llevaba

una bata cruzada por delante, que su gesto mantenía abierta, y no ocultaba nada de sus conmovedores senos. Volvió a cerrar la estufa. Un ligero olor a carbón flotó por la habitación.

—¿Estás mirando si hace buen tiempo? Se había deslizado hasta la ventana.

—¡Menuda niebla! Parece puré.

Fui a su lado. Aquella brumazón era la especialidad del lugar. Había intentado ver a través de su espesor, pero ¿para qué? Sabía que era hostil, alevosa y sucia. Pero allí se estaba bien.

—Sí, se está bien aquí.

Ahora estábamos el uno contra el otro, dándonos mutuo calor y burlándonos de la niebla, o intentándolo. Rocé con la mano uno de los senos de la muchacha. Retrocedió murmurando:

—No..., no..., no debemos...

Era un rincón de mierda. En el que había sufrido atropellos, me habían humillado y nunca se me consideró como un ser humano... La tomé en mis brazos, apretándola con fuerza, haciéndome daño en el pecho contra sus senos endurecidos, mis labios en los suyos... Se apartó... Un barrio de mala muerte, que todavía seguía queriendo burlarse de mí, como si todavía fuese un crío indefenso... Pero no por eso debía pagarlo con ella... Aflojé el abrazo:

—Además, eres gitana.

Silencio. Un silencio algodonoso, asfixiante. Un pedazo de carbón grasiento prendió en llamas dentro de la estufa, iluminando el cuarto con un breve chispazo sangriento.

—¡Oh! —suspiró—, gitana o no...

Me puso los brazos alrededor del cuello, sus labios buscaron los míos, el corazón nos latía al unísono, como una llamada lejana de tamtan, y luego todo dejó de existir. Incluso la niebla.

*

¡Vaya! Buenas o malas, algunas veces las cosas ocurren muy deprisa. En cualquier caso, había dado con una terapia excelente para deshacerme de los complejos que me ocasionaba el barrio. De pronto era un hombre nuevo, y ya verían lo que era bueno. En fin... lo intentaría, porque... para resolver el problema planteado por el bueno de Lenantais seguía sin disponer de más indicios que la víspera. Pero quizá el azar... Miré a Bélita, que se despertaba con ademanes de gata. Hasta la fecha, el azar no había sido mal servidor. Me aproximé a la cama:

—Ni una palabra —dije, mientras le acariciaba el pelo—. No podemos hacer nada por evitarlo, ni el uno ni el otro. Sonrió:

—¿Quién dice que tenga intención de decir algo?

—Podría ser que lamentases lo ocurrido... No contestó.

—Y en cualquier caso, podrías darme los buenos días.

—Buenos días.

Me tomó la mano izquierda y pasó los dedos por la palma.

—¿Qué dice el porvenir? —pregunté.

—Ya sabes que no sé leer las líneas de la mano —dijo con sequedad al tiempo que la soltaba.

—Mentirijillas. ¿No habías leído que dormiríamos juntos?

—Quizá.

—¡Ah! ¿Lo ves? ¿Y qué más?

—Nada.

Puso cara seria. La tomé por la barbilla y la obligué a mirarme:

—Viste que se me venía una buena encima. Se soltó:

—¡Que no! Todo eso son tonterías.

—Claro que lo son. Si no lo fueran te contrataría para que me ayudaras en mis investigaciones y, en un periquete, darías con la explicación del misterioso mensaje de Lenantais. Pero aunque no seas sincera cuando dices que son tonterías, no te preocupes por mí. Los encontronazos que el destino me depara alcanzan rara vez su objetivo. Y además, soy el tipo que hace quedar mal a las profecías. Mira mi horóscopo, por ejemplo. En el periódico leo: «Buena semana para los nativos de piscis. Recibirá dinero». Y yo venga a esperar, pero no recibo nada. Así que ¿ves? Los astros van listos conmigo... Bueno, dejémonos de bobadas, ¿qué tomas para desayunar? Ya es hora.

—Cualquier cosa.

—Voy a por cruasanes.

Con la pipa en el pico, fui a la compra. Hacía fresco, pero seguramente hoy no habría niebla. O cuando menos, no por la mañana. Un sol amarillo lamía las acacias descarnadas de la calle Tolbiac. Unos cuantos transeúntes se apresuraban hacia sus quehaceres. Como en todas partes. Y como en todas partes, los coches circulaban. Era un distrito, un barrio como otros, con sus comercios, sus cafés y su vendedora de periódicos, la misma buena mujer de la que existían tantos ejemplares repetidos como del género que vendía, envuelta en chales completamente deshilachados, con la nariz colorada y, asomando por las puntas de los mitones, unos dedos ennegrecidos por la tinta de imprenta. Compré la edición de las cinco de *Le Crépuscule*, y me fui a leerla al bar de la esquina de la calle Nacional, mientras tomaba un café y un bocadillo. Marc Covet había hecho lo convenido. Según mis instrucciones, había conseguido pergeñar sobre la muerte de Lenantais un artículo bastante largo, que se salía del lote de

sucesos habitual. Había escrito incluso más de lo que yo le dije, evocando el caso de falsificación en el que la víctima «de una agresión cometida por personas del Norte de África, un anarquista arrepentido cuyo verdadero nombre era Albert Lenantais», domiciliado en el pasaje de Hautes-Formes, se había visto envuelto. Seguramente Marc Covet se había documentado y no había hecho las cosas a medias. Ya solo quedaba esperar que sirviera de algo, que alguien leyera el artículo y actuara... Sí, ¿pero quién? ¿Y cómo iba a actuar? Leerlo, lo que se dice leerlo, seguro que muchos lo leerían. E incluso quizá algún lector de *Le Crépuscule* mandara el artículo a la radio, a la emisión *Sucesos*, y un autor de la casa, dentro de unos meses, trataría el tema y me daría la solución que andaba buscando. Menos da una piedra. Bastaba con ser paciente.

Salí del bar, entré en una panadería y en una lechería, y regresé al pasaje de Hautes-Formes llevando cruasanes y una botella de leche. En el patio, Bélita se afanaba llenando un cubo de basura, de hecho un viejo barril de carburo de metal negro, con las flores marchitas que saqué la noche anterior de la planta baja. Ajustada con prisas, la bata permitía ver, más que adivinar, sus formas.

—No es buen momento para caer enferma, dije. ¿No tienes frío?

—No.

—Yo tampoco.

Dejé la botella de leche en el suelo, atraje a la joven gitana hacia mí y la besé con fruición. ¡Menudo colegial estaba hecho!

—Con sabor a tabaco, a café y a jamón —bromeé.

Endureció la expresión. Bien. Tendría que cuidar la calidad de mis bromas. Esta no parecía gustarle. En absoluto. Trató de

desasirse. Con la cabeza inclinada a un lado, miraba detrás de mí con sus ojazos de par en par. Me di la vuelta.

Estaba al otro lado de la verja, con las manos metidas en los bolsillos de una chaqueta de cuero con grietas en los pliegues. Era un tipo tan alto como yo, joven, con un semblante bastante agraciado para aficionados al estilo fiero. Los ojos de un azul escrutador brillaban en su cara morena. Un bigote rizado le adornaba el labio superior. Un rictus maligno le dejaba al descubierto los dientes puntiagudos. Llevaba el sombrero ajado inclinado hacia la oreja derecha, de cuyo lóbulo pendía un aro de oro. El pantalón azul le hacía pliegues sobre los zapatos casi nuevos.

Murmuré en un suspiro:

—Salvador, ¿no?

Por toda respuesta, Bérita cerró los ojos. Ayer, Dolorès. Hoy, Salvador. Al diablo con su familia. Di un paso en dirección al fulano:

—¿Qué se le ofrece? —pregunté. El hombre no se movió:

—Tienes que venir —dijo.

—¿Quién, yo?

El gitano no contestó enseguida. Me dirigió una mirada asesina. Nunca le cantarí la célebre canción^[15]. Él y yo nunca seríamos amigos.

—Ella —dijo al fin—, Isabelita. Así que ya está, ¿eh, puta?

—¿Es una contraseña?

—¿Qué contraseña?

—Nada. ¿Qué es lo que ya está?

—Cállate la boca. ¡Tienes que venir, Isabelita!

Seguía sin moverse. Muy seguro de sí estaba el chaval. A lo mejor pensaba que no tenía más que ordenar: «Tienes que venir,

Isabelita», para que Isabelita acudiera al instante, sin más. ¡Hay algunos que se las traen, palabra!

—De eso nada —dije—. Te vas a largar ahora mismo.

—¿Cuántos sois? Preguntó despectivo.

—Por lo menos dos... Saqué el arma y me acerqué: —Lárgate, Salvador.

El arma lo desarmó. Aquella no se la esperaba. Bajó los ojos hasta la pistola, mirándola como si nunca hubiese visto una; a menos que el arma le hiciera el mismo efecto, una vez pasada la sorpresa, que una onza de chocolate. También eso era posible.

—Escupe plomo —expliqué—. No serás tan lerdo como para no saber eso, ¿no?

—Hijo de puta —dijo con rabia.

Estaba harto del folclore gitano. En primer lugar, es una banalidad. En todas partes las mismas palabras designan las mismas cosas.

—Cuando tengas una de estas peladillas incrustada en la rótula —dije—, no podrás correr más que en pos de los pollos de un corral. Y no vayas a creer que es un farol. Aquí no hay testigos...

Las persianas de la casa de al lado permanecían firmemente cerradas. Si tras ellas había un mirón aprovechándose, primero de Bélita con su bata entreabierta y ahora de la escaramuza, en cualquier caso no se manifestaba.

—... No hay testigos. De modo que... un tiro en las piernas y el segundo al aire, por lo de dar el alto. Lárgate, venga. Te lo repito por última vez, Salvador...

Seguía mirando el revólver.

—... y no hagas tonterías. Parece que estás rumiando una, precisamente. Detente a tiempo, puesto que al parecer ya sabes...

—Sí, ya sé...

Le temblaban los labios. Reflexionó un momento. Le llevó su tiempo. Quizá no tuviera costumbre. Al fin retrocedió:

—Me largo —dijo.

Carraspeó, escupió y se alejó. Enseguida sentí una especie de extraño malestar. Aquella victoria no me gustaba. Era demasiado fácil. Algo escondía, algún embrollo. Franqueé la verja y lo seguí unos pasos, para vigilarle, con la pistola en el bolsillo y agarrando el cañón con los dedos. Se dirigía con lentitud hacia la calle Nacional. De pronto, se dio la vuelta y me hizo frente. Echaba fuego por los ojos. Se puso tenso, dispuesto a abalanzarse. Peor para él. Le di un culatazo en medio de la frente. Se tambaleó, recobró el equilibrio y se me echó encima. Pero esta vez no venía solo. Prolongaba su brazo una señora faca. Un día más que amanecía prometedor. Esquivé la hoja y le así la muñeca con la mano izquierda. Estábamos uno contra el otro, tensos como las cuerdas de un violín, con los alientos confundidos. Le pegué un golpe en la mano con la culata, como para rompérsela. Soltó la navaja, que cayó con ruido en el desigual adoquinado. Le pegué un puntapié, para ponerla fuera del alcance de su propietario, y se deslizó por debajo del portal del almacén de Lenantais, trapos y materiales diversos. Así le iba a costar Dios y ayuda recuperarla.

—Y ahora deja de hacer el imbécil —le dije—. Nos están mirando.

Dos moros, ociosos como solo saben estar ociosos los moros, se habían personado en la acera de la calle Nacional arrastrando sus sombras, y seguían con interés las fases de la escaramuza que se desarrollaba en el pasaje de Hautes-Formes. Salvador estaba tan poco deseoso de dar el espectáculo como cualquier hijo de vecino. Si hubiese tenido una guitarra, tal vez. Pero no la tenía. Gruñó, me dio un violento empujón que me envió en volandas

contra el portal del almacén y, pies para qué os quiero, se volatilizó. Los moros quedaron decepcionados. Me sacudí y regresé rápidamente donde Bélita. Ahora que Salvador sabía que me acostaba con la gitana, no había que eternizarse por aquellos andurriales. El tal Salvador, con toda seguridad, iba a volver y no vendría solo. ¡Menudos bergantes, con sus cuentos de raza!

7

El desconocido

Un taxi nos llevó a mi casa. Los agitados sucesos de las últimas horas requerían un baño reparador seguido de un cambio de indumentaria. Desde casa llamé a Hélène, mi secretaria, a la vez para tranquilizarla por mi ausencia, que quizá se fuese a prolongar, y para preguntarle si no había nada nuevo por parte de Florimond Faroux, por ejemplo. La otra niña bonita me dijo que reinaba la calma más absoluta. Luego llamé a un amigo médico y después a otro. Eran tíos majos, que habían ejercido en hospitales como Broca, Bichat o incluso Cochin, pero que prácticamente nunca habían puesto los pies en el de La Salpêtrière. En cualquier caso, no tenían ningún conocido allí. En última instancia recurrí a un tercer personaje, un medicastro sindicalista. Este me dio la información deseada. Bastaba con que fuera a ver de su parte a un tal Forest. El tal Forest, enfermero en La Salpêtrière, era un hombre apañado, seguro y discreto. Una vez zanjado el asunto, dejé el chaquetón y me fui a currar. Bérita insistió en acompañarme a hacer esos trámites. No dije que no. Entre la gente que tenía intención de entrevistar aquel día figuraban

algunos tipos a los que ella conocía más o menos, y su presencia podía facilitar el trato.

*

Empecé por La Salpêtrière. Navegando a ojo, con una buena excusa lista para soltársela a los bofias si todavía rondaban por allí (pero no había ninguno), pedí ver al tal Forest. Era un hombre joven con esa expresión de gravedad en la cara tan propia de los tipos que intentan asimilar el materialismo histórico. Era muy loable y, ya puestos, más valía ser franco con él:

—Me llamo Nestor Burma —dije—. Soy detective privado. Vengo de parte de Raoul. Necesito información. Se trata de ese tal Benoit, el trapero que murió ayer aquí.

—¡Ah! Sí, ¿el anarquista? —dijo, sonriendo.

Le atajé, porque no era momento para ponerse a discutir comparando las ventajas del anarquismo y del marxismo, las cuales eran prácticamente inexistentes.

—Sí, el anarco. Creo que conocía a un médico del hospital. Quizá preguntó por él, cuando se le ingresó aquí. Es lo que quisiera saber. Y el nombre del médico al mismo tiempo. ¿Es factible?

—Por supuesto. Pero ahora mismo no. Durante el día...

—Mire, es el número de teléfono de mi oficina. Mi secretaria siempre está. Llámeme de todos modos, para que sepa a qué atenerme.

Con la tarjeta le di un poco de pasta, por si tenía algún atraso en la cotización sindical, aunque no lo parecía. Lo rechazó muy

dignamente.

*

Volví al Quai d'Austerlitz, donde Bélita me estaba esperando. Apoyada en el parapeto, contemplaba la maniobra de un carguero que salía del puerto. Nos dirigimos a la calle del Interno Loeb, que algunos chistosos pronuncian *internado*, no muy lejos de Poterne des Peupliers. Allí vivía un colega del ramo de Lenantais, un trapero, junto a las antiguas vías todavía utilizables del ferrocarril de circunvalación, que ahora se usaban como cochera para algunos vagones de la estación de mercancías de Rungis. El consabido almacén-domicilio, una barraca de tablones cubiertos de alquitrán, se alzaba en lo alto del talud en un solar abandonado que convertía en callejón sin salida aquel tramo de la calle del Interno Loeb, después de la travesía con la calle del Doctor Truffet. Una vez franqueada la valla de tablones, acogían al visitante los ladridos de un perro que tiraba de su cadena. Se llegaba a la casucha evitando en un sinuoso recorrido los montones más o menos considerables de ajada mercancía. Sobre las vías había cantidad de papeles viejos traídos por el viento. Algunos se aventuraban agresivamente hasta el bulevar Kellermann, que se vislumbraba a través de una reja de alambre. Bélita me presentó al amo del lugar, el compadre Anselme, un tipo viejo que examinaba la indumentaria de los visitantes con ojo de tasador. El compadre Anselme y Benoit-Lenantais mantenían relaciones comerciales. Le conté un cuento para justificar mis gestiones y el interés por el fallecido. No sé si se creyó mis embustes.

—No era un mal bicho —dijo refiriéndose a Lenantais—. Trabajador y todo eso. ¿Qué decía el periódico? ¿Que había sido un falsificador? Me cuesta creerlo. Por eso debieron matarle, seguro.

—¿Por haber sido un falsificador?

—No. Porque era trabajador.

—¡Ah! ¿Es una costumbre del barrio? ¿Aquí mandan los holgazanes y se cargan a los trabajadores?

—No quiero decir eso. Lo que quiero decir es que sé perfectamente quién tuvo la culpa, si se lo cargaron a navajazos.

—¿Quién?

—Joanovici.

Aquello dio al traste con mis esperanzas.

—¿Joanovici?

—¡Pues claro, diantre! Joanovici hizo mucho daño a la corporación. Todo el mundo cree que Joanovici es trapero y multimillonario. Así que muchos piensan que todos los traperos son multimillonarios. O millonarios. Bueno, gente con pasta. Y como Benoit le daba duro al tajo, pasaba por ser más rico que otros y por eso le agredieron. No será el último. Mire, hace un mes, la María... ¿no conoce usted a la María?... No importa... ¿Y tú? —dijo volviéndose hacia Bélita—: Tú sí que conocías a la María, ¿verdad?

—No —dijo la gitana.

—¡Ah! Pensaba que sí. Bueno, no importa. Todo el mundo conocía a la María, así que pensé... Bien. Pues hace un mes, la María... ¡zas! —Con un gesto rápido y elocuente se pasó la mano por el cuello—. ¡Al garete! Y todo porque se decía que le sobraba el parné. Y, además, la violaron. ¡Violada! ¿Se da cuenta?... —Se le puso mirada soñadora—. ¡No quiero que a mí me ocurra lo

mismo! Por eso tengo un perro.

Muy vicioso habría que ser para intentar violar a un hombre, pero nunca se sabe. Hoy en día... Nos despedimos del viejo chocho. Si todos los amigos de Lenantais eran de aquel calibre, ya podía inscribir la investigación a la carrera de Montmartre, que como todo el mundo sabe es una carrera cuesta arriba y que gana el más lento.

*

Por desgracia, eran todos del mismo calibre y menos simpáticos. ¡Del mismito calibre! Tanto el que vimos antes de comer como los dos que nos endilgamos a modo de sobremesa, hacia las tres o las cuatro de la tarde, cuando una niebla que prometía ser tan desagradable como la de la víspera se cernía insidiosamente sobre París. ¿Abel Benoit? ¡Ah, sí, claro, Benoit! ¡Sí, nos veíamos! Pero no, no era muy hablador. No se metía en asuntos ajenos. Así que tampoco nosotros nos metíamos en los suyos. Así que se llamaba Lenantais y había sido falsificador de billetes de banco. (Este comentario era la prueba de que por lo menos habían leído el artículo de Marc Covet en *Le Crépu*, artículo que habían publicado también, como comprobé entre tanto, *France Soir* y *Paris Presse*). ¿Y era «anartissa»? Deberíamos haberlo olido. Decía unas cosas, a veces, cuando le daba por abrir el pico. Por ejemplo, cuando las elecciones. No era mal tipo, al contrario, pero tenía ideas raras. Y en un aparte: es como esa tía, ¿por qué tenía que ocuparse de esa gachí? Los de esa raza son ladrones y compañía, esa raza... A menos que... (Risotadas obscenas)...

Un «anartissa», claro, no respetan nada... (El que así se expresaba era muy respetuoso. Puntuaba sus palabras con frecuentes ósculos a un botellón de mal tanino y ya mostraba señales de una cogorza de baja estofa. Fue el único que casi me habló mal de Lenantais. Por fuerza: un tío que no bebía. Y que cargaba con una gitana. Y que quizá ni siquiera se acostaba con ella. Porque las cosas eran así: o se acostaba con ella, y era una vergüenza vista la diferencia de edad, de raza y todo lo demás; o no la tocaba y era un imbécil). Dejé a aquel par de lobos disfrazados con pieles de conejo con alivio. La peste que de ellos emanaba no era solo corporal.

*

En aquel punto de nuestra desalentadora gira nos encontrábamos en la calle Cinq-Diamants. El distrito XIII abunda en calles de nombres encantadores y pintorescos, y en general poco apropiados. En la calle Cinq-Diamants no hay ningún diamante; en la calle Château-des-Rentiers se encuentra, principalmente, el asilo Nicolas-Flamel; en la de Terres-au-Curé, no vi a ningún cura y en la calle Croulebarbe no se reúne la Academia de la Lengua^[16]. En cuanto a la calle de las Recoletas... mejor dejarlo, y la de Esperanza... El asunto Lenantais no estaba bajo ese signo, desde luego.

Desde la cabina telefónica de la calle Cinq-Diamants llamé a Hélène. ¿Había dado signos de vida un tal Forest, enfermero de profesión? No.

—Vayamos a la calle Watt donde dijo que le habían agredido

—le dije a Bélita—. Seguro que no me dirá nada, pero podré añadir ese chasco a los demás para que no haya nada que lamentar y la jornada sea completa.

Fuimos a la calle Watt.

De un pintoresco subido y baja de techo, se presta de forma admirable a todo tipo de agresiones, y especialmente nocturnas. Desde la calle Chevaleret, un tramo de casi la mitad de la longitud de la calle está cubierto por las vías de la línea de Orléans, a las que se añaden las de la estación de mercancías. Es un lugar siniestro, sobre todo un lóbrego atardecer de noviembre. Se experimenta una desagradable sensación de ahogo, de aplastamiento. Cada tanto, en la perspectiva de los magros pilares de fundición que sostienen la vía, la parca luz de gas de un farol ilumina los regueros de sospechosas infiltraciones que adornan las paredes de ese estrecho y húmedo corredor. Subimos a la magra acera sobreelevada y con barandilla que domina la calzada a más de un metro de altura. Pasó un tren con un barullo infernal por encima de nuestras cabezas haciendo temblar todo a su paso.

En la calle Watt no encontré nada. Más o menos como había previsto. En un momento de euforia acaricié la esperanza de que el aspecto de una casa, un detalle, algo, pondría en marcha el mecanismo de mi sesera, pero naranjas de la China. Al salir del túnel y desde la calle Croix-Jarry hasta el andén de la estación, la calle Watt volvía a ser normal, con casas a ambos lados y el cielo por techado, pero las fachadas sin características notables permanecieron mudas. Desanduvimos lo andado, disfrutando del paso sonoro de un interminable tren de mercancías.

Regresamos al centro del distrito por la abrupta calle Cantagrel, pasando delante de una clínica de maternidad curiosamente bautizada Juana de Arco. Desde luego, hay quien no

se arredra por una contradicción de más o de menos. Un poco más adelante, después de los talleres de asistencia por el trabajo del Ejército de Salvación, el conjunto de edificios del Refugio alzaban sus muros horadados por amplios ventanales, al pie de los cuales los locales administrativos de la organización caritativa, pintados de colores claros y precedidos por una especie de marquesina sostenida por pilares inclinados, parecían un decorado de cine. A la entrada, dos «salvacionistas», un hombre y una mujer, se saludaron con un vibrante «¡Aleluya!». ¡El Ejército de Salvación! No podía imaginar a Lenantais acudiendo al Ejército de Salvación, excepto para participar en un debate con los discípulos de William y Evangelina Booth. Pero estos no hubiesen castigado su falta de decoro con navajazos... Adiós, Watt. Renuncié.

*

Era más que hora de echarse algo al estómago. Fuimos a la *brasserie* Rozès. Antes de sentarme a la mesa llamé a Hélène a su casa:

—¿Forest?

—Nada de ningún Forest, jefe. Nada de nadie. Acto seguido llamé a La Salpêtrière:

—El enfermero Forest, por favor. Es para un enfermo.

—¡Oh! Lo siento, señor, ya hace mucho que acabó su turno. Ya no regresará hasta mañana por la mañana... ¿Cómo dice? ¡Oiga, no sea maleducado!

Comimos en silencio. El día perdido me pesaba en la boca del estómago.

—Te invito al cine, Bélita —dije al tiempo que recogía el cambio de la cuenta—. Echan una policiaca en el Palace Italie. A lo mejor me inspiro.

A la salida del cine no tenía más ideas que antes de entrar. Refunfuñé:

—¿Sabes, Bélita? Todos esos estúpidos traperos que hemos visto hoy no nos llevarán a ninguna parte. Algo me dice que el único tío que quizá, y digo quizá, pueda decirme algo sobre Lenantais y ayudarme a ver claro en este caso sería el matasanos de La Salpêtrière, en quien confiaba lo suficiente como para aceptar que se ocupara de sus heridas. Quizá tampoco nos lleve a ninguna parte, pero de los pocos elementos de que dispongo, y no dispongo de casi nada, este es el que me parece más interesante. Contaba con el enfermero para que me informara del nombre del médico... suponiendo que Lenantais llegara a pronunciarlo, pero tengo la impresión de que este enfermero es menos listillo que...

La gitana ahogó una exclamación:

—*¡Madre de Dios!*^[17] ¡El médico!

—Sí, y qué pasa con el médico.

—El que vino a visitarle un día. ¡Oh! Hace mucho tiempo. Dos años, más o menos. Acabo de recordarlo. Quizá sea el mismo.

—Seguro. Debía de conocer a menos médicos que traperos. Sacudió la cabeza con desaliento:

—Pero no sé cómo se llamaba. Así que esto y nada...

—Pero si le extendió una receta, sería en un papel con su nombre. Apellido, dirección, teléfono y toda la pesca. ¿Le hizo una receta?

—¡Sí, sí! Fui yo misma a comprar los medicamentos a la farmacia.

Le agarré el brazo:

—Volvemos al pasaje de Hautes-Formes, *querida*^[18]. Si guardó la receta la encontraré. Si es preciso hojearé todos los libros de la biblioteca. Los policías no debieron de darle importancia a una receta...

Entramos en el pasaje por el lado de la calle Baudricourt. Estaba tan desierto y triste como la víspera. La niebla que se había adueñado de nuevo del barrio, aunque no tan densa como la noche anterior, no incitaba al paseo y el lugarejo estaba sumido en el sueño. Al tiempo que avanzábamos, vigilaba la oscuridad de los portales, por si Dolorès o Salvador estuviesen allí, afrontando el frío mientras montaban guardia con malas intenciones y dispuestos a echársenos encima. Con aquellos fulanos siempre era posible un golpe de traición. Sin embargo, mis temores eran infundados y llegamos sin incidentes al patio de la casa de Bélita. Levanté la balda de la puertecilla lateral y se produjo la misma escena que la víspera. La puerta no quiso abrirse del todo. El paquete de trapos que había vuelto a poner en lo alto de un montón había debido caerse y volvía a impedir que se abriera. A menos que no se hubiese caído solito... que alguien hubiese tropezado con él, alguien que hubiese ido a husmear... y quizá estuviese todavía adentro, pillado in fraganti en su tarea investigadora... El almacén estaba oscuro, pero eso no significaba nada. Desprovisto de ventana, no dejaba filtrarse ninguna luz del exterior, y el visitante nocturno, si había alguno, podía haber apagado la luz perfectamente al oír que alguien tocaba la puerta.

—Pasaré yo primero —murmuré al oído de la gitana—. ¿Dónde está el interruptor?

Me indicó el emplazamiento. Pistola en mano me deslicé por la puerta entreabierta. Tropecé con el montón de trapos y alcancé el interruptor sin más percances. Encendí. El plafón del techo

iluminó con su luz mortecina el mismo desorden de antes. Examiné el lugar. No había nadie. En cualquier caso, nadie que estuviera vivo.

8

El cadáver ambulante

Lo que impedía que la puerta se abriese del todo no era un montón de trapos. El chaquetón, la americana, el chaleco, el pantalón y los zapatos que estaba viendo estaban en demasiado buen estado para echarlos a la basura. Guardé la inútil pistola, me agaché, agarré el cadáver por los tobillos y lo arrastré hasta debajo de la lámpara. Era un tipo bastante mayor, más o menos contemporáneo de Lenantais, con unos ojillos hundidos que cuando todavía estaba vivo no debían rezumar simpatía. Su rostro astuto expresaba sorpresa e incredulidad. Aquella noche esperaba cualquier cosa excepto que le apuñalaran por la espalda. Porque le habían apuñalado, como pude comprobar al darle la vuelta. La hoja, después de atravesar el chaquetón y todas las prendas que se encontraban bajo este, debió de penetrar hasta el corazón, provocando una muerte instantánea. El autor de aquel trabajo no se había andado con chiquitas. Oí gemir a Bélita. Había venido a mi encuentro, o mejor dicho lo había intentado. Pálida, descompuesta y con las piernas de algodón, se agarraba a un montón de objetos dispares que amenazaba derrumbarse. Una

arcada violenta la sacudió y se puso a vomitar.

—No es nada —dije—. Solo conoces a Nestor Burma desde hace veinticuatro horas. Dentro de unos meses te habrás acostumbrado y verás que lo mejor que puede ocurrirme es este tipo de descubrimientos. Y ahora, basta de bromas. Sé valiente, mira al fiambre y dime si le conoces.

Volví a tender de espaldas al cadáver. Sobreponiéndose a su repugnancia, se inclinó:

—No lo he visto nunca —dijo en un suspiro, al tiempo que se erguía y enseguida desviaba la mirada hacia otra parte.

—Bueno. Quizá lleve la documentación encima.

Registré los bolsillos del tipo. Ni un papel, ni un cigarrillo, ni un real. Fui a cerrar la puerta que habíamos dejado imprudentemente abierta y acto seguido me dirigí al portal. Estaba ligeramente entreabierto. Examiné el suelo. La navaja de Salvador, que yo había mandado por ahí de una patada, hubiera debido estar allí. Por lo menos entre las ruedas delanteras del viejo Ford de Lenantais. No estaba en ninguna parte. Bien: no era demasiado difícil de entender.

—Salvador ha vuelto, Bélita —dije—. A recuperar la faca o a bordarme un ojal porque nuestros amoríos hieren sus sentimientos. Tal vez a las dos cosas, la una después de la otra. Cuando llegó, seguramente con sigilo, este tío andaba husmeando por aquí. Por el chaquetón debió de creer que era yo. A distancia y visto de espaldas era posible equivocarse. A distancia... Debe de ser muy ducho lanzando cuchillos, ¿no?

—¡Oh! ¡Sí! ¡Mucho! —dijo con espanto.

—Pues al hermano le ha dado en el blanco. Un poco manos largas también: cuando se dio cuenta de que se había equivocado de persona no quiso haberse molestado solo por... una

menudencia y le limpió también los bolsillos a la víctima.

Miré fijamente al interfecto. Me pregunté quién diablos sería y qué podía estar tramando allí aquel fulano. Hice una rápida inspección del almacén en busca de algún indicio que pudiera orientarme, intentando determinar dónde podía haber estado situado aproximadamente el personaje cuando la muerte vino a su encuentro. Mientras lo hacía recogí un periódico que solo podían haber traído el gitano o el desconocido. Pensándolo mejor, seguramente el desconocido. Se trataba de *Le Crépuscule* de aquel día, doblado por la página de sucesos donde se encontraba bien a la vista el artículo de Marc Covet sobre Albert Lenantais. Me sentía un poco responsable de la muerte de aquel viejo.

—Vale más que la policía no lo encuentre aquí —dije—. No tienen ninguna necesidad de saber que se interesaba por nuestro amigo. Pero me gustaría identificarlo y la policía hará eso mejor y mucho más deprisa que yo. Vamos a esperar un *poco*^[19] y luego iré a depositarlo a algún sitio donde no le dé tiempo a criar malas. Es un riesgo que habrá que correr. Mientras, veamos esa receta...

Tapé al muerto con una tela de colchón y, con Bélita tras de mí, subí a registrar las cosas de Lenantais. No encontré nada. No podía encontrar así de seguido un cadáver y un indicio de otro tipo. Hay que saber aceptar las limitaciones.

—Bueno, allá voy —dije tras consultar el reloj—. Espero que la niebla no se haya disipado...

Fui a cerciorarme de ello. El pasaje de Hautes-Formes estaba tranquilo, la noche silenciosa y la niebla bastante espesa. Estupendo.

—¿Funciona el coche? No puedo llevármelo cargándolo a la espalda...

El antediluviano Ford funcionaba. Puse al muerto en el plato

de la camioneta. No fue fácil. La gitana me ayudó en la macabra tarea con mucho ánimo. Y cuando me puse al volante se instaló a mi lado. Quería acompañarme. Me resultó imposible disuadirla. Era una chica testaruda y cuando algo se le metía en la cabeza no había forma de hacerla cambiar de opinión.

Dejando atrás el almacén de Lenantais, tras apagar todas las luces y dejarlo tan cerrado como era posible, desembocamos en la calle Nacional salvando baches y luego en la de Tolbiac. Giré a la izquierda, en dirección a los muelles. En el cruce con la calle Patay, un coche rezagado estuvo a punto de chocar con nosotros. ¡Jodido carcamal! No me importa admitir que los faros del Ford no iluminaban precisamente varias leguas a la redonda, alumbraban lo justo para los escasos metros necesarios para conducir, y además con la niebla..., pero aun así ¿por qué tenía que circular a aquellas horas aquel carcamal? ¿No podía estar en la cama como cualquier hijo de vecino? A medida que nos acercábamos al Sena la niebla se iba haciendo más tupida, calándonos la ropa con su traidora humedad. El frío me dejaba los dedos ateridos, involuntariamente crispados en el volante. A pesar de la temperatura, estaba sudando. A ratos notaba estremecerse el muslo de Bélita contra el mío. También ella sudaba. Su olor de mujer morena me llegaba a ramalazos hasta la nariz. Era un viaje extraño. ¡Quisiera el cielo que nadie fuese a echar un vistazo a la mercancía que llevábamos! ¡Por Dios! ¡Qué lejos parecía estar el río! ¿Seguiría existiendo? Casi, casi, estaba empezando a lamentar aquella expedición. Pero ya era demasiado tarde para echarse atrás. A través de la guata fuliginosa, el rugido de un tren me llegó a los oídos. El puente de Tolbiac. El puente metálico que salva las vías del ferrocarril París-Austerlitz. ¡Por fin! Unos metros más y estaríamos en los muelles del Sena. Yo... ¡Conductor de mierda!

¡Iba borracho, no era posible! O era inglés. Ambas cosas, sin duda. Conducía por la izquierda con los faros apagados y, cuando se dio cuenta de que un poco de luz no estaría de más, ya estaba a pocos metros del capó del Ford. ¡Por poco! Fue como un relámpago. Como en sueños, antes de que me cegaran los potentes faros, vi iluminarse iridiscentes las gotitas de agua en suspensión en la atmósfera y brillar los arcos de acero de la estructura del puente. Giré desesperadamente el volante, me subí a la acera con un gran barullo de carrocería desguazada y frené junto a la verja calando el motor. El otro no se paró a esperarme. Mejor así. Se había vuelto a colocar a la derecha y se había esfumado. Permanecí un momento apabullado por el susto. Con la sacudida Bélita se había caído de la banqueta. La ayudé a incorporarse. No dijimos ni una palabra. Saqué el pañuelo y me sequé el sudor. Delante de nosotros la mole pintada de amarillo de los Almacenes Frigoríficos se confundía con la niebla. La alta torre que culmina esas instalaciones parecía decapitada. Encima de nosotros, un tren ciego pasó con un estremecimiento el cambio de agujas. Un semáforo debió de cambiar de color. El sonido que hizo la placa de hierro al modificar su orientación resonó sordamente en la noche de nuevo envuelta en el silencio. Me espabilé. No podíamos quedarnos allí. Intenté volver a poner el motor en marcha. Se negó a producir el más mínimo ronquido. ¡Cielo santo! ¿Largarse y abandonar la furgoneta y al muerto desconocido? Seguro que no iba a resfriarse, pero... Debajo del asiento había una manivela. La cogí y me bajé dispuesto a utilizarla. Para empezar, me aticé un golpe en la mano por el retroceso. Volví a intentarlo. El motor soltó una risotada y se caló al instante. Tenía la mente poblada de ruidos imaginarios: ruidos de motor, pasos en el asfalto, coches aproximándose, sirenas ululando. Por fin, el último esfuerzo fue

definitivo. Quizá hubiera debido empezar por ese. Volví al volante y aceleré a fondo. Ahora tenía más prisa que nunca. Estaba impaciente por descargar el bulto en algún lugar tranquilo donde pudiera ser fácilmente descubierto. Llegamos al Quai de la Gare, lúgubre y desierto. Cada tanto, las farolas eléctricas horadaban la niebla a duras penas con su luz fantasmal. Al pie de las farolas, tendidos sobre las rejas de ventilación de la calefacción urbana, cuyas canalizaciones serpentean bajo ese lugar, algunos vagabundos, sordos al llamado del Abbé Pierre, dormían con un sueño letárgico. Un sudario helado cubría el Sena, y desgraciadamente para el vino también todo Bercy, en la otra ribera. Al borde del desguace, el Ford bajó hacia el muelle por la primera rampa que avisté. Ocupando el espacio hasta el borde del agua, se vislumbraban montones de hierros viejos. El desconocido, al que parecían haberle gustado los montones de objetos dispares, se iba a sentir como en casa en aquel depósito de recuperación metalúrgica. Frené, me bajé a toda prisa y corrí a la parte trasera de la camioneta. Estiré el brazo para agarrar el cadáver. Tantos baches y sacudidas lo habían desplazado. Tanteé a derecha e izquierda. No había oído acercarse a Bélita, y cuando me puso la mano encima del brazo pegué un respingo. Tenía los nervios a flor de piel. Tardé un siglo en encontrar la caja de cerillas. Encendí una. ¡Venga ya, si era lo más normal del mundo! Lo contrario no lo hubiera sido. El plato de la camioneta estaba vacío.

—Lo hemos perdido —dije con sarcástica amargura—. No le gustaba nuestra compañía o le apetecería hacer autostop. Ahora no habrá más remedio que ir a la oficina de vehículos de desguace de la calle Morillons, en el distrito XV, y dentro de un año y un día...

Las piernas de Bélita cedieron. La retuve antes de que cayera

sobre el suelo adoquinado.

—No es nada —dije—. Encontraremos otro...

La ayudé a subir al coche. Arranqué.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó la gitana.

—Devolver el coche. Carece de permiso para vagabundear. Este coche, ¡maldita sea!, hubiera debido mosquearme que no tuviese puerta trasera. Bueno, de nada sirve lamentarse. Pero ¡por Dios, no creía que los muertos fueran tan revoltosos!

Fuimos por el mismo camino que a la ida. Estaba a la mitad del puente de Tolbiac cuando me pareció vislumbrar en la otra punta y atravesando la niebla, fino pero vigoroso, el haz de una potente linterna. Aceleré un poco y luego un poco más, una vez visto lo que quería ver. Dos sombras envueltas en sendos capotes se inclinaban sobre otra sombra, una especie de paquete tendido sobre la acera.

—Una ronda de la policía —dije—. Por poco llegan a tiempo de echarnos una mano para arrancar el coche. No es momento de entretenerse. Todo por culpa del carcamal que conducía por la izquierda: seguro que el muerto se piró cuando me obligó a hacer aquella acrobacia de *stock-car*...

Llegamos al pasaje de Hautes-Formes sin más sustos. Aparqué el Ford de Lenantais, pasé un trapo por todas las superficies en las que hubiésemos podido distraer los dedos, Bélita se quitó los aros de las orejas y ocultó su cabellera bajo un pañuelo para llamar menos la atención y nos adentramos por las calles desiertas, a la buena de Dios. Ya sabía yo que, por una u otra razón, no me iba a quedar más remedio que recorrer el barrio a pie con frecuencia. Llegamos a la Place d'Italie sin tropiezos. Allí un taxi rezagado consintió recogernos.

Una vez en casa me precipité sobre la botella de *whisky*. Lo

necesitaba. Le propuse un trago a Bélita pero ella, fiel a las enseñanzas de Lenantais, rehusó. Bebí por dos, y sin más dilación, nos metimos en la cama.

9

El cadáver desvela su secreto

No fue exactamente un sueño reparador. El diablo aquel de fiambre bailaba por mi mente igualito, según la canción, que la *roulotte* por la del gitano y, a propósito de gitano, el Salvador emponzoñaba el sueño de Bélita. Seguramente es lo que se llama división del trabajo. En un momento dado, salió de su agitado sueño con un grito: —¡Perdón, perdón! —sollozó—. No le mates, Salvador. Te lo ruego, no le mates...

Su cuerpo cayó contra el mío. Me agarró los hombros con las manos. La atraje hacia mí murmurando palabras tranquilizadoras. Poco a poco se fue calmando, pero de sus labios salían, de vez en cuando, breves gemidos. Sí, todo aquello era mucho para una chavala de veintiséis abriles. Aunque perteneciera a la aventurera raza calé. También estaba resultando mucho para mí. De todos los cacaos en los que me había visto envuelto, aquel se merecía una mención aparte sin lugar a dudas. Oscuro, peligroso y *tutti quanti*. Pero ¡por Dios y todos los santos que había de resolverlo! Algo me decía que aquel pobre viejo, sorprendido para su desgracia por Salvador mientras andaba revolviendo cosas en casa de Lenantais,

iba a prestarme ayuda aun sin quererlo. Las manecillas fosforescentes del despertador de la mesilla de noche marcaban las cinco y pico. Cuando llegaron al seis, me dije que puestos a cavilar, y con tan poco provecho, lo mismo podía levantarme, bañarme y tomar un trago. Todas aquellas operaciones me agravarían la resaca o me la quitarían de encima, pero valía la pena intentar el experimento. Mientras tanto, la pesadilla parecía haber liberado el inconsciente de Bélita de sus cuitas. Oía su respiración, suave y pausada. Temiendo turbar su reposo, vacilé en dejar el catre... y acabé durmiéndome de nuevo también yo. Finalmente nos despertamos a las diez.

*

Por los resquicios de la cortina corrida delante de la ventana, el amarillento sol de noviembre deslizaba en la habitación un pálido rayo. ¿Qué iba a ocurrir hoy? No te hagas preguntas necias, Nestor, y ve a preparar el café. Obedecí y poco después le llevé una taza a Bélita. Sentada en el gracioso desorden de uno de mis pijamas que le iba más o menos bien, con el rostro contraído en una máscara de dureza, parecía reflexionar.

—Creo —dijo al fin, después de regresar a tierra firme, tomarse el café y esbozar una ligera sonrisa—, creo que al final voy a ser útil en algo. Me gustaría tanto ayudarte a encontrar al sinvergüenza que mató al pobre Benoit, me gustaría tanto, amor, y temo tanto no saber, comportarme como una tonta...

—No, no, mi amor. Me estrechó una mano:

—¡Mi amor! —repitió soñadora y con un deje doloroso en la

VOZ.

Se despabiló y siguió hablando:

—Quizá hay cosas que sé, o cosas que supe, y que he olvidado y quizá recuerde, aunque demasiado tarde para que puedan servirte... ¡Mira!, la historia de ese médico, por ejemplo, no nos ha servido de nada... pero hubiese debido recordarlo antes... Me eché a reír: —¿De nada? Nos ha hecho descubrir un fiambre. Se estremeció: —Justamente.

—Crees que es algo malo, ¿no? Pues te equivocas. Quizá sea lo mejor que podía ocurrirnos. Haz caso a mi añeja experiencia en estas cosas.

—Aunque así sea —se empeñó—, tenía que haberme acordado antes...

—No tienes nada que lamentar. Si hubieras recordado antes ese detalle, hubiésemos acudido al pasaje de Hautes-Formes antes también, y quizá Salvador me hubiese encontrado a mí en lugar de aquel pobre viejo. Y ahora quizá no estaría aquí, oyéndote tratarte de imbécil.

—¡Salvador! —murmuró.

Sus ojos castaños con destellos dorados se llenaron de miedo.

—A propósito de Salvador —dije—, tienes que dejar de tener pesadillas como la de esta noche. Y no debes pedir perdón. ¿Qué tienes que hacerte perdonar?

—Muchas cosas —dijo, con la cabeza gacha.

Pasé la mano por su nuca, bajo la melena, y la acaricié:

—No me matará, querida mía. No te preocupes por mí, en lo que a Salvador concierne. No diré que el asesinato del viejo desconocido le haya purgado de sentimientos homicidas contra mí, pero creo que, de momento, ya no hay peligro y va a estarse quieto una temporada. Ha tenido sangre fría suficiente para

desvalijar a su víctima, pero eso es todo. No ha intentado deshacerse del cadáver. Debe de saber que alguien acabará descubriéndolo. En mi opinión, una vez dado el golpe, se han largado de la zona, él, la Dolorès y toda la panda. ¿Dónde viven habitualmente?

—Al otro lado del Puente Nacional, en Ivry.

—Iré a dar una vuelta por allá.

—No —exclamó—. No, no lo hagas. Te lo ruego. No lo hagas.

—Bueno. No iré... La besé:

—... Además, sería un viaje en vano. Estoy seguro de que se han largado. Un asesinato es un asesinato hasta para un gitano. Y sobre todo para un gitano que pasa por ser uno que sabe detenerse en el camino antes de hacer una burrada. Cosa que, en este caso, no ha hecho. Razón de más para no querer agravar una situación ya de por sí bastante fea. Y ahora, ya vale de hablar de ese tontaina. ¡Hay que ver cómo te pones a la hora del desayuno! Habías empezado una especie de discurso...

—Sí, te decía que algunas cosas me vuelven de pronto, así, con efectos retardados. Estaba pensando en la calle Watt, donde asaltaron a Benoit...

—O por lo menos eso te dijo. Cuando le conocí era un tipo bastante reservado, pero me da la impresión de que con la edad todavía lo era más.

—Admitiendo que dijera la verdad, y que fuese en la calle Watt, o cerca de la calle Watt, donde le dieron de palos...

—Admitámoslo. ¿Quieres que volvamos allí? Me parece a mí que ayer sacamos todo lo que había que sacar de aquel lugar.

—No, no quiero volver. Pero pasamos por delante del Ejército de Salvación y... Lo recordé hace un rato, en los últimos tiempos Benoit tenía algún asunto con ellos.

—¿Con los militantes del Ejército de Salvación?

—Sí. Viste que tienen allí un taller...

—Sí, ya sé. Hacen arreglar muebles viejos, a parados o a vagabundos que intentan volver a salir a flote...

—Pues últimamente Benoit les vendió muebles. Trastos viejos que estorbaban...

—Sí —dije, sonriendo—. Y como no le gustó el precio que le ofrecían y abroncó a los salvacionistas por eso y porque creen en Dios y él era ateo, los otros le atizaron un par de navajazos. Ya he pensado en esa hipótesis. Pero no se aguanta... y, además, no cuadra con lo que decía la carta.

Me miró con tristeza:

—Sí, ríete de mí. Seguro que piensas que soy idiota, ¿no?

—No, mi amor, claro que no. Pero la información, los indicios, no aparecen así como así, de buenas a primeras. Hay que tantear para encontrarlos. Pues bien: estás tanteando, eso es todo.

Segundos después, bajé a por los periódicos. Ninguno hablaba de que una ronda de agentes en bicicleta hubiese descubierto un cadáver en el puente de Tolbiac.

—Han llamado por teléfono —me dijo Bélita a mi regreso—. He contestado. Qui...

—¿Quién era?

—Ha dicho que era tu secretaria.

—Bien.

Cogí el aparato y llamé a Hélène:

—Mira qué bien, buenos días, jefe —dijo—. Intenté llamarle hace cinco minutos. Debí equivocarme de número.

—¿Ah sí? ¿Por qué?

—Me contestó una mujer. Una mujer muy joven, a juzgar por la voz. Una voz no demasiado bonita, pero joven.

—Es una chiquilla que no sabía dónde dormir.

—Ya. Y usted le ofreció hospitalidad. Qué bueno es mostrándose tan caritativo. Una chiquilla. Ha hecho usted bien de no dejarla en la calle. Con todos esos sátiros que andan por ahí... Ahora entiendo por qué no se le ve el pelo por la oficina, últimamente.

—Es la razón que podrá darle a Florimond Faroux, si se preocupa por mi suerte. ¿Tenemos noticias del bueno del comisario?

—No.

—Mejor.

—Pero tengo algo de parte de un tal Forest. Acaba de llamar.

—¡Al fin! ¿Y?

—No es un chico demasiado hablador. Solo ha dicho un nombre. Doctor Émile Coudérat. ¿Supongo que con esto le basta?

—Espero que sí. ¿Émile Coudérat?...

Tomé nota:

—Muy bien. Gracias, Hélène. Y adiós.

—Adiós, querido Abbé Pierre. Colgué y le pregunté a Bélita: —Coudérat. ¿Te dice algo ese apellido? ¿Había un apellido parecido en el membrete de la receta? La gitana hizo un mohín dubitativo: —No sé. No me acuerdo en absoluto.

—No importa. En cualquier caso, es el galeno que nuestro amigo pidió ver cuando le admitieron en La Salpêtrière, la noche en que le llevaste allí.

Cogí el teléfono y marqué el número del hospital. Port-Royal 85-19.

—¡Oiga! ¿Es La Salpêtrière? El doctor Émile Coudérat, por favor.

—Espere un momento —contestó una voz seca. Tomó el

relevo una voz grave: —¿Diga? Mire usted, señor, el doctor Coudérat ya no trabaja aquí.

—Gracias.

Hojeé el listín de teléfonos. Coudenc, Couder, Coudérat. É. Coudérat, doct. méd., bul. Arago. ARA 33-33. Nunca mejor dicho para un galeno. Marqué ARA 33-33.

—Doctor Coudérat, por favor.

—El doctor no está. ¿Quiere hora?

—Más o menos.

—¿Más o menos?

—Digamos que quiero hora.

—En ese caso, no antes de las tres esta tarde.

—Vale. Apúnteme. Señor Burma, Nestor Burma. ¿Pero podría llamar al doctor antes?

—Sí, señor, a la hora de comer.

—¿Sabe si ha ejercido en La Salpêtrière?

—¿Ah? No señor, no lo sé.

—No importa. Gracias de todos modos.

*

A mediodía me compré una nueva remesa de periódicos. Los de la tarde acababan de sacar las primeras ediciones. Hojeé *Le Crépuscule*, *France-Soir* y *Paris-Presse*, del titular hasta la firma del gerente sin encontrar la más mínima noticia sobre el fiambre misterioso. ¿Para eso me había esforzado tanto en sacarlo de la oscuridad? Hacia la una volví a llamar a ARA 33-33.

—¿Oiga? El doctor Coudérat, por favor.

—El mismo al aparato.

—¡Ah! Encantado, doctor. Aquí Nestor Burma. Tengo cita con usted esta tarde. Estoy en su lista de visitas. Nestor Burma, a las tres.

—Sí, es posible. ¿No le va bien la hora?

—No, no tengo nada en contra. Pero como no quisiera hacer el trayecto para nada, me gustaría saber si en algún momento formó usted parte del cuadro médico de La Salpêtrière.

—Así es. Pero no entiendo por qué el hecho... ¡Ah!, sí. ¿De qué mal padece exactamente?

—De ninguno.

—¿De... ninguno?

—Absolutamente ninguno. Estoy más sano que una manzana. Por lo menos de momento.

—Y usted... ¡Ah! Ya entiendo... —Se echó a reír—. ¿Cómo está usted, señor Francis Blanche^[20]?

—No soy Francis Blanche —dije, al tiempo que yo también me reía de tan natural equivocación (sean naturales, como dice el cómico)—, y no estoy tratando en modo alguno de gastarle una inocentada teléfono-radiofónica. Lo que ahora voy a decirle no le aclarará nada, sino al contrario, pero tiene que saber quién soy. Soy detective privado.

—¿Detective privado? ¡Claro!

Seguía pensando que era una broma. «Cada vez mejor», debía pensar.

—Nestor Burma —aclaré—. Estoy en su lista de citas, en calidad de enfermo imaginario, y en el listín en la rúbrica «investigaciones y seguimientos». Le será fácil comprobarlo. Lo que tengo que pedirle es algo de orden profesional. De mi profesión, no de la suya. No me importa esperar hasta las tres,

pero si pudiera recibirme antes, pues mejor. La entrevista no debiera durar demasiado.

—¡Ah!... —El tono ya no era el mismo—. Empiezo la consulta a las dos. ¿Quiere venir un poco antes?

—Estaré allí a menos diez. Muchas gracias, doctor. Colgué. A partir de ahora iba a poder adentrarme por un terreno más sólido. Por lo menos eso esperaba.

—No hace falta que me acompañes —le dije a Bélita poco después—. Quédate aquí. Hay buena calefacción y todo lo necesario para fumar, leer o escuchar música.

Dócil, aceptó que fuera solo y la dejé. Al primer vendedor de periódicos que encontré a mi paso le compré la última edición de *Le Crépu*. ¿Iban a decidirse de una vez a hablar de mi fiambre, sí o...?

¡Mierda!

**HASTA EL DÍA DE SU MUERTE,
EL PUENTE DE TOLBIAC
LE HABRÁ SIDO FATAL AL INSPECTOR
NORBERT BALLIN**

proclamaba a toda plana un titular en negrita. Empecé a leer: Esta madrugada, hacia las tres y media, unos agentes del distrito XIII descubrieron, mientras hacían su ronda en bicicleta, al principio del puente de Tolbiac, a la altura de las calles Ulysse-Trélat y Chevaleret, el cadáver de un hombre apuñalado al que se había desvalijado por completo. Esta nueva víctima de truhanes nocturnos, contra los que ya sería hora de que se fueran tomando medidas rigurosas, fue rápidamente identificada. Se trata de D. Norbert Ballin, inspector de policía jubilado, de cincuenta y cinco

años de edad. Del señor Ballin podría decirse que, si no a lo largo de toda ella, sí por lo menos en dos períodos de su vida, habrá sido víctima del puente de Tolbiac. En efecto, en 1936 se encargó al inspector Ballin investigar la misteriosa desaparición de un empleado de la Compañía Frigorífica del Quai de la Gare. El empleado, el Sr. Daniel, llevaba una importante cantidad de dinero de la compañía y nunca llegó a saberse con exactitud si se había fugado con el dinero o había sido víctima de unos malhechores. Su rastro se pierde un atardecer de diciembre de 1936 en el puente de Tolbiac. A pesar de todos sus esfuerzos, el inspector Norbert Ballin no consiguió recabar ningún indicio, ni a favor ni en contra de ninguna de las dos tesis. Los soplones que tenía a sueldo en el hampa no le sirvieron de nada. Por despecho, o por ver si con ello conseguía algo, el inspector «quemó» a unos cuantos, pensando quizá que si el río bajaba revuelto él tal vez pescaría algo, lo que no se produjo. El inspector se obsesionó con el caso. Para él, nunca quedó archivado. En cuanto una banda de delincuentes se veía envuelta en cualquier asunto y estos aterrizaban en el Quai des Orfèvres, los interrogaba intentando desestabilizarlos, haciéndoles preguntas capciosas sobre lo que se dio en llamar, quizá de forma equivocada, el «enigma del puente de Tolbiac», pero siempre en vano. Estos fracasos constantes acabaron deteriorando la salud, tanto física como moral, del inspector. Deportado por los alemanes, ya nunca consiguió recuperar totalmente el equilibrio y, a su regreso de Buchenwald, se le permitió jubilarse. Algunos de sus amigos y colegas mantienen que seguía buscando la solución del «misterio del puente de Tolbiac», y que con frecuencia se le veía pasear por los alrededores de la calle Chevaleret o por los muelles del Sena. Al parecer, esta tranquila e inofensiva manía le resultó fatal. Fue por

volver, igual que sus antiguos «clientes», al lugar de «su crimen», de «su caso», de «su misterio», por lo que cayó bajo los golpes de unos facinerosos.

En el bulevar Arago, a la misma distancia de las siniestras murallas de la cárcel de La Santé por un lado y de las del Hospital Broca por el otro, se alzaba el encantador palacete, de un estilo arquitectónico un tanto extravagante, en el que vivía y ejercía el doctor Émile Coudérat. Al entrar casi me di de bruces con una señorona emperifollada de estilo mil novecientos, que una limusina acababa de dejar y que, aparentemente, formaba parte de la clientela fija del galeno. Una doncella con delantal blanco nos introdujo a la vez en la sala de espera, pero un minuto después me vino a buscar a mí para llevarme hasta su patrón, al despacho de la primera planta, una gran habitación revestida de madera y abierta al jardín que un rayo de sol intentaba alegrar. Pero la estación no se prestaba a alegrías. El galeno era un personaje esbelto, elegante, un cuarentón saludable, con una incipiente calva en la tapa de los sesos y una nariz calzada con gafas sin montura visible a primera vista: quien le miraba tenía la impresión de ser miope.

—Por primera vez en mi vida tengo tratos con un detective privado —dijo, una vez intercambiados nuestros respectivos microbios palmares.

Muchos testigos te espetan esta fórmula en el primer contacto y se quedan tan anchos. Cosas del cine, sin duda. Luego, a veces, no lo ven tan claro.

—Siéntese, por favor... —Me indicó un sillón en el que tomé asiento—. ¿En qué puedo servirle?

—Se trata de un tal Lenantais —dije—. Albert Lenantais o Abel Benoit, no sé con qué nombre le conoció. En cualquier caso, él le

conocía a usted. Le asaltaron unos facinerosos hace unos días. Le dieron dos golpes con un instrumento cortante y afilado, que a la larga resultaron ser mortales. Cuando le socorrieron, pidió que le llevaran a La Salpêtrière, en lugar de cualquier otro hospital, porque esperaba que usted siguiera todavía allí. Mencionó su apellido. El doctor Coudérat frunció el entrecejo: —¿Qué nombre ha dicho? ¿Le Nantais?

—Lenantais, todo en una palabra. O Abel Benoit, en dos. Era un hombre bueno, pero se llamaba de dos maneras distintas. Su comportamiento social en el pasado podía dar lugar a ciertas críticas, según cuál sea el punto de vista de uno... Por otra parte, la prensa se hizo eco.

—Casi nunca leo la página de sucesos.

—Era trapero de oficio, y vivía en el pasaje de Hautes-Formes. Fue usted a cuidarle a su casa hará un par de años. Como me parece que su clientela pertenece a un estamento más distinguido, pensé que debía conocer a Lenantais personalmente.

—¿Y es eso lo que ha venido a preguntarme?

—Sí.

Se quitó los anteojos y los limpió.

—Veamos —dijo volviéndoselos a poner—. Sí, sí, ya veo a quién se refiere. Un hombrecillo simpático, algo original o, mejor dicho, bastante original.

—Eso es. Tatuado.

—Tatuado, sí...

Tras un breve silencio, continuó:

—No le conocía personalmente. Uno de mis clientes, amigo mío también, se interesaba por aquel hombre y me pidió que le visitara.

—¿Y el nombre de ese cliente? Carraspeó:

—Hummm..., es un poco delicado: no soy ninguna oficina de información y no sé qué desea de mi amigo.

—Ponerle en guardia.

—¡En guardia! ¿Contra qué?

—Ahora me toca a mí mostrarme reticente, doctor. Estoy obligado a cierta discreción. Pero puedo decirle que un peligro acecha a su amigo... si también era amigo de Lenantais. Un peligro mortal. Naturalmente, como médico, un muerto de más o de menos...

La clásica broma no le hizo gracia. Pero tampoco se enfadó. Dijo: —Mire, señor Nestor Burma, eso no entra en el marco del secreto profesional, pero es una cuestión de corrección. Me gustaría poder informar a mi amigo de su visita.

Me puse en pie y le indiqué el teléfono:

—El tiempo apremia —dije—. Infórmele enseguida, si tiene teléfono. Puedo retirarme a otra habitación.

Se levantó a su vez:

—Me daba apuro pedírselo.

—Soy muy comprensivo —sonreí—. Y, en contadas ocasiones, muy bien educado.

Me retiré a un pasillo a fumarme una pipa mientras admiraba una copia de *La lección de anatomía*. Poco después volvió a abrirse la puerta del despacho: —Hágame el favor, señor Burma.

Entré en la consulta. El doctor Coudérat parecía aliviado. El mal trago había pasado para él.

—El señor Baurénnot no tiene inconveniente en recibirlo —dijo—. Al contrario. Le está esperando. Si quiere tomar nota de la dirección.

*

Bajé por el Bulevar Arago hasta el cruce con Gobelins. En el quiosco compré una remesa de diarios de la tarde. No es demasiado habitual que la policía le haga confidencias íntimas a la prensa pero, para quien sabe leer entre líneas, a veces subsiste algo de lo que se respira en comisaría en los papeles de los periodistas. Me hubiera gustado saber si la policía tenía alguna opinión original sobre la muerte violenta del exinspector Norbert Ballin, y cuál era. No había nada en *France-Soir*, nada en *Paris-Presse* y nada en *L'Information*. Nada que no hubiera leído ya en *Le Crépuscule*. Había texto a granel —con cierta ironía subyacente— sobre las desgracias del antiguo policía, pero se mantenía la tesis de un crimen de facinerosos. Naturalmente, era poco probable que a la policía se le ocurriera que un gitano, impaciente por lanzar la daga y quisquilloso en cuanto a la honra de su raza, se había llevado por delante al jubilado confundiénolo con otro. Pero tampoco pensaba que a la policía se le iba a ocurrir que el pobre hombre por fin había descubierto, veinte años después como en una novela de Alejandro Dumas, algo sobre su «misterio del puente de Tolbiac» y lo había pagado con la vida. Aunque nunca se sabe... En la actualidad, los más altos funcionarios del Quai des Orfèvres son miembros de jurados de premios literarios de novela policiaca. A lo mejor la base se contagia. El gusto por las narraciones de aventuras, junto con la sospecha profesional, podía haber engendrado una tendencia a la fabulación. Aunque fabulación no sea la palabra adecuada. Porque resultaba bastante

curioso que ese Norbert Ballin hubiese ido a fisgonear a casa de Lenantais, al parecer después de haber leído el artículo que Corvet escribió a instancias mías. Estaba chiflado, vale, pero aun así...

Rumiando estas cosas, volví sobre mis pasos, torcí a la izquierda por la calle Berbier-du-Mets y la seguí hasta la manufactura de los gobelinos. Por entre las rejas de las ventanas se veía la parte superior de los telares. La Empresa Baurénot quedaba enfrente. Baurénot era comerciante de maderas, y el silbido estridente de una sierra eléctrica cortando tablas quebraba la calma provinciana de aquella calle sinuosa y de aceras estrechas. Intenté empujar una puertecilla acondicionada en el portalón de la entrada, pero estaba cerrada. Apreté el botón del timbre y un chasquido me informó de que tenía el paso franco. Un guardián salió de un pabellón y se dirigió a mi encuentro con la mirada puesta en su reloj de pulsera. Luego la dirigió a los periódicos que yo llevaba bajo el brazo (la pipa y la petaca sobran y bastan para deformarme los bolsillos). Quizá creyó que quería vendérselos, que vendía periódicos de casa en casa.

—El señor Baurénot —dije atajando—. Me está esperando. El guardián volvió a mirar el reloj: —Pues llega justito —dijo—. Un minuto más y no sé si le hubiera abierto...

De pronto, la sierra eléctrica dejó de morder la madera, que no le había hecho nada. Un extraño clima pareció adueñarse de la fábrica. Los montones de troncos de árbol cortados en láminas longitudinales de pronto parecieron solitarios y abandonados.

—¿Y cómo es eso? —pregunté—. ¿Ha hecho usted algún voto? Ladeó la cabeza:

—¿No oye usted la sierra, señor?

—Bueno, ya no la oigo.

—Eso mismo quería decir. Es la hora H. Empieza la huelga...

Se rascó furiosamente el cráneo:

—... y no sé hasta qué punto hago lo que debo; si tengo que dejar entrar o salir a la gente.

—Pregunte al comité de huelga.

—Sí, creo que es lo que voy a hacer. Mientras tanto, y ya que está usted aquí y tiene que ver al señor Baurénnot... Es ese edificio, allí.

Subí los pocos peldaños que me separaban de una oficina donde ponía «Dirección» en grandes letras. La mecanógrafa a quien me dirigí me dijo que subiera a la planta superior. Allá encontré a otra mecanógrafa que escribía a máquina con fruición, como para dejar bien sentado que, en cualquier caso, ella no se adhería a la huelga. Me costó Dios y ayuda hacer que abandonara el teclado. Le entregué mi tarjeta, fue a dársela a quien correspondía y regresó, invitándome a seguirla. Entré en una estancia confortable, en la que una estufa de leños esparcía un agradable calorcillo. Un tipo de unos cincuenta años más o menos, bien vestido, gordo, ancho de hombros, miraba el patio de la fábrica por una ventana adornada con visillos de organdí. Su rostro denotaba contrariedad, por no decir algo peor. Abajo, los obreros se estaban reuniendo y la barahúnda que armaban llegaba hasta nosotros. El señor Baurénnot dejó aquel espectáculo deprimente, hizo un giro sobre sus lujosos zapatos y me miró de arriba abajo. Igual que el cancerbero, miró el fajo de periódicos que llevaba bajo el brazo y, a continuación, con toda la cordialidad que las circunstancias autorizaban, se me acercó con la boca y los brazos abiertos: —¡Nestor Burma! —exclamó—. ¡Compañero! ¿Cómo estás, después de tantos años?

10

Los camaradas

Debí de mostrar, aunque muda, cierta sorpresa. La cuestión es que no esperaba en modo alguno semejante acogida. Como dijo alguien, te van a tutear. El tipo me había estrechado la mano con la suya y me accionaba el brazo como si yo fuera un surtidor de gasolina. Le dejé hacer.

—¿Cómo estás? —prosiguió Baurénot, Empresa Baurénot, comercio de maderas, aserradero y toda la pesca. En su mandíbula relucía el oro de algunos dientes—. A ver, a ver, ¿ya no reconoces a los camaradas? Cuando me llamó el bueno de Coudérat diciendo que una especie de chiflado llamado Nestor Burma quería verme a propósito de un traperero conocido mío, le contesté que sería un placer, pero no podía contárselo todo al buen doctor, ¿no te parece? Bueno, ¿qué, te vuelve la memoria?... —Me devolvió la libre disposición del brazo, lo que no surtió ningún efecto estimulante en mi intelecto—. Vamos... ¡Un detective!... ¡Ah!, es el apellido lo que te ha hecho perder los papeles. Claro, no me llamaba Baurénot cuando nos conocimos.

—¡Dios mío! —exclamé—. ¡Bernis! ¡Camille Bernis!

Se puso un dedo delante de los labios:

—¡Chitón! No hables tan alto. Camille Bernis está muerto y enterrado. No vayamos a resucitarle. De hecho, nunca existió.

—Me vais a volver loco —rezongué, golpeando la palma derecha con el puño izquierdo—. Cambiáis todos de nombre como de camisa, ¿no?

Se rio con sorna:

—¡Un momento! Bernis nunca fue mi verdadero apellido. El verdadero es el que llevo actual y... honorablemente: Charles Baurénot. Los anarcos no son demasiado curiosos o, en todo caso, no piden justificantes, de modo que me hacía llamar Bernis. Un poco por mi familia y un poco por otra cosa. Cuando volví... al redil, no tuve más que recuperar mi verdadero apellido.

—Muy astuto —opiné.

—Sí...

Suspiró, fue hacia la ventana y miró el patio. Abajo sus obreros habían organizado un verdadero mitin.

—¡Astucia! —prosiguió—. Mucha me haría falta para salir victorioso de una discusión con estos tíos... —Se dio la vuelta y me miró de frente—. Me he vuelto un capitalista, amigo mío. Heredé el negocio y lo he desarrollado y hecho prosperar. No se hace una tortilla...

—... sin cascar algunos huevos, ya lo sé.

Apretó la mandíbula. Se le puso el mentón agresivo:

—Y el enfoque cambia. Seguramente lo que te estoy diciendo no te acaba de gustar, ¿no?

—¡Bah! A mí, la verdad...

Con un gesto displicente me eché la mano por encima del hombro, como deshaciéndome de una apreciable cantidad de contingencias.

Sonrió:

—Y tú, te has metido a policía.

—Detective privado. Cuestión de matices.

—Como quieras. ¡Sentémonos, mecachis! A nuestra edad ya no se crece.

Se acomodó tras la mesa de despacho. Me acerqué un sillón y me instalé en él. Encendió un Gitanes y se puso a jugar con un abrecartas. En la sala adjunta se oyó sonar el teléfono un buen rato.

—He visto muchas veces tu nombre en los periódicos —dijo.

Llamaron a la puerta.

—¡Adelante! —ladró.

La mecanógrafa rompehuelgas dejó entrever su cara bonita desde la puerta entreabierta:

—Es por las máquinas nuevas que estamos esperando, señor Baurénnot, que tienen que llegar en un buque de carga. La empresa del puerto de Austerlitz...

—Estoy ocupado. Encárguese usted misma.

—También está el delegado de...

—Lo recibiré más tarde.

—Sí, señor.

Desapareció. Baurénnot gruñó algo para sí antes de seguir:

—A veces me preguntaba: ¿será aquel tipo que conocí hace tiempo, o no?

—¿No lo hablaste con Lenantais? A él no le cabía la menor duda.

—Sí, más o menos. Sea como fuera, nunca intenté dar contigo. Ya sabes cómo era yo entonces, ¿no? Pues desde ese punto de vista no he cambiado... No me gusta dar la lata a la gente. Tampoco me gusta que me la den a mí.

Podía interpretarse como una amenaza. Pero quizá no contra mí. Mientras me hablaba prestaba un oído atento a los ruidos del patio. Aquello de la huelga también era una lata. Dije:

—La lata, con los latosos, es que no siempre se puede impedir que te den la lata.

Me echó una mirada calculadora.

—¿Qué quieres decir?

—Un día de estos, un latoso va a venir a verte. No, no se trata de mí, aunque lo pienses.

Movió la cabeza:

—No entiendo nada.

—Yo tampoco, pero lo intento... —Saqué la pipa, la cargué y la encendí. ¡Diantre!, casi me había olvidado de mi pipa querida. Quizá pensaba demasiado—. A Lenantais, ya que he venido aquí en parte para hablar de él, a Lenantais no le agredieron unos moros, como dice la prensa y como todo el mundo parece creer, la policía incluida. El que le asestó un par de navajazos es «un cabrón que está preparando alguna cabronada», según los propios términos de nuestro viejo amigo. Y ese cabrón...

Le informé del mensaje de Lenantais.

—Primero quiso informarte del asunto por medio del doctor Coudérat. Pero el doctor Coudérat ya no trabajaba en La Salpêtrière. Entonces se acordó de mí, porque estaba seguro de que podía fiarse de mí, y quizá también porque tenía más posibilidades que otro de desbaratar los proyectos del cabrón de marras. Dejó deliberadamente a la gitanilla, su protegida, fuera del embrollo. Solo le pidió que me enviase la carta. Contesté a su requerimiento, sin saber quién me requería, porque yo no conocía a ningún Abel Benoit... ¿Por qué se cambió el nombre?

—Durante la Ocupación temió tener problemas, por su pasada

actividad revolucionaria. Entonces todavía no era trapero. No sé lo que hacía. Surgió la ocasión de llamarse Abel Benoit y la pilló al vuelo. Después decidió mantener la nueva identidad... Así que, cuando llegaste al hospital, ya había muerto...

—Sí.

Nos quedamos un rato sin hablar. Baurénor reflexionaba. Por sus ojos pasaban oscuros fulgores que me recordaban los que les había visto en tiempos del Club de los Insurgentes y de las discusiones nocturnas en el dormitorio del Club Vegetariano. Del patio subía un rumor de reunión política pública. Estábamos en plena República social^[21].

—Resumiendo —dijo, adoptando el tono de un empresario que recibe a una delegación del comité de huelga. Tal vez, puesto que le esperaba algo por el estilo en su futuro más inmediato, el hombre procedía a una especie de ensayo general—. Resumiendo. Un cabrón cualquiera asesina a Lenantais. El cabrón en cuestión está preparando algún golpe bajo contra los camaradas y Lenantais te pide que les salves el pellejo. ¿Es eso, no? Bien. ¿Y enseguida pensaste que se trataba de mí? ¿Que el que apuñaló a Lenantais me estaba amenazando?

—De ti o de otro, o de varios otros. No tengo ni idea. He llegado hasta ti siguiendo el hilo lógico del doctor Coudérat. Pero puede tratarse de otros camaradas.

—Se trata de otros camaradas. No solo tengo amigos... —Miró hacia la ventana con una mueca—. Pero no se me ocurre nadie que quiera hacerme daño de verdad.

—Bueno, mejor. Ahora lo importante es encontrar a esos camaradas para informarles. Debe de ser gente digna de interés. Lenantais era un buen tío.

—Sí, un buen tío un poco inocente —dijo, con una sonrisa

condescendiente—. Seguía viéndole, así, de vez en cuando. También nos encontrábamos por casualidad. Me divertía. Seguía manteniendo bastantes ideas de aquel otro universo. Me hubiese gustado ayudarle, pero nunca quiso aceptar nada. La vida tranquila, libre e independiente que llevaba le bastaba. Una vez que le envié a Coudérat porque sabía que estaba enfermo, insistió en pagar la visita. No se parecía en absoluto a algunos camaradas que conocimos en aquellos tiempos, que se largaban de tapadillo por la mañana con el despertador o las sábanas de quien les había dado cobijo.

—No, no era así. ¿Veía a otros camaradas, además de ti? ¿Camaradas de aquellos tiempos? ¿De aquel otro universo?

—De ninguna manera.

—¿Y tú?

—¡Bah! Yo, hace tiempo que quemé esas naves. ¿Por qué me lo preguntas?

—Porque, a esos camaradas amenazados por algún trapicheo del asesino de Lenantais, a lo mejor los conoces, o te ves con ellos. Lenantais hubiese podido elegirte como simple intermediario. Hacer que el galeno te informase de que se encontraba en La Salpêtrière y encargarte que avisaras del peligro a los camaradas.

—No —dijo Baurénnot—. No estoy en peligro ni conozco a nadie que pueda estarlo. Además, ¿sabes qué? —Frunció los labios—. Lenantais, qué quieres que te diga, me pregunto si no estaría un poco chiflado. ¡Mierda! ¿Te parece normal vivir como vivía? Estaba chiflado, y ese mensaje y todo lo demás...

—¡No! —corté con firmeza.

—¿Eh?

—No estaba chiflado. Estoy seguro.

—Pues, entonces... —Se encogió de hombros—. ¿Qué más

puedo decirte?

—Por qué os seguáis viendo, por ejemplo. Me parece que ahora tenían que separaros un montón de cosas.

Pareció encoger. Bajó la cabeza, la volvió a levantar. Me miró fijamente a los ojos. Una nube los velaba con una bruma que parecía reflejar algo similar al dolor.

—No sé... —Crispó el puño en torno al mango del cortapapeles—. Quizá porque tiene que haber un chiflado en el guión, y puesto que no es Lenantais tendré que ser yo. ¿Quieres que te hable de él con sinceridad? Pues bien, me pregunto si, de vez en cuando, no me pillé teniéndole envidia. ¡Ya sé, ya sé! Todos los ricachones cuentan ese tipo de historias. Pero en mi caso, es distinto. Había en él algo puro que te hacía sentir bien. Por eso no dejé nunca de tener relación con él. Podíamos estar meses sin vernos, pero nunca rompimos. También por eso, la misma tarde en que le encontré y me dijo que estaba jodido y que se iba a acostar, le envié a Coudérat, un amigo médico, un tipo servicial al que sin embargo le pedí que hiciera una tarea singular. Me daba lo mismo lo que pudiera pensar Coudérat de las relaciones amistosas que mantenía Baurénnot, de los Establecimientos Baurénnot, con un trapero. El imbécil del galeno ese pensó simple y llanamente que yo era admirablemente caritativo. Pero no era caridad...

—Eso es apego al pasado —dije—. Y es culpa de nuestra formación. Seamos lo que seamos después, uno nunca se deshace de ella por completo.

—El pasado, sí. La juventud... —Se despabiló, adoptando un tono agresivo—. Bien, el pasado es el pasado, justamente, y no vamos a ponernos a buscar misterios donde no los hay como en aquellos tiempos, ¿no? ¿Sabes?, me cago en el pasado.

En aquel momento se abrió la puerta de golpe y un tipo entró

en el despacho echando maldiciones al tiempo que decía:

—Así que ya has visto.

Me vio y paró en seco. Era un personaje de rasgos angulosos, elegante y bien vestido, con unas gafas de montura dorada tras cuyos cristales unos ojos oscuros miraban acosados y enfebrecidos. Parecía estar enfermo y las piernas casi no le sostenían. Baurénot soltó una desagradable risotada:

—¡Fantástico! —exclamó—. Ahora ya somos lo bastante numerosos como para crear un grupo de estudios sociales y explicarles a esos tontainas bastardos... —hizo un gesto señalando hacia el patio a través de la ventana— cómo se hace la revolución. ¿No reconoces a Deslandes, Burma?

—Solo le conocí con el nombre de Jean —reí con sorna al tiempo que me levantaba—, pero creo que ahora, después de semejante zambullida en mis recuerdos, podría reconocer de entrada a cualquier habitual del Club Vegetariano y sus aledaños.

—¡Burma! —exclamó el prófugo. Bueno, el antiguo prófugo. Ahora parecía haberse sometido y estar de lo más conforme con la sociedad, también él. Había recorrido un buen trecho. Todo el mundo había recorrido lo suyo—. ¡Burma! ¡Mierda, tío! ¡Yo no te hubiera reconocido! Claro que entonces tú eras un chaval.

Nos estrechamos la mano. La suya estaba húmeda.

—Somos sus mayores —bromeó Baurénot—. Nos debe respeto.

Jean Deslandes se giró hacia él:

—Un poco más, y el portero no me abría la puerta. Así que se declaran en huelga...

—Sí, es la temporada... ¿Qué te ocurre? ¿Estás malo?

—He comido algo que me ha sentado mal —contestó el otro presionándose el estómago—. Unas ostras, creo.

Tomó una silla y se sentó. En el patio los hombres seguían discutiendo. Llamaron a la puerta. Tras el aullido invitador apareció la secrete:

—Se impacientan, señor Baurénnot —dijo.

—Bien. Voy a verles —dijo Baurénnot en tono de hastío—. Os dejo, buena gente. Debéis de tener un montón de cosas que deciros.

Salió. No teníamos gran cosa que decirnos. Se hizo un silencio entre nosotros. Al fin, Deslandes lo rompió:

—Qué gracia —dijo—. ¿Quién iba a decir que un día se montaría una huelga contra uno de nosotros? ¿No te parece divertido?

—No mucho, la verdad —dije.

Me sentía triste y cansado. Un poco avergonzado, también.

—¡Ya está, amigos! —proclamó Baurénnot de regreso—. Escuchad, escuchad eso, tíos... —Inclinó la cabeza en dirección de la ventana, poniéndose la mano en trompetilla contra la oreja—. Escuchad eso... La noble y viril canción del trabajo...

Como obedeciendo a una señal suya, la sierra eléctrica volvió a cortar la madera con un alegre silbido.

—¿Ya está arreglado? —preguntó Deslandes.

—Todo tiene arreglo. Siempre. No hay que perder nunca la esperanza. He satisfecho sus reivindicaciones. Que, por otra parte, eran legítimas y yo no soy un negrero.

—Y mejor estar en paz con Dios —dijo el otro con una mezcla de sorna y amargura.

—¿Dios? Al parecer hay uno para los borrachos. Vamos a comprobarlo. Brindemos por todo lo reanudado. Trabajo reanudado y contacto reanudado. Vuelvo enseguida...

Regresó con tres vasos y una botella de champaña.

—Y a la salud del Club Vegetariano —dijo.

Bebimos.

—Aquí el amigo Burma ha venido a verme a propósito de Lenantais...

Volví a contar lo de Lenantais para instruir a Deslandes. Este no pudo decirme nada que me sirviera. Luego nos pusimos a conversar de unas cosas y otras. No tenía la impresión de estar perdiendo el tiempo. Tenía algo que preguntar, pero esperaba el momento oportuno. Me enteré de que mis dos colegas estaban casados, que Baurénot tenía una hija ya mayorcita y que, naturalmente, de cara a la galería gozaban de la consideración de sus porteros y de sus vecinos y hacían gala de ser unos ciudadanos honorables. Lo que de hecho eran. Nadie sospechaba que antaño hubieran profesado opiniones subversivas. Deslandes también andaba metido en negocios. Le habían ido bien las cosas. En resumidas cuentas, solo el pobre Lenantais había mantenido las ideas de aquel otro universo.

—Todo el mundo ha evolucionado, ha cambiado —constaté—. Así es la vida. Me pregunto qué habrá sido de aquel al que llamábamos el Poeta y cuyo nombre nunca llegué a conocer...

—A lo mejor está en la Academia de la Lengua —sugirió Baurénot.

—¿Por qué no? En cualquier caso, no soy mala persona, pero espero que aquel chiflado de Barbapiojos, el rompedor de pipas que predicaba que había que ponerse a cuatro patas para comer hierba, ahora mismo esté descansando a seis palmos bajo la de un prado. Además, ya entonces era un vejestorio. Y más de lo mismo le deseo a Lacorre. Ya me fastidió bastante el gomoso aquel.

—¡Lacorre! —Se sobresaltó Deslandes, como si le hubiesen picado con un alfiler en el culo.

—¿Qué pasa? —pregunté sorprendido.

—Jean tiene prejuicios —rio Baurénot con sorna—. Prejuicios anarquistas. Admite que se evolucione, que se cambie, o incluso que se chaquantee... ¡Por Cristo!, no hay que temerle al verbo... pero considera que Lacorre exageró las tintas.

—¿Qué quieres decir?

—Si te fastidió, ya no volverá a hacerlo. No ha muerto, o eso creo, aunque es igual. Un tribunal de provincias le mandó a poner los pies en remojo en las marismas del penal...

—¡No me digas! ¿Se dejó atrapar en sus embustes y acabó asaltando a un recaudador de fondos?

—No. Algo más curioso o, mejor dicho, mucho más siniestro. Nos enteramos por los periódicos. Lacorre no era un tío con el que nos relacionáramos demasiado. A finales de 1936 mató a su compañera porque le engañaba...

—En nombre del amor libre, sin duda. No me refiero al comportamiento de la mujer. Me refiero a su comportamiento, el de él.

—Exactamente.

—No me extraña.

—El jurado demostró un inesperado sentido del humor.

—De humor libre, ¿no?

—Sí. ¡Ajá! ¿Con que decís que hay que combatir los celos, predicáis la libertad sexual y en cuanto vuestra mujer os engaña la asesináis? Pues para nosotros no se trata de un crimen pasional común y corriente. ¡Así que al penal diez años y un día! Y amén. Le hicieron pagar no solo la muerte de la mujer, sino también sus ideas, más algún que otro delito menor que llevaba arrastrando. También hay que decir que recibió con disparos a los policías que fueron a detenerle.

—¡Qué imbécil! —refunfuñó Deslandes, secándose el sudor.

Había llegado el momento de soltar el bombazo, más o menos al grito de: «¡Viva la anarquía!».

—Hablando de 1936 y de recaudadores de bancos —dije en voz baja—, ¿y si me hablaseis un poco del asunto del puente de Tolbiac? Vosotros os cargasteis al empleado de los Almacenes Frigoríficos, ¿verdad?

11

Cementerio

Deslandes se encogió en la silla. Baurénnot no dijo nada. Se sirvió lo que quedaba de champaña en la botella. Al chocar con el borde del vaso, este produjo un sonido cristalino. En el taller cercano, al otro lado del patio, la sierra eléctrica de los Establecimientos Baurénnot, comercio de maderas, fabricaba dividendos. No volví a preguntar. Esperé. Baurénnot emitió una risita falsa, una risita que daba dentera con mucha más eficacia que el ruido de la sierra.

—Con menudas nos vienes ahora, Nestor Burma. Nunca nos cargamos a nadie. Ni en el puente de Tolbiac ni en ningún otro sitio. ¿Qué diablos es ese asunto del puente de Tolbiac?

—Seguramente sé mucho menos que vosotros de ese asunto —suspiré—, pero no me importa deciros rápidamente de qué se trata.

—Por mí que no quede. Pero te repito que nosotros nunca nos cargamos a nadie.

—No era más que una fórmula, un cliché, una frase hecha. Siempre tengo algunas a mano. Adornan la conversación. Sinceramente, no creo que matarais al Daniel ese, el empleado de

los Almacenes Frigoríficos. Lenantais tenía que participar en la aventura y conozco sus principios. Nada de derramamientos de sangre. Con vuestra ayuda, organizó por fin el golpe de sus sueños. Quizás el empleado estuviera también en el ajo... ¡Anda!, se me ocurre una idea.

—No te la irás a guardar para ti solito, ¿eh? —ironizó Baurénor—
— Ideas como...

—¡Ideas de imbécil! —escupió el maleducado de Deslandes.

—Voy a compartir con vosotros todas mis ideas. Resulta que, en 1936, en invierno...

Y les conté todo lo que había leído recientemente en los periódicos.

—Muy interesante —comentó Baurénor—. ¿Y crees que el golpe lo dimos nosotros?

—¿Por qué no?

—En efecto, ¿por qué no? Además existe un indicio de mucho peso en contra de nosotros. Vivimos y ejercemos nuestras actividades en el distrito en el que se encuentra el puente de Tolbiac. ¿Siempre eres tan listo en tus pesquisas? Pero, tío, a lo mejor fue Pierrot le Fou^[22], que estaba aprendiendo el oficio.

—En aquella época ese era demasiado joven.

—Era una imagen. No tienes el monopolio de las imágenes. Pierrot le Fou era muy joven, pero los gánsteres ya existían.

—El caso del puente de Tolbiac no lleva la firma ni de gánsteres, ni de mafiosos, ni de gente del hampa y compañía. El inspector Norbert Ballin, que se había desecado sudando sangre sobre el caso... y eso también es una imagen, y bastante atrevida..., el inspector jubilado Norbert Ballin fue apuñalado la otra noche...

—¿Y también somos nosotros los culpables?

—¿Por qué no?

Negaron ambos, Baurénot y Deslandes, con la cabeza y con la máxima energía.

—Ni hablar, tío —dijo el primero—. Te equivocas. Te equivocas de todas todas.

Sabía perfectamente que me equivocaba —o, para ser más exactos, que fingía equivocarme—, pero quería comprobar la diferencia de calidad de las protestas del comerciante en maderas. Había una. Negaba el asesinato del expolicía con el tono de la sinceridad más auténtica. Faltaría más. Pero todo lo demás sonaba falso.

—De acuerdo —dije—. Volvamos a Ballin. Entresaqué una frase del artículo que los periódicos dedican a su muerte...

Deslandes me interrumpió:

—¡Bah! Los periódicos... —dijo con sorna y desprecio.

—No me tomes por más imbécil de lo que soy —estallé—. ¡Los periódicos! ¿O es que a ti no te interesan los periódicos? Entonces, a ver qué va a ser esa colección que llevas en el bolsillo de la americana, que de tan abultada te está jorobando el abrigo. ¿No te parece que es porque, tras la muerte de ese policía, vuelven a hablar del viejo caso del puente de Tolbiac? ¿Y no será porque te dan pavor por lo que has venido aquí a la carrera, para que Baurénot te aconseje, o para poneros de acuerdo, a pesar de que, según parece, Baurénot ya no se ve con nadie? Quizá no se vea con nadie, pero ve a Deslandes y veía a Lenantais. Y también él tiene un montón de diarios encima de la mesa, y menuda mirada les echó a los que yo llevaba bajo el brazo cuando llegué. —Pero el portero también; finalmente quizá no significara gran cosa—. A lo mejor es que había puesto un anuncio por palabras o una página de publicidad, pero es bastante curioso que los tres

nos intereseamos tanto por lo que publican los periódicos un día como hoy.

—Ya vale —dijo Baurénot, con toda la sangre fría—. Yo conozco a un tipo que compra quince periódicos cada día. Todo esto es hacer mucho ruido por nada. ¿Qué decía esa frase que te llamó la atención? ¿Ves qué buenos chicos somos? Te dejamos decir todas las sandeces que quieras. Y hasta te animamos a ello.

—La frase es la siguiente... —La busqué en el artículo de *Le Crépuscule*—: *Los soplones que... el inspector Ballin... tenía a sueldo en el hampa no le sirvieron de nada...* Me parece significativo. Todos los actos antisociales que cometen los delincuentes con vínculos en el hampa se sancionan en poco tiempo. Solamente los tipos que actúan solos o los que no pertenecen al hampa pueden pretender escapar a la red. Es una cuestión de suerte, y los anarquistas ilegalistas, que pertenecen a esta categoría, tienen en principio más posibilidades que otros. Después de un golpe jugoso saben esperar el tiempo que haga falta; no se van de parranda, no tienen relación más que con los cómplices indispensables, lo que limita las posibilidades de una traición. Además, son de otra pasta. Enseguida pensé que el caso del puente de Tolbiac (ausencia de indicios, ningún soplón... además de un detalle de mi propia cosecha), era cosa de uno o de varios bandidos con ideas...

—¡Bandidos con ideas! —exclamó Baurénot, en tono de protesta.

—Es la palabra justa. ¿Ahora te dan miedo las palabras? Además, no la utilizo con un sentido peyorativo. ¡Bandidos con ideas! Pronunciaste la expresión varias veces cuando profesabas opiniones ilegalistas.

—¡Profesar!... Hablábamos de ello. Todo el mundo hablaba.

—Sea como fuera, yo veo las cosas así. Interrumpidme si me equivoco.

—Diantre, no, no te vamos a interrumpir. Como en lo que vas a decir no habrá una palabra que no sea un error, se nos gastaría toda la saliva.

—Bueno, pues ahí va... Lenantais y vosotros dos convencéis al empleado de los Almacenes Frigoríficos y, entre los cuatro, os repartís el contenido de la bolsa que este transporta. No puedo entrar en detalles, claro. Lo siento...

—¡Más lo sentimos nosotros!

—Es que yo no asistí al evento. Daniel, el empleado, se larga al extranjero. En cualquier caso, no se le vuelve a ver. Y vosotros tres seguís vuestro camino, cada cual según su temperamento. Pero hete aquí que el tal Daniel emerge de nuevo... Es la idea que se me ocurrió antes y que os voy a exponer... No sabe cómo os llamáis, porque habéis cambiado de nombre. Por el motivo que sea quiere hacer algo contra vosotros... Encuentra a Lenantais y salda la cuenta con él. Lenantais intenta avisaros del peligro. Me manda llamar... Porque Lenantais era un poco menos burro que vosotros. Había seguido atentamente la evolución de mi carrera. Sabía que yo era un tipo cabal y sin prejuicios, y que seguiría siéndolo, cabal digo, con quienes lo fueran conmigo. Pero creo que en lo que a vosotros se refiere, se equivocó. ¡Por Dios! No vengo en son de guerra. Me da igual lo que hayáis podido hacer. Pero hay una tarea que me he impuesto. Lenantais me llamó. Lenantais fue asesinado. Pienso encontrar al asesino, aunque no me ayudéis.

—No podemos ayudarte —dijo Baurénot—. Todo lo que dices nos suena a hebreo. Te equivocaste de caballo, Burma.

En esta carrera nosotros no corremos. En cuanto a la historia que acabas de contarnos... —sonrió—, no te la crees ni tú.

—No del todo —reconocí—, pero puede servir de base para una discusión.

—Creo que la discusión se ha acabado. Reflexiona: estamos entre camaradas. Si hubiésemos hecho todo eso que nos imputas, no me cansaría dando rodeos. En primer lugar, el delito ha prescrito. ¿Y de quién podría tener miedo? ¿De quién podríamos tener miedo?

—De acuerdo, ha prescrito —dije sonriendo—. Y puesto que no hubo muertos... Pero incluso sin muertos, un escándalo haría mal efecto al desvelar la base de vuestra fortuna actual. Y las tranquilas existencias que os habéis montado podrían verse bastante vapuleadas. Y si...

—Sí, sí, sí —canturreó Baurénnot—. La única cantinela que conozco es la de la sierra que estás oyendo, y el tío que la conduce está ganando desde hace un rato dieciséis francos más al día. Ahora deberías irte. ¡Menudo día! No se me olvidará.

Se levantó. Me estaba echando, ni más ni menos. Me levanté también. No iba a sacarle nada más. Pero quise tener la última palabra:

—Sí, no creo que se te olvide. Ni a ti ni a Deslandes... —designé a este con un gesto displicente de la mano—. Me pregunto a qué venía aquí tan a la carrera. ¡Ah, sí! Es verdad. Venía a informarte de su dolor de estómago. ¿Qué era lo que le había sentado mal? ¡Ah, sí! Las ostras. O quizá un pollo. Un polipollo trufado. De acero. Adiós, amigos. Después de todo, nadie os obliga a confiar en mí. Lenantais confiaba, pero él era un idealista. Me da la impresión de que vosotros dejasteis de serlo hace mucho tiempo. Salud. Y rezad para que no me atropelle un coche, ni me caiga una teja en la cabeza desde lo alto de un andamio. Igual me convenzo de que tenéis algo que ver en ello. ¡Estupendo discurso!

*

Desde el bar de la avenida Gobelins en el que entré poco después a tomar una copa para quitarme de la boca el sabor del champaña de aquellos Judas, llamé por teléfono a casa. El teléfono sonó, pero no contestó nadie. Quizá me había equivocado al marcar el número. Volví a marcar, cuidando de no cometer ninguna equivocación. El tono sonó burlón, como si resonara en una espantosa soledad. Sonó quince veces. Las conté. ¡Por Dios! Lenantais, el puente de Tolbiac, los anarcos aburguesados, culpables o inocentes, no me habléis más de todo esto. Me da igual. Nadie contesta. Nadie coge el aparato. Salí corriendo del bar y cogí un taxi, uno especial, único, un original que no iba a Levallois. Quizá era buena señal. ¡Ni por esas!

—¡Bélita! —La llamé en cuanto abrí la puerta de casa.

No contestó nadie. Entré en el despacho, en el dormitorio, miré en la cocina, volví al dormitorio. Todas las habitaciones estaban vacías. Volví a la cocina y me serví un reconstituyente de caballo. Llené el vaso hasta el borde y luego lo dejé allí, como un idiota, sin tocarlo, olvidando para qué podía servir. Volví a acercarme a la cama. Encima de esta había un papel. ¡Encima de la cama! Un papel con estas palabras, escritas con aquella letra bastante elegante que había visto en el sobre con el mensaje de Lenantais: *Más vale que me vaya. S. ha demostrado de lo que era capaz. Te matará si seguimos juntos. No quiero que te mate. ¿No quieres que me mate, amor? Y tú, qué... Reí pensando en Deslandes y sus ostras imaginarias. Tampoco yo había comido*

ostras, pero sentía que se me formaba una bola en la boca del estómago, en la garganta, por todas partes. Fui a la cocina y esta vez apuré el vaso de un trago. Y algo después, al pasar delante de un espejo, vi a un tipo con cara de malas pulgas, de muy malas pulgas. Una cara que daba miedo de verdad.

*

Era un barrio de mierda. Se me pegaba a la suela de los zapatos como el petróleo a las alas de los pájaros. Estaba escrito que siempre lo recorrería en busca de algo, un pedazo de pan, cobijo, un poco de amor. Lo recorría en busca de Bélita. No tenía por qué haber vuelto necesariamente por allí. Incluso era más que posible que hubiese ido a otra parte, pero yo estaba allí. Y quizá no tanto en busca de ella. Quizá para ajustar cuentas antiguas con aquel barrio. Veía visiones. En cuanto distinguía una silueta femenina a lo lejos, me parecía que llevaba una falda roja. Todos los vestidos, todos los abrigos, todas las faldas, eran de color rojo. Debe ser lo que se llama nublársele a uno la vista... de rojo. Fui al pasaje de Hautes-Formes, y no había nada. Fui al descampado, cerca de Ivry, donde me había dicho que acampaba su tribu, y no había nada.

Salvador, Dolorès y compañía se habían largado, según mi propio pronóstico. Bueno, siempre era un consuelo. Me fui de allí después de haber preguntado a un chaval. Me informó de que había visto a unos gitanos en una vieja casucha de L'Impasse du Gaz. Fui a L'Impasse du Gaz, y no había nada. Volví de nuevo al descampado, por si había visto mal la primera vez, pero había visto bien. No había nada. Empecé a notar en los nervios los

efectos benéficos del cansancio. ¡Ánimo! Unos cuantos kilómetros más en las pantorrillas y podría dormir. Subí al Puente Nacional por la escalinata de piedra que va del Quai d'Ivry al bulevar Masséna. Crucé delante de los edificios de la Compañía del Aire Comprimido y recorrí el bulevar hasta la estación del ferrocarril de circunvalación.

Hoy no había niebla. Casi podría haberse dicho que era un tiempo alegre. El crepúsculo estaba al caer, pero los últimos rayos de un sol amarillo luchaban todavía victoriosamente. Por la escalera que pasa debajo de la estación de circunvalación llegué a la calle Loiret. Y de pronto me encontré en el cruce Cantagrel-Watt-Chevaleret. El Ejército de Salvación me recordó a Bélita con más intensidad todavía. Y volví a verla tal como la había visto aquella misma mañana, deliciosamente vestida con uno de mis pijamas.

—*Hace poco, Benoit tuvo tratos con el Ejército de Salvación. Les vendió unos muebles...*

—*Sí. Y no estaba satisfecho, se cabreó con los salvacionistas y ellos le cosieron a puñaladas.*

—*Sí, riéte de mí. Debes pensar que soy tonta, ¿no?*

—*No, qué va, mi amor...*

¡Mi amor! Fue como si pensara que donde se encontrara ahora, se enteraría como por una especie de telepatía de que yo estaba allí, y que se alegraría de que tuviera en cuenta lo que me había dicho. Como si fuera una ofrenda sentimental. Entré en el Ejército de Salvación.

La amplia sala estaba dividida a todo lo largo en dos partes desiguales por un mostrador a media altura. Una salvacionista con el pelo gris y los galones del uniforme adornados con tres estrellas doradas, escuchó mis argumentos sin pestañear. Por último me

invitó a dirigirme al taller, situado un poco más allá, en la calle Cantagrel. Ya sabía dónde era, ¿verdad? Sí, lo sabía, mil gracias. En el taller tuve la suerte de dar con un joven que parecía estar al corriente de todo. Sí, el de la ropavejería de la calle de Hautes-Formes, un viejo al que últimamente le había ocurrido una desgracia, no le conocía como si lo hubiese parido, pero casi. Sí, había traído muebles. Llevaba un tatuaje muy feo en el pecho. Se lo había enseñado para fanfarronear. El ropavejero, sin embargo, no tenía aspecto de mala persona. De pronto, dejé de escuchar al muchacho. Una barahúnda de pensamientos se apoderó de mi mente. Pensé en el Ejército de Salvación, en general, y en su función en particular, y en las numerosas iniciativas que tomaba esa organización en el sector de la beneficencia. Y los vi, tan nítidamente como se me había aparecido Bélita poco antes; Bélita que, sin saberlo, quizá me había dado una información de primera. También hay que decir que, entre tanto, me había enterado de muchas cosas y me había oído otras. Sí, los vi como si tuviera ante mi vista la foto que habían publicado los periódicos. Los vi, con sus gastados uniformes de algodón, con la cara quemada por el sol del trópico bajo el amplio sombrero de paja. «*Quince presidiarios — decía el pie de foto —, que han cumplido condena o han sido amnistiados, llegaron ayer a Marsella. El Ejército de Salvación se ha hecho cargo de ellos para intentar readaptarlos*». Noticias como esta eran frecuentes en la prensa, con mayor o menor regularidad.

—Oiga —le dije al muchacho parlanchín de rostro angelical—. Perdone que le interrumpa, pero no quisiera abusar de la confianza que me está demostrando. Me es usted simpático y me da vergüenza mentirle, sobre todo en los locales de esta organización. Hablando claro, soy escritor. Estoy preparando un

libro... nada de escándalos, un libro humano... sobre los presidiarios que han vuelto al buen camino. He tomado el pretexto del ropavejero porque creo que también él tuvo algún problema con la justicia. En pocas palabras...

Pero no fueron pocas palabras, ni las mías, ni las suyas cuando me contestó. Aunque tampoco habló por hablar. Sí, algunos miembros del personal subalterno habían vivido días difíciles (delicado eufemismo). Y estaba de suerte porque recientemente les había «tocado» a ellos uno de esos readaptados procedente de un centro de provincias. Seguro que estaría encantado de enriquecer mi documentación con miras a la elaboración de mi libro. Yves Lacorre era muy servicial. Me sobresalté. Una auténtica peste, el tal Lacorre. Todo el mundo se sobresaltaba con él. Jean Deslandes también se había sobresaltado cuando pronuncié el nombre de aquel cabrón, pero no por los mismos motivos que yo.

—¿Podría verle? —pregunté.

Pero resultó que en aquel momento no estaba. Si pudiera volver a última hora... ¡Pues claro, cómo no iba a volver!

*

¡Bélita, querida Bélita! Ya ves que sí me ayudabas a encontrar al asesino de Lenantais. A ese ahora ya lo tenía bien agarrado. Porque no me quedaba duda alguna. Veía el caso como si lo hubiera presenciado. Lenantais se encuentra con Lacorre en el Ejército de Salvación cuando va a vender sus muebles de viejo. En la calle Watt, o muy cerca de la calle Watt, a unos pasos del Ejército de Salvación, le asestan una puñalada a Lenantais. Incluso

varias. La navaja la lleva Lacorre en la mano. ¿Por qué Lacorre, que tan bien empieza la faena, no le birla la cartera a Lenantais? ¿Y por qué, también, se abstiene de rematarle? Quizá porque alguien le interrumpe. Son cosas que pasan. ¿Cuál es el motivo de la pelea? ¿Solo que los dos hombres, que antaño no se tenían mutuamente en gran estima, seguían albergando los mismos sentimientos? No. Tenía que haber algo más. Y por eso Lenantais, al no poder ponerse en contacto con Baurénnot a través del doctor Coudérat, me avisó: «Hay un cabrón que está preparando una cabronada... Te diré cómo salvar el pellejo de los compañeros». Los camaradas a quienes Lacorre amenazaba, ya sabía quiénes eran: Baurénnot y Deslandes. Y, si no, es que ya no sabía sumar dos y dos. ¿Conclusión? Lacorre quería que Lenantais le diera datos sobre Baurénnot y Deslandes. Lenantais no cedió y le costó la vida, ya que el otro, airado, le zurció a puñaladas. Lacorre debió de participar en el embrollo del puente de Tolbiac en 1936 y, como poco después le pillaron por su estúpido asunto de celos, los otros se aprovecharon para dársela con queso, y los está buscando para ajustar cuentas. No es culpa suya si el ajuste es tardío. Hasta hace poco estaba un tanto lejos. Si Deslandes se había sobresaltado tanto al oír el nombre de Lacorre, era porque para él había sido como una revelación. Yo acababa de hablar de un desconocido malintencionado que había herido a Lenantais y Deslandes enseguida pensó en Lacorre, en Lacorre de regreso, y Baurénnot no había tenido más remedio que contarme la historia de los celos para justificar la turbación de su amigo. Sí, todo encajaba. Más o menos. Quedaban cabos sueltos aquí y allá, pero contaba con que el propio Lacorre los eliminaría. Estaba dispuesto a hacerle cantar todo el enredo aquella misma tarde. Me disponía a renegar de un montón de principios en su honor. En resumidas cuentas, ¿qué

podía reprocharles a Baurénor y a Deslandes en ese aspecto? Éramos todos iguales. De todas aquellas constataciones, esta última era la menos deprimente.

*

Desde el teléfono de un bar llamé a *Le Crépuscule* y, por consiguiente, a Marc Covet.

—Hola —le dije—. Lo primero, muchas gracias por la noticia que le pedí que publicara.

—No hay de qué —protestó el periodista-esponja—. ¿Dio resultado?

—No esperaba ningún resultado. Mire, es demasiado tarde para acudir a la Biblioteca Nacional. Me gustaría echar una ojeada a los periódicos de 1936 y 1937. ¿Podría sacarme ese período del archivo?

—Llega en el momento adecuado. Precisamente hemos sacado de entre el polvo la colección de esos años para escribir una nota sobre aquella vieja historia del puente de Tolbiac. ¿Le interesa también el caso, por casualidad?

—No. Es que he leído un artículo sobre la muerte del exinspector Norbert Ballin. ¿Hay alguna novedad?

—Ninguna. Pero estamos exprimiendo hasta la última gota. Nos proporciona artículos pintorescos y misteriosos. Y al público le encantan los misterios. Humm... es bastante curioso... el suceso que me pidió que hinchase un poco, el asesinato del poli, ¿está seguro de que no está relacionado?

—No se devane los sesos. La única relación es que todo ha

ocurrido en el mismo distrito. Es una cuestión de unidad de lugar. Como en el teatro.

En el *Crépu*, estudié los periódicos del período del Frente Popular. A duras penas conseguí dar con cuatro líneas sobre la condena de Yves Lacorre a doce años de trabajos forzados por un tribunal de provincias. Y eso fue todo. Para que el viaje no fuera en vano, leí los artículos sobre la misteriosa desaparición, en el puente de Tolbiac o en algún otro lugar —la expresión «misterio del puente de Tolbiac» era, más o menos, un invento de periodista: era un estupendo titular—, del señor Daniel, empleado de confianza y recaudador de fondos de los Almacenes Frigoríficos. Solo me proporcionó algunos detalles que no conocía. Daniel estaba divorciado y vivía solo. En enero de 1937 y hasta algún tiempo después, su mujer, se decía, recibió breves cartas de su exmarido, pero no parecía una información comprobada. Las cartas venían de España.

Con la esperanza de sonsacarme lo que sabía, Marc Covet me invitó a cenar. Acepté, pero me mostré bastante taciturno.

Pensaba en Bélita. Todo lo que hacía ahora era por ella. Intentaba hacerme con algo que me sirviera para recuperarla... Taciturno o no, el tiempo pasó volando y de pronto me di cuenta de que tenía que ponerme en camino hacia la calle Cantagrel si no quería que el tipo se me escapase. Tomé un taxi.

Iban a dar las diez. Aquella noche la niebla se había tomado una tregua, pero un viento violento, frío y traidor a más no poder, la sustituía con un éxito notable.

En el Ejército de Salvación, mi parlanchín de cara angelical me dijo:

—Lacorre todavía no ha llegado. O mejor dicho, vino y volvió a marcharse. Ha tenido un montón de visitas hoy. ¿Está usted

seguro de que no tiene un competidor en el terreno literario? Ya sabe cómo son estas cosas, ¿no? En fin, supongo que puede ocurrir si se trata con gente poco escrupulosa. Uno habla de un tema y...

—¿Visitas? —le interrumpí.

—Sí, un señor que vino hace un rato. Se fueron juntos.

—¿No ha dicho a qué hora pensaba regresar?

—¡Oh! No tardará. Tenemos que dar ejemplo de disciplina, si no, la gente que se aloja aquí, usted ya me entiende, podría pensar que...

Ya no le escuchaba. Estaba en la calle, en la acera de la calle Cantagrel, glacial, desierta y barrida por el viento. Bajé hasta la calle Watt. ¿Qué pasa, Nestor? Siempre demasiado tarde. Demasiado tarde para la sopa boba o el hijo de la vergüenza. La culpa era del barrio. ¡Qué más daba! Habían sido rápidos. Pero no, por Dios. No era posible. Estaba dramatizando. Simplemente Lacorre había salido y —tanto si era con un señor, con un tipo, con una tipa, la capitana o la que lleva el bombo en la orquesta salvacionista— tenía que regresar al nido. Porque, si no, ¿qué iba a ser de la disciplina? No tenía más que esperarle paseando un poco por allí. Se estaba estupendamente en la calle. El azote del viento le hubiera sabido a gloria a un masoquista. El postigo que golpeaba el muro resultaba de lo más melodioso para el oído. Y la automotriz que chirriaba en la vía, por encima de la calle Watt y bajo el puente de Tolbiac, ¿acaso no parecía una sirena? Por el bulevar Masséna, cuyas farolas se veían a lo lejos, al otro lado de la antigua vía de circunvalación y dominando el pozo de oscuridad de la calle Loiret, los coches pasaban veloces. El viento soplaba a ráfagas, gimiendo en las ramas esqueléticas de los árboles plantados en el jardincillo delante de la maternidad. No debía de

resultar nada agradable dar a luz al son de aquella música fúnebre. No me veía a mí mismo pariendo al son de aquella música fúnebre. Pero ¡Sangre de Cristo! No me veía pariendo de ninguna manera. ¿Quién creía que era? ¿Grace Kelly? Una ráfaga más brutal que las anteriores hizo surgir de la calle Chevaleret un pelotón de papeles abandonados y una especie de rueda oscura cuya carrera detuvo el bordillo de la acera. Fui hacia el objeto y lo recogí. Era una gorra de salvacionista. «Aleluya», como dicen ellos.

El cadáver no debía de estar muy lejos.

*

Con la gorra en la mano, como si mendigara —y algo de eso había —, subí por la calle Chevaleret hasta las escaleras que dan paso a la calle Tolbiac, al principio del puente, aproximadamente el mismo lugar donde la noche anterior el señor Fiambre Norbert Ballin se las había pirado. Ningún cadáver. Ni en una de las aceras ni en la otra. La fortuna me abandonaba, o el lugar no me traía suerte. Siempre perdía cadáveres por aquí. ¡Pero, bueno! A Lacorre lo habían pillado como a un novato y no hacía falta preguntarse quién había sido. Se habían dado prisa. No había sido menester mucho rato para que sumaran dos y dos, o sea: Lacorre, el penal y el Ejército de Salvación. Y se las habían arreglado para dar con él y raptarlo. Quizá matarlo. Pero entonces... Miré la mole de los Almacenes Frigoríficos, al otro lado de las vías. El señor Daniel. ¡Pobre señor Daniel! Se le había considerado como un empleado indelicado, cuando había muchas posibilidades de que estuviera muerto desde hacía veinte años. Pero ¿qué pintaba

Lenantais en todo aquello? Cargarse a alguien no era su estilo. Estaba resueltamente en contra. Y no se hubiera dirigido a mí para proteger al otro par contra la actuación de Lacorre si hubiese sabido que al principio se había cometido un crimen. O sea que, en cualquier caso, no lo sabía. Tal vez los otros, por una u otra razón, al no poderle ocultar su proyecto, le habían engañado. Y Baurénot se sentía algo culpable con él. Por eso intentaba ayudarlo. El hombre es así. Ni del todo bueno, ni del todo malo. Y antes que decirle a Lacorre dónde estaban sus antiguos cómplices, Lenantais se había dejado apuñalar. Todos eran responsables de la muerte del viejo traperero, el único que se había mantenido intachable. Adiós, Lacorre. Te vas a reunir con Lenantais, Daniel y el inspector Norbert Ballin. Pensé que eras más listo, más precavido, más tortuoso y menos confiado. ¿De modo que te dicen que vayas y tú vas? Sin tomar ninguna precaución. Te... Regresé al Ejército de Salvación. No había muchas posibilidades, pero siempre podía intentarlo. Mi gachó cara de ángel vio enseguida la gorra que yo llevaba en la mano:

—Ni una palabra —dije. Era mucho pedir, pero me obedeció sin rechistar—. Seguramente es la gorra de Lacorre, ¿no? Creo que le ha ocurrido un percance. No creo que solo el viento le haya arrebatado esto de la cabeza. Escúcheme, amigo mío. ¿Les gustaría verse envueltos en un escándalo? No, ¿verdad? Pues lamento decirle que se está preparando uno bueno. Pero puedo arreglarlo. Me gustaría echar un vistazo a las cosas de Lacorre.

—Tendría que pedir per...

—No. Sin escándalo y sin ruido. Voy a serle sincero...

A mí, cuando soy sincero, no hay quién se me resista. Cara de Ángel me llevó a donde Lacorre guardaba sus cosas. Encontré lo que, sin grandes esperanzas, estaba buscando entre los papeles en

los que se hubiera procedido a un registro en caso de desaparición o de ausencia prolongada del interesado. En el sobre decía: *Para el comisario del barrio*. Lo abrí y me correspondió esta bella muestra de torpe elocuencia:

Comisario:

Me llamo Yves Lacorre, nací en...

(Mencionaba la fecha y el lugar de nacimiento, el estado civil de los padres y la descripción del que suscribía).

... En diciembre de 1936, con la complicidad de dos compañeros, los llamados Camille Bernis y Jean L'Insoumis, que conocí donde los anarquistas, Camille Bernis y Jean alias L'Insoumis...

(Seguía la descripción de ambos hombres).

... atraje a una encerrona al empleado encargado de la caja de los Almacenes Frigoríficos, el señor Daniel. El caso dio mucho que hablar en aquel tiempo. Me llegaron ecos hasta la cárcel. El señor Daniel no está demasiado lejos de su antiguo lugar de trabajo. Está en su casa. Vivía solo en un chalecito de Ivry, en la calle Brunesseau. Y allí sigue, enterrado en el sótano. Pensamos que se le buscaría por todas partes, excepto en su propia casa. C. Bernis y Jean me abandonaron, pero les va a costar el pellejo. O me costará el pellejo a mí. Si me toca a mí, usted leerá esta carta y actuará según la ley. También la leerá si me muero como

todo el mundo, de la gripe o de otra cosa. Después del golpe, pero antes del reparto del botín, yo confiaba en mis cómplices. Fui a Morlaix adonde había enviado a mi compañera. También confiaba en ella. Mi mujer no estaba enterada de nada, pero cuando se enteró quiso dejarme, porque era peligroso. Como no quería que me denunciara, la maté. Y dije que era por celos. Porque no pude escapar de la policía. Aquel golpe estaba peor preparado que el de los Frigoríficos de Tolbiac. No tuve suerte. La cuenta me salió cara. Me endilgaron doce años en un penal. Ahí es donde C. Bernis y Jean me abandonaron a mi suerte. Cumplí la condena. Y un poco más. Regresé. Y me mantuve al resguardo. Estaba en provincias. Hace poco conseguí venir a París. Busqué a Bernis y Jean, pero habían desaparecido. Fui a ver el chalet del señor Daniel. Allí sigue. Nadie lo ocupa. Está hecho una ruina. Me enteré, aunque no podía mostrarme excesivamente curioso, de que alguien lo compró, pero no pude saber quién. Debió de comprarlo uno de mis cómplices con mi parte de la pasta. Si consigo llegar al comprador, ya veré. Dos anarquistas estaban al tanto de nuestro proyecto. Un tal Rochart y un fulano llamado Lenantais, un falsificador. Rochart murió. Lenantais creo que sigue vivo. Era un imbécil que pensaba que es posible hacer una tortilla sin cascar los huevos. Antes del golpe, como necesitábamos algún consejo que podía darnos, le hicimos creer que se trataba de un asunto sin derramamiento de sangre, porque no estaba por la labor. Pero de todos modos no quiso participar en el golpe porque consideraba que el ilegalismo era precario y que un día u otro nos pillarían. Me pregunto qué pensaría luego, ya que

la policía nunca pudo dar con los autores del robo y asesinato, y ni siquiera llegó a saberse nunca cómo había sido todo. Ese Lenantais era un remendón...

(Lacorre daba la descripción de Lenantais, indicando dónde llevaba los tatuajes, etcétera)

... y ex falsificador de moneda. Eso es todo, comisario. Cuando lea esta carta, si he muerto en el hospital o en cualquier otro sitio, de gripe o de lo que sea, siempre podrá buscar o no buscar a Bernis y Jean. Pero si lee esta carta porque me han echado al Sena u otra muerte violenta, Bernis y Jean serán los culpables.

Yves Lacorre

Tras la firma venían las huellas dactilares del interfecto. Con otra tinta y en fecha más reciente, se había añadido una apostilla:

Olvídese de Lenantais. Di con él por casualidad. Vende muebles destrozados. Es trapero. Se hace llamar Benoit. Le pedí pistas sobre Bernis y Jean. Nos peleamos y le apuñalé. Es un favor que le hago a la sociedad, porque Lenantais era un hombre puro, o sea, mucho más peligroso para la sociedad que muchos otros.

Doblé aquella bazofia destinada a la bofia y la volví a meter en el sobre. Hice un amago de gesto para metérmela en el bolsillo, pero Cara de Ángel, que había estado leyéndola por encima de mi hombro, me puso la mano en el antebrazo:

—Esto es asunto de la policía —dijo.

—Y el escándalo caerá sobre esta casa. Alzó la vista al cielo:

—Que sea lo que Dios quiera...

—Como quiera. Pero por lo menos espere un día o dos antes de hacer público este testamento...

—Tendré que pedir...

Le tendí el sobre para cortar la perorata que iba a soltarme. Lo tomó, lo guardó con el batiburrillo de cosas de Lacorre y me acompañó hasta la calle. En las inmediaciones todo dormía. Y a un escupitajo de distancia, al otro lado del bulevar Masséna, en su pequeño chalet de Ivry, el señor Daniel dormía también, desde hacía veinte años. No sé cómo me las arreglé, quizá fuera el viento que ahora soplaba con más ímpetu que antes y que me llevó, pero de pronto estaba con los codos apoyados en el parapeto del Puente Nacional, intentando ver en la oscuridad y distinguir en aquella pez el perfil del célebre chalecito. El viento me silbaba en los oídos, trayéndome el sordo ronquido de las máquinas en funcionamiento de la Compañía del Aire Comprimido, que trabajan sin descanso. Un reloj lejano tocó alguna hora. Abandoné mi contemplación, cargué la pipa y bajé a encenderla, no sin dificultad, a mitad de la escalera que lleva al Quai d'Ivry. La calle Brunessau era la primera a la derecha. Lo sabía porque me había fijado en la placa aquella misma tarde, cuando merodeaba en busca de Bélita y sus gitanos. Era una calle edificada solamente por un lado, ya que el otro lo ocupaba un gran solar abandonado y un campo de deportes a medio hacer. El lado edificado incluía bastantes talleres y fábricas de desigual envergadura. La recorrí en ambos sentidos, antes de decidirme por algo situado al fondo de un jardín abandonado y que podía pasar por un chalet en las últimas. Si el viento seguía así, acabaría derribándolo. Del pilar de

obra de la entrada pendía una cadena. Tiré de ella. Se oyó una campanilla y el viento se llevó al diablo algunas de sus notas ácidas. En el vecindario, un perro se despertó y empezó a ladrar. Volví a llamar. Si contestaba alguien... No contestó nadie. El perro ya no ladraba. Ahora le aullaba a la muerte. La tapia no era demasiado alta. Trepé y de un salto me metí en el jardín, si se podía llamar así. Me acerqué a la casita. Tenía un aspecto como para desanimar al más lanzado de los ocupas. Una rampa llevaba al garaje. Bajé por ella y me di de bruces con una puerta. Estaba solo, casi como en casa. Me puse a toquetear la cerradura. Entre el viento que soplaba a través de las ramas retorcidas y sin hojas del único árbol de aquel jardín, el perro que aullaba y el olor a moho que se desprendía del sótano, me sentía un poco como Nosferatu. La cerradura cedió. Di un paso al frente. Al abrigo del viento encendí una cerilla. Muy bien. Todavía ignoraba si de verdad había un fiambre bajo el suelo de tierra del sótano, pero en cambio había uno encima. Un lindo cadáver malcarado y con el uniforme de salvacionista. Liquidado de un pistoletazo. Lacorre, si no recordaba mal su cara de pez.

12

Del viaducto de Austerlitz al puente de Tolbiac

Eran las dos de la tarde. Estaba tendido en mi cama. Desde las dos de la madrugada, hora a la que llegué a casa, estaba viviendo con Lenantais. Le veía, le oía, le sorprendía hablando con los otros fulanos. ¡Menuda tomadura de pelo! Le hicieron creer que el golpe del puente de Tolbiac se había desarrollado de forma totalmente pacífica. Y pensar que yo mismo llegué a considerar esa posibilidad. Y él se lo creyó hasta su última hora. Lacorre no debió deshacer el engaño cuando se encontraron. Se limitó a preguntarle si podía ponerle en contacto con Bernis y Jean. Y como a él no le caía bien Lacorre, al que había juzgado mucho tiempo atrás y de quien no se fiaba, había hecho frente a la navaja del asesino, y había muerto para proteger la situación, la tranquilidad de una gente que no le llegaba a la suela de los zapatos. Gente que no se merecía semejante sacrificio. Gente a la que ahora ya no le quedaban demasiadas posibilidades de salir indemne de todo aquello. Se habían apresurado demasiado matando a Lacorre. La policía pronto tendría la carta y acabarían

encontrándoles. Ni siquiera tardarían mucho. Eran las tres de la tarde. Hacía trece horas de reloj que vivía con Lenantais. No les quedaba la más mínima posibilidad. Y me bastaba con una sola palabra para precipitar su caída. O también podía darles algo más de cuerda. Podía elegir. Pero menuda elección. Engañaron a Lenantais y Lenantais murió por sus embustes. Muerto por gente que no se merecía que se hiciese por ellos semejante sacrificio. Eran las cuatro de la tarde. Casi imperceptiblemente, la noche iba cayendo y una niebla oscura se adueñaba de la ciudad.

Busqué en el listín el número de teléfono de la Empresa Baurénot y lo marqué. La taquimeca me dijo que su patrón había ido al puerto de Austerlitz, a examinar la maquinaria que un carguero le traía de Inglaterra.

*

En el puerto de Austerlitz estaban atracados dos cargueros de casco negro. Un halo algodonoso difuminaba sus contornos. Se oía el sordo rumor de una grúa invisible, probablemente situada en lo alto del edificio sobre los raíles tendidos a lo largo de la terraza. El cable penetraba verticalmente en las entrañas de uno de los cargueros. Al otro lado del río, emergiendo de un océano de tejados y como enmarcado por altas chimeneas de ladrillo, se veía el ojo redondo del reloj monumental de la estación de Lyon velado de cataratas por una raya de niebla. De un pilar a otro, fui avanzando por la interminable galería al borde del agua. En un grupo de hombres que hablaban animadamente, distinguí a Charles Baurénot. Me acerqué a él. Me vio y sonrió con una mueca

forzada. Salió del grupo y se me acercó:

—¿Qué pasa? —dijo.

—¿No podríamos hablar en un lugar más tranquilo? —pregunté—. Si puede ser, lejos del agua.

—¡Ah! ¿Sí?

—Por aquí.

Rodeamos unas cajas enormes y, tras saltar desde un pontón de embarque, nos encontramos en la galería situada bajo el Quai d'Austerlitz propiamente dicho, la avenida arbolada que bordea la estación. Algunas lámparas, perdidas en los altos techos, daban una luz escasa. La luz del día no entraba por los ventanucos. La galería desembocaba por uno de sus extremos en el dique que precede al puente de Bercy y por el otro en el Quai d'Austerlitz, cerca de la plaza Valhubert.

—¿Qué coño vienes a hacer aquí? —refunfuñó Baurénot—. Todo lo que está pasando es culpa tuya.

—¿Qué está pasando?

—Nada.

—¿Te refieres al tiro al blanco contra Lacorre?

—¿Te has enterado, so cabrón?

—Algo sé.

—Por tu culpa. Deslandes ha perdido los papeles.

—No tanto como para no adivinar dónde podía haberse escondido un expresidiario en París, vistos algunos otros datos: los barrios que frecuentaba Lenantais, el lugar en que le agredieron aquella noche, etcétera.

—Para hacer gilipollices, Deslandes a veces es capaz de hacer un derroche de inteligencia.

—Pues eso sí que ha sido una gilipollez, y de las buenas.

—Venga, ya vale. ¿No te estarás olvidando de los camaradas,

Burma?

—Me parece que han muerto todos —dije con voz sorda.

—¿Dónde están tus compinches de la policía? ¿No los has traído?

—No, pero no vas a tardar a tenerlos pisándote los talones.

Entre sus cosas, Lacorre dejó una carta en la que lo canta todo.

—Cabrón.

—El cabrón eres tú, sois vosotros, por quienes Lenantais...

Le escupí a la cara todo lo que me pesaba en el estómago y añadí:

—Y yo, quizá sea también un cabrón, ya que insistes, pero he venido para darte una oportunidad, la última. No sabías nada de la carta de Lacorre. Ahora ya lo sabes. Lárgate. De todos modos, para ti se jodió la marrana y no podrás ir muy lejos.

Una pesada automática le floreció en la mano. Disparó. Me tiré al suelo. La bala mandó mi sombrero al diablo. Se oyeron gritos por todas partes. Llegó gente corriendo. Quizá solo los marineros no se molestaron. Bremen, Hamburgo, las riñas sangrientas y toda la parafernalia cinematográfica: están acostumbrados. Me levanté, aparté de un empujón a un imbécil de la aduana que no sé qué coño quería, saqué a mi vez el revólver y salí a la carrera en pos de Baurénot, que había huido en dirección al Quai d'Austerlitz. Le perdí de vista y salí al aire libre. No se veía ninguna agitación entre la gente que circulaba por el Quai. Si él hubiese irrumpido a todo correr, incluso sin la pistola, la gente no estaría tan tranquila. Eché una ojeada a mi alrededor. No había dónde esconderse y la niebla no era especialmente densa. Le traicionó el sombrero. Hacía gestos extravagantes y el sombrero se le cayó de la cabeza. El caro y elegante borsalino vino a rodar a mis pies. Levanté la mirada. Estaba trepando por uno de los pilares que sostienen el

viaducto del metro que cruza el Sena. Se ayudaba con los huecos labrados que decoraban los sillares. Ya casi estaba llegando a las vías del metro. No era lo que se había propuesto en un principio. Lo que había pretendido era esconderse en un lugar en el que a nadie se le ocurriera buscarle, un lugar tan estúpido, por carecer de salida, como aquel pilar de viaducto. Mientras yo corría hacia la plaza Valhubert, él, con más facilidad que cuando yo le perseguía, hubiese bajado de su pilar y se hubiese perdido por ahí. Desgraciadamente para él, se le había caído el sombrero.

—Venga, para ya —le grité—. Bájate de...

Me interrumpió un disparo. Los mirones que empezaban a formar corro en el Quai se dispersaron por piernas. Me arrebató la ira. ¿Todo se iba al garete? ¡Pues que todo se fuera al garete de una puñetera vez! Me quité el abrigo para ganar libertad de movimientos, me guardé la pistola en el bolsillo y me lancé a mi vez a escalar el pilar. Llegué a las vías del metro justo cuando pasaba uno con un rugido atronador. Me barrieron las cálidas luces de las ventanillas de los vagones y casi me barre del todo el viento desplazado por el convoy.

Por el viaducto, minúsculo comparado con el arco gigantesco, Baurénot corría... hacia la morgue... Exactamente hacia la morgue. La niebla lo envolvió rápidamente. Y un gran grito, un grito inmenso, un verdadero aullido de condenado dominó de pronto el estruendo de un tren que llegaba en dirección contraria. También yo había dado unos pasos por la vía. Noté que el tablero vibraba bajo mis pies. Me di la vuelta ante los ojos feroces de una bestia monstruosa. Di un brinco de lado, agarré uno de los pilares de barras metálicas entrecruzadas que sostienen el arco y me icé con la energía del condenado hasta alcanzar la barandilla. Aferrado con ambas manos, hubiera podido zambullirme en el escote de

una de las viajeras, si alguna de ellas hubiese llevado un escote lo suficientemente grande y yo hubiese estado por la labor. El convoy atronador me abofeteó con un viento helado. Noté que mis dedos entumecidos resbalaban sobre el metal húmedo, que las suelas de mis zapatos resbalaban también y acabé por zambullirme, pero en el Sena.

*

Recobré el conocimiento en un local que apestaba a bofia a la legua y que enseguida identifiqué como un puesto de socorro para ahogados. Además, también había policías: dos que iban y venían a dos pasos de mí. Un paso por policía. Experimenté claramente la impresión de volver de muy lejos. Eso me dijo, segundos después, Florimond Faroux. Porque estaba allí, muy cerca, y en cuanto abrí los ojos casi se me echó encima:

—¿De modo que no se ha muerto, Nestor Burma?

—Sí —contesté.

—¿Cómo? ¿Apenas se recupera y ya está tomándonos el pelo?

—No tengo ganas. Yo estoy vivo, pero dentro de mí un montón de cosas ha muerto. Bueno, estamos en noviembre, ¿no? Y noviembre es el mes de los difuntos.

—Sea como fuera, le debe la vida a la Brigada Fluvial.

—No lo olvidaré. Le compraré a la Brigada un barquito de vela por Año Nuevo^[23], y le indicaré las horas de apertura del parque de Sceaux.

—Vuelvan a echar a este tío al agua —gritó Faroux.

No me volvieron a echar al río, pero no por ello me dejaron en

paz.

—En cuanto supe de sus proezas acrobáticas —dijo Faroux—, me vine corriendo. Quería verle porque, de pronto, he descubierto un montón de cosas.

—Le creo, le creo —afirmé—. El tipo del Ejército de Salvación no ha podido esperar veinticuatro horas antes de entregar a la policía la carta de Lacorre, ¿no? Así que ha ido a la casita del señor Daniel y ha encontrado el cadáver de Lacorre y los huesos blanqueados del señor Daniel. Ahora le falta encontrar a Camille Bernis y a Jean L'Insoumis, los cómplices de Lacorre en el caso del puente de Tolbiac. Bernis, le será fácil. Era el tío con quien ensayaba un número circense en el viaducto de Austerlitz. Encontrará el cadáver allá arriba, bajo las ruedas del metro.

—Ya lo hemos sacado de allí —dijo Faroux.

—Algo es algo. A Jean L'Insoumis, a lo mejor les costará un poco más encontrarlo. Lleva otro nombre, claro. De momento, no lo recuerdo. Quizá algún día, depende...

—Se llama Jean Deslandes. Le pillamos en Ivry, cuando estaba enterrando limpiamente a Lacorre junto a los restos mortales del señor Daniel.

—Mierda. Quizá mejor así, entonces.

—En cualquier caso, ya no tiene usted la lengua atada. Puede contármelo con todo detalle. Quizá haya cosas que ignoro...

—Digamos que las entiende mal. Intentaré explicárselo. Y se lo expliqué, sin mencionar al inspector Norbert Ballin, naturalmente. Norbert Ballin era la moneda que me guardaba para un intercambio con otro fulano.

—Menos mal —dijo Faroux con sorna cuando terminé de contárselo—, que el caso Lenantais-Benoit no era más que una vulgar agresión nocturna.

—Perdone. Yo nunca dije eso. Usted estaba empeñado en que lo fuera.

—Más o menos.

—Sí, más o menos. Quizá más y menos sean nuestros dos evangelios.

—Hablando de agresión nocturna... —el comisario Faroux frunció el ceño—, no acabo de entender lo que le ocurrió a Norbert Ballin. ¿Fue una agresión nocturna, banal, clásica, vulgar, o le agredió uno de nuestros fulanos, Lacorre, Deslandes o Baurénnot?

—No creo. Parece que su muerte les asustó; a partir de ahí empezaron a perder los estribos, y acabaron perdiéndose del todo.

—Pues parece raro que fuera una simple coincidencia, ¿no cree? ¡Por Dios! No quiero hablar mal de ese desgraciado colega, pero no fue demasiado astuto. Si se le hubiese ocurrido... no digo al principio, pero más adelante, ya que dedicó toda su vida al caso... si se le hubiese ocurrido preguntarse qué pasaba con la casita de Daniel, enterarse de quién la había comprado, etcétera, hubiese podido seguir la trama...

—No se le ocurrió —dije—. Igual que tampoco pensó en un acto ilegalista más o menos anarquista... Otra vez un más o menos... Pero quizá, con el tiempo...

—Eso. Búrlese de su memoria.

No me estaba burlando de su memoria. La idea de un atentado anarquista se le había ocurrido con cierto retraso, y no en el mejor momento precisamente, eso es todo. Quiero decir, para él. El artículo de Covet le llamó la atención. Debía de saber, por los policías del distrito, que el tal Lenantais coleccionaba artículos de periódico. Decidió ir a ver. En el peor momento, repito.

Justamente cuando Salvador buscaba a un tío con un chaquetón para hacerle un ojal en la espalda. Lo que no quita que fuera la muerte de Norbert Ballin lo que encendiera la mecha. En resumidas cuentas, había resuelto el caso *post mortem*. No todos los policías pueden decir lo mismo.

—Si algún día descubrimos al que le mató, le va a salir la torta un pan —dijo Faroux.

—Eso espero —dije.

—Le dejo, Burma —dijo—. Está empezando a delirar otra vez. ¿Así que ahora los policías le dan pena?

*

Veinticuatro horas después ya estaba repuesto. Pero todavía tenía algo que hacer en el distrito XIII. Volví a ir en busca de Bélita, de Salvador, de Dolorès. Ya me parecía tener a Salvador delante de mí:

—Mira, Salvador —le diría—. Dejas a Bélita en paz, dejas de lado parte de tus prejuicios raciales, tomas la otra parte para jurar sobre ella que en adelante nos dejarás en paz a los dos, y yo no me doy por enterado de que te cargaste al inspector Norbert Ballin. Pero si se te ocurre armar follón de una u otra forma, haré que te detengan y verás la que te cae por ese asesinato. Un policía, por muy jubilado que esté, sigue siendo un policía, y aunque esos no tengan conciencia de raza sí que tienen un agudo sentido corporativo.

Eso pensaba decirle a Salvador. Pero antes necesitaba encontrarle y que Bélita estuviese con él. Para encontrarle, había

que buscarle. Le busqué.

Las calles por las que habíamos paseado juntos volvieron a verme pasar, pero solo. Pasé y volví a pasar por ellas. Y una tarde, cuando andaba merodeando cerca del puente de Tolbiac...

Al principio del puente de Tolbiac, la calle Chevaleret pasa por debajo de la calle de Tolbiac y allí, justo delante de la parada del autobús 62, hay un pretil. Estaba apoyado en el pretil y la vi venir por la calle Chevaleret, caminando hacia mí. Era su forma de andar ágil y elástica, de bailarina, con sus botas sin tacón. Era efectivamente la misma falda roja, cuyo suave roce contra el cuero de las botas me parecía oír, al compás del balanceo de sus caderas; el mismo cinturón claveteado, la misma indomable melena, los mismos aros en las orejas, la misma cara bonita, tierna y testaruda, el mismo pecho altivo y prometedor.

—¡Bélita!

Levantó la cabeza, echando hacia atrás con aquel gesto familiar la mata de pelo negro. Echó a correr hacia donde yo estaba. Tomó por la calle Ulysse-Trelat que sube suavemente hasta la entrada del puente metálico.

—¡Bélita!

La estreché entre mis brazos, apretándola hasta casi la asfixia, y posé mis labios sobre los suyos. Era una chavala, una cría. Tenía a veces esos gestos de niña. Cuando la abrazaba, solía agarrarse a mí con todo el peso, colgarse de mí con una pierna doblada hacia atrás, como si quisiera apartar a cualquier inoportuno, del mismo modo en que abraza una chiquilla. Y eso hizo aquella tarde de noviembre a la entrada del puente de Tolbiac cuando la besé, mientras con un estruendo metálico un rápido pasaba por las cercanas vías del ferrocarril. Noté que se sobresaltaba y se agarraba a mí con desesperación. Se le nublaron los ojos. Algo

brotó de sus labios: un gemido tenue y un líquido cálido que me llenó la boca. ¡Bélita! La sostuve, aguantándola más allá de mis fuerzas, que me abandonaban a mí también. Mi mano subió por su espalda, remontando hasta los omoplatos como en una caricia, la última caricia. Mis dedos tropezaron con la empuñadura damasquinada de una larga navaja automática hincada hasta la guarnición. Permanecí inmóvil. Acerqué la mejilla a su pelo. Mis ojos buscaron al hijo de puta que había hecho aquello. Allí estaba, en mitad de la calle Ulysse-Trelat, con las manos en los bolsillos de su chaqueta de cuero, riéndose complacido. Incorporé a Bélita y la llevé en brazos al bar cercano, abriéndome paso entre la muchedumbre arremolinada. Antes de entrar en el café, eché un último vistazo hacia la calle Tolbiac, al lugar en el que la policía había encontrado el cadáver apuñalado del exinspector Norbert Ballin. Inspector: si se le hace justicia se lo deberá a una gitana, una de esas muchachas de las que sin duda pensaba que son unas cualquiera. Tiene gracia, ¿verdad?... Entré en el café con mi fardo rojo y negro entre los brazos. Tendí a Bélita en un asiento. Despacio, despacio como si temiera despertarla. Luego me dirigí al teléfono.

París, 1956

Notas

[1] Doctor Jean Martin Charcot (París, 1825-1893). Fundador de la neurología moderna, trabajó en el Hospital de La Salpêtrière desde 1862 donde fundó, en 1882, la que sería la mayor clínica neurológica de Europa. Freud fue alumno de Charcot en 1885. <<

[2] Société Nationale des Chemins de Fer, empresa nacional de ferrocarriles de Francia. <<

^[3] *Bouif*: «remendón», en argot. <<

[4] *Liabeuf*: militante anarquista francés acusado de asesinato y ajusticiado en la guillotina hacia 1910. <<

[5] Ilegalismo: filosofía anarquista surgida en Francia, Italia, Bélgica y Suiza durante la primera década del siglo XX, como desarrollo del anarquismo individualista. El ilegalismo adoptó abiertamente el crimen como modo de vida. <<

[6] En argot, expresión con la que se designa el n.º 36 del Quai des Orfèvres, donde está instalada la Dirección General de la Policía francesa, por el torreón rematado por un tejado a cuatro vertientes que caracteriza al edificio. <<

^[7] En español en el original. <<

[8] Sobrenombre popular de París desde principios del siglo XX, por contagio del sombrero «panamá» que por entonces hizo furor en la ciudad. <<

[9] Miembros de la Banda de Bonnot, grupo ilegalista francés que cometió numerosos atracos y homicidios entre 1911 y 1912. <<

[10] Hautes-Formes, en francés «altos coros» (de las iglesias: tribuna donde se situaba el coro), pero *forme* también significa «horma» (de calzado o de sombrero). <<

[11] La novela se sitúa en plena guerra de Argelia (1954-1962). <<

[12] Independentistas argelinos. <<

[13] Expresión despectiva para designar a un norteafricano establecido en Francia. <<

[14] Pierre Benoit 1886-1961, escritor francés, miembro de l'Académie Française. Antinea esta heroína de su segunda novela, *L'Atlantide*, en la que el capitán Morhange perece a manos de su rival por el amor de Antinea. <<

[15] *Viens...!*, canción de Charles Trenet, 1932. <<

[16] Cinq-Diamants: cinco diamantes; Château-des-Rentiers: castillo de los rentistas; Terres-au-Curé: tierras del cura; Croulebarbe: juego de palabras entre *crouler*, desmoronarse (de viejo), y barba, por las de los académicos. <<

[17] En español en el original. <<

[18] En español en el original. <<

[19] En español en el original. <<

[20] Humorista francés de la radio. <<

[21] La República social fue un movimiento que emergió en la escena política francesa en 1848. Contra la República burguesa que sucedió a la monarquía, los obreros parisienses y sus primeros representantes reclamaron el derecho al trabajo y la intervención del Estado para garantizar el empleo y la sanidad a quienes no tenían otra cosa que vender más que su fuerza de trabajo. <<

[22] Pierrot le Fou, alias de Pierre Loutrel, delincuente común nacido en Francia en 1917. Cometió robos y atracos con su banda en bancos, joyerías, oficinas de correos, etcétera, además de actividades de proxenetismo, extorsión de fondos y chantaje. Fue colaboracionista con los nazis durante gran parte de la guerra y, cuando estos quisieron deshacerse de él, pasó a la Resistencia. Murió de un balazo que se disparó él mismo sin querer. Fue considerado el enemigo público número uno de Francia. <<

[23] En Francia, los padrinos hacen un obsequio a sus ahijados el día de Año Nuevo. <<